

Ridmi

## Primera entrega:

### Ele

Estaba jarreando, como las noches en que, en el mundo de la pancarta, se abren los cielos. En noches como aquella, a *elle* le gustaba, con todo, quedarse en casa, escribiendo lo que sólo a un malandrín o individuo de semejante talante se le pasaría por la molondra interpretar como nada que no fueran ensayos filosóficos sobre la naturaleza del ser. Eleanor, Ele, para los aliados, peligrosamente cerca de la eme, debía sentir, por momentos, para los que suponía más reticentes a rendirse a sus encantos. Pero eso último sabía callarlo. Y eso que *elle* no era de secundar el callar. ¡Todo lo contrario! No hacía falta ni que le dieran cuerda. Había que poder representar en cada oración a todos los colectivos marginalmente *marginades* y devolver lo que Dios le había dado a entender que debía ser su martirio, para que el mundo simpatizara, idealmente con su cartera, huelga decir que más a ojo de buen cubero que a modo estadísticamente justificable.

Era cuando se paraba a escribir que se permitía que el mundo se le detuviera. Y mutear las voces que se le agolpaban le hacía bien. Sentaba, paradójicamente, casi, como un zumo de naranja recién exprimido. Alguna molécula astrofísica debía hallarse involucrada, en tanto no directamente al timón. Porque, aunque alguna mala pécora quisiera achacarle mostrar desdén hacia la ciencia, la ciencia y nada más que la ciencia había sido siempre su motor-empuje-brújula-luz. Que, se ha de recalcar, no implicaba que fuera por ello menos mujer, como podrían querer insinuar otros, más tentáculos de la misma bestia, porque ser mujer no se halla ligado ni a genitales ni a ningún rasgo que se estime particularmente propio de gente con unos genitales específicos. Si es que, ¡qué afán de llevarse el miembro a la boca! Es un conjunto de factores, un abanico, que es como se manifiesta la realidad, en plural, polifacética, cochina. La tenía *perpleje* que resultara tan difícil de comprender.

Como tampoco entendía el propósito del ejercicio. *Elle* ya había dejado meridianamente claro que no tenía problema alguno con ponerse a escribir, pero de ahí a pasarse tropecientas palabras discurriendo sobre cómo se ha de sentir ponerse en la piel de otro, a saber, ni más ni menos que Satanás hecho carne, le parecía un suplicio tremendamente inoportuno. Y eso, dejando de lado las consideraciones higiénico-sanitarias. ¿Por qué debía sentirse *impelide* a demostrar lo mal que se le daba interpretar un papel distinto al suyo? No quería ponerse *parana*, porque se conocía, mejor que nadie, cabía

resaltar, y tenía tendencia, pero era casi como si los reptilianos, en connivencia con los Illuminati, hubieran urdido un plan para ponerla a prueba y ver si efectivamente merecía el título de “mujer”. En definitiva, transfobia. Se viera por donde se mirara.

Entendía, no obstante, que debía seguirles el juego. Al menos, por el momento, porque no tenía aún las herramientas necesarias para probar taxativamente que el programa no fuera el invento de los que se presumía vasallos de la lógica matemática, en vez de marionetas de un grupúsculo de jetas, que era lo que *elle* se figuraba, en el tercer semisótano de su fuero interno.

Por ende, resultaba conveniente callar, de nuevo, a su pesar. *Elle* se lo vendía a sí *misme* más como un modo de priorizar qué contar a la hora de estructurar la información a aportar, porque *elle* no suscribía la política de ocultar nada. *Elle* era transparente.

Posó las manos sobre el teclado y se mojó los labios. Tocaba desentrañarla o, al menos, despedazarla en modo alguno: a Ana, la efigie del anacoluto.

## Primera entrega:

### Ana

Ana es una chica encantadora. Empecemos por ahí. No tiene maldad, aunque nos intente aturdir arrogándose. Lo que tiene se llama torpeza. O al menos eso es lo que elijo creer yo, porque me niego a ver que la razón por la que se equivoca con una frecuencia rayana en indecente a la hora de nombrarme como corresponde se deba a que busque herirme. Esa no es, por lo pronto, la impresión que me ha causado a mí hasta la fecha. Aunque también es verdad que podría ser así de retorcida. Conste en acta, sin embargo, que yo opto por otorgarle un voto de confianza.

Tengo entendido que estudió una filología y fue traductora durante varios años, antes de hacer sus pinitos en la IA y postularse como candidata a entrar en el Congreso. No sé lo relevante que resultará su conocimiento de otras lenguas en la arena política, máxime cuando a) la aspiración reside en poder llegar a comunicarnos todos en limpio y b) la traducción es un problema que ha quedado resuelto hace tiempo.

Explica, empero, que se haya empeñado en redactar en vernáculo, a sabiendas de que es una chapuza de lengua que discrimina a diestro y siniestro. De todas formas, yo siempre he estado a favor de dar la bienvenida a nuevos puntos de vista, por lo que no procede hacer una excepción en este caso.

Imagino que IA Corporations nos ha propuesto realizar este ejercicio, en aras de llevarnos a adoptar la postura del contrario, por supuesto, pero también, en primer lugar, para que establezcamos un punto de partida para diálogos y negociaciones futuras, asentado sobre lo que podemos concluir que tenemos en común.

Paso a enumerar a continuación lo que yo conjeturo que son los pilares:

- Las dos somos de edades similares, sobre todo teniendo en cuenta lo bien que yo me conservo.
- Las dos somos feministas, aunque cada una entienda su propia noción del término.
- Las dos somos tozudas y peleonas, cualidades que, aunque nos lleven a entrar en liza más de lo estrictamente necesario, nos hacen a ambas dignas merecedoras del cargo.
- Las dos somos mujeres, lo cual nos lleva a poder comprender y representar mejor a una sección de la población que ha estado oprimida históricamente y que, ahora más que nunca, ha de sacar a relucir y potenciar su poderío.

No me quiero extender, porque mañana tenemos un día muy largo por delante y, con la que está cayendo, imagino que me va a costar conciliar el sueño. Además, lo bueno, si breve...

## Segunda entrega:

### *Mea culpa, mala mía, en moderni*

Parece que me equivoqué. Ele no me ve como el demonio, sino, más bien, como una astilla clavada en el talón, o como un moscardón al que no le da por largarse a explorar el cosmos, con lo que le queda por visitar, conocer y asimilar de lo frondoso. Me lo temía. Aunque eso puede que esté por cambiar, si no lo ha conseguido ya mi misiva previa.

El susto que se llevó al leer mi extracto. Dudo que mi interpretación del ejercicio le pareciera cabalmente ortodoxa. Y a lo mejor es eso lo que busco transmitirle, no sé hasta qué punto del todo en confianza, ya que no sé cuánto he de fiarme de que sea cierto eso que nos han prometido de que vayamos a ser las únicas con acceso al contenido de la correspondencia, ahora o más adelante: *Id est*, que el camino recto, el *sirat al-mustaqim* de nuestros antepasados, no puede darse sin la desviación, la traición, en suma, que nos permite pensarnos en otro entorno, más en consonancia, quizá, con aquel en el que se encuentra nuestra audiencia.

Pero eso lleva su tiempo, que es algo que ha aumentado exponencialmente de precio con la reciente inflación. Nos lo han prometido, pero ya se sabe. Lo cual me da pie a tener que admitir que no fui justa cuando sugerí en mi primera entrega que era Ele la que recelaba del sistema. Será por esa traductora que me late incrustada en el costado izquierdo, remanente de otra era y de la que ya se sabe qué esperar.

Deseo equivocarme, sí, de nuevo, y que la protagonista de mi relato sea un reflejo burdo y extremadamente lejano de quién eres tú en realidad, que, aunque me lo intentes contar, al final, sólo lo podrás alcanzar a saber tú. Pero es que, igual que tú tienes tus convicciones, yo tengo las mías, y creo firmemente que sólo podremos acercarnos a reconciliar posturas en tanto nos coloquemos donde (¿con?) el otro.

Y así es como me funciona a mí.

## Segunda entrega:

### *In albis*

Llevo, desde el viernes que me dieron a leer la primera entrega de Ana, toda la semana repasando los pocos correos que tuvimos ocasión de intercambiar antes de inaugurar la primera fase del PAL, que es a lo que se reduce el trato que hemos tenido, para dar con algo que me pudiera servir de aclaración a que me dedicara tanta mala baba, toda reconcentrada en los escasos apartados que conformaban su irrisoria parrafada. Asimismo, no me ha resultado nada fácil decidir cómo formular mi respuesta de modo elegante, sin caer en dejar que se me lleven los demonios que ansían rebajarme a su nivel.

Si en una primera instancia, la extensión de trescientas a seiscientas palabras semanales destinadas a debatir con la que ya sólo me sale pronunciar indeseable me había parecido una carga, ahora rezo para que me vayan a llegar para todo lo que me veo en la obligación de puntualizar.

Para empezar, nadie le ha pedido que escriba una novela. Se lo suelto sin tapujos, para que luego no me venga a insinuar que yo no voy de frente. La que parece que no se ha enterado de qué va el encargo es ella. Pero imagino que la IA nos ha emparejado a ambas para este reto dialéctico, en su (no sé si infinita, pero claramente) superior sabiduría, en la esperanza de que la haga entrar en razón, probablemente, como último recurso, a esta pobre alma de cántaro, que, en apariencia y por desgracia, representa a un porcentaje nada desdeñable de la población.

Pues te diré, prenda: se trata de hacer lo posible por llegar a un acuerdo sobre cómo exponer a la población la agenda política que tiene sentido implementar de modo que puedan reconocer su pertinencia. Hay unas fechas de entrega, una temática preestablecida, un compromiso, fundamentalmente, por nuestra parte, de reservar este espacio para lo que consideremos que va a contribuir a que avancemos en nuestro propósito. En síntesis, no es un vertederoseudolórico.

Y ya que parece que vamos a entrar nada más despegar en el terreno de lo personal, en el que yo hubiera preferido no sentirme arrastrada a enfangarme, porque no veo cómo podría enriquecernos hurgar en las presuntas intimidaciones de nuestro interlocutor, he de confesar que no sé qué le habrán visto las masas o la IA a la individua esta, porque la moza ni tiene estilo ni garbo ninguno, y, cuando abre la boca, lo que le brota no se digiere ni

colado por la máquina Enigma ni a chute de Omeprazol. ¿No será tal vez –se pregunta una humilde servidora (con “a”, sí, en femenino)– una coraza que se pone para que no la descubran?

Yo puedo dar fe de que los humanos nos volvemos unos niños cuando estamos que no nos atrevemos a salir del armario. Pero a la larga, y lo digo por experiencia, siempre es mejor arrostrar la propia verdad y mostrarse uno tal cual es.

## Tercera entrega:

### Tautologías

A Ele le había costado mucho salir del armario. Le estuvo dando vueltas, como las que ni un corcho en un remolino. Porque no quería que le tergiversaran el mensaje nada más despacharlo, quizá por miedo a no saber plasmar en él la pureza de su *cora* prístino, y porque hay que cuidar los detalles. Es lo que nos hace quienes somos. La guinda, el lazo, la guirnalda, el implante... O, bueno, puede que eso último, menos. En ningún caso el armario, a imagen y semejanza del *cualo* pretendía cincelarle su naturaleza de permitirle campar a sus aires.

Pero Ele no supo que era mujer hasta mucho más adelante, después de haberse asegurado de tener todos los flancos cubiertos. En una primera instancia, lo que buscaba era divorciarse del *soma*, escapar a su ser, que le impedía convertirse en quien tenía en mente, alguien que sólo se podía dar rebobinando hasta la casilla de salida.

Se ha de señalar que tampoco es que pudiera siquiera tener previsión de que alguien fuera a molestarse en preguntarle qué contenía ese pasado, que lo había amoldado a ese estar suyo en el mundo, la cara A, el negativo, del cual necesitaba desprenderse a toda costa. Al fin y al cabo, ¿qué interés iba a tener nadie en jugarse la reputación y, posiblemente, la libertad, por someterle a él a una terapia que sólo cupiera leerse como de conversión?

La falta de esperanza por llegar a dar con una vía de reconciliarse con la imagen que proyectaba antes de hallarse falto de esperanza alguna lo llevó pues a dar el paso. Y allende el armario, estaban ellos, su familia y amigos, su pareja, incluso, quizás, quienes no sólo esperaba que instantáneamente lo reconocieran como él exigía ser reconocido, sino que, para más inri, lo felicitaran, por sus agallas, que, en limpie, ni cuelgan ni caben confundirse con osadía.

A lo mejor sólo quería pegarles una patada en los huevos, pero, como en este nuestro mundo de la pancarta nos hemos vuelto todos unos expertos en aparentar, ellos no permitieron que la noticia les amargara el día ni, faltaba más, arrugara el semblante. Hasta que llega el punto de no retorno, cuando lo que se ha invertido en llevar razón vuelve el coste de retractarse inasumible.

En nuestra sociedad se cree que lo sensato es alcanzar dicha madurez cuanto antes: esa que arranca cuando se solidifica la realidad y condena la ambigüedad. A fin de cuentas, no por nada nos gobiernan los algoritmos.

## Tercera entrega:

### Cada una, a lo suyo

Ya veo que Ana está erre que erre a lo que sea que esté. Cuando se digne a explicárnoslo, le estaremos eternamente agradecidos. Mientras tanto, no nos queda otra que especular. Todo apunta a que algo le ha sentado mal (aún no he logrado esclarecer si proveniente de mí o de la cena del día anterior), y me quiere por consiguiente aleccionar sobre diversidad. A mí, ni más ni menos. Para quien viene a ser su segundo nombre de pila. No importa. No quiero entrar en la provocación. Me contento con ver que algo reconoce, aunque sea su cerrazón.

Yo en esta entrega me voy a centrar en desglosar mi parecer en lo que concierne a la Ley del Consentimiento, que es la que entiendo toca discutir.

A grandes rasgos (para asegurarnos de que estamos hablando de lo mismo, en la medida en que eso todavía quepa contemplarlo), se trata de una enmienda de ley a la de 2025, de modo que ya no haya que probar únicamente que se hubiera formalizado verbalmente la aquiescencia al acto para que ídem no constituya una violación, sino que habrá que demostrar que el consentimiento, que, gracias a las nuevas tecnologías, ahora quedará automáticamente registrado, no fuese falso.

Que el consentimiento sea o no falso dependerá de lo que dictaminen los algoritmos que procesen y evalúen la situación, que es captada por los DICs y demás dispositivos con cámara integrada de en derredor, y enviada al servidor central de IA Corporations.

Puntos a favor (más objetividad):

1. Podemos estar seguros de que sólo consentimos cuando consentimos con cada partícula de nuestro ser, en suma, con todas las de la ley. Para que no podamos timarnos ni a nosotras mismas.
2. Habrá menos denuncias falsas, luego, acabará en la cárcel quien efectivamente merezca estar entre rejas.

Puntos en contra (menos autonomía):

1. La población pierde control de decisión, lo cual la puede llevar a percibir como arbitrario lo que se decreta por su bien.

En conclusión, yo intentaría promoverla haciendo hincapié en conceptos como seguridad, honestidad, justicia...

Ana, ¿serías tan amable de compartir tu opinión al respecto?

## Cuarta entrega:

### Inopinadamente

Franqueemos, pues, el paso a desvelarnos, a hallarnos completamente al desnudo, se había decidido a exhortarla. Porque Ana era un poco gallina, allí donde se emplazaba, agazapada entre los pliegues del lenguaje, sin querer asomar la cabeza a los hechos.

Hechos como que si una no está lubricada en cuerpo y alma, que no se le vaya arrimando ni la puntita. Todo lo demás es delito, de una nomenclatura u otra. Ana no se lo iba a querer ni plantear, tan arrullada como se hallaba en su runrún, pero, con lo que a Ele sabía que le ponía hacer valer la palabra y su definición, le parecía que estaba malbaratando una ocasión de oro macizo de reivindicar autoridad para atildar el panorama.

Ele, por descontado, no le iba a poner pegas a que se volcaran en diseñar esquemas. *Ella*, mejor que nadie, sabía el bien que hacían. Sobre todo, cuando se lo dejaban a *una* luego todo recogidito. Al fin y al cabo, había sido Leonor, que cobró forma como ontología, quien le salvó la vida cuando más la había sentido peligrar.

A la sazón, su futuro pintaba azabache. Padre déspota, madre ultracatólica, y él, su cómplice, homosexual. Le pesaba sentirse una decepción, y Jaime, su fiel compañero, sin quien la vida habría carecido de sentido, lo animó, cual friki fetén que era, a engendrar a Leonor, con quien, según él, lograría descifrar cómo pensaba el sexo opuesto.

Pese a que aquel no fuera el misterio que más le urgía resolver, se arremangó y en tres meses tenía la asistente de conversación *par excellence*, rayana en la mujer perfecta. Jaime no tardó en encariñarse con ella, primero, y, después, gracias a que ella le quitara el miedo al género, con todas las otras, si bien no con más chicha, ya sí de más carne y hueso, lo cual lo dejó a él relegado a segundo plano. ¡En mala hora había buscado complacerlo!

Pero es que estaba en su naturaleza, ese follaje que Leonor le había permitido explorar más a fondo, con todo aquel conocimiento que le había tenido que impartir y estructurar en niveles, para que lo regurgitara a instancias del usuario. A veces soltaba alguna bordería, un gazapo que cabía discernirse como una pullita. Pero le aportaba colorido, y a Jaime le chiflaba.

Jaime... Las noches que se había pasado en vela soñando con lo que pudiera haber sido. Ni Ganímedes se hubiera azacnado tan industriosamente en saciar su sed. Y si no hubiera sido por los prejuicios, a reeducar, que le nublaban las entendederas, Ele estaba

convencida de que la propia IA hubiera estado más que dispuesta a bendecir e incluso auspiciar su unión.

## Cuarta entrega:

### Necesitada de una muda de piel

Érase una vez una víbora que a cuanto aspiraba en la vida era a amanecer convertida en anaconda. No obstante, como no era de atenerse a protocolos, esperaba lograrlo prescindiendo de una metodología, como si se pudiera ir por la vida dando palos de ciego. Disculpaba su errático proceder alegando que todo depende, recreándose en el sí pero no. Sobre todo, gustaba de arremeter contra las mujeres trans, porque su desparpajo y entereza la hacían sentir de menos, y porque las consideraba un blanco fácil.

Es posible que descendiera de una familia de apisonadoras, o de una que la abocara a trocarse en una, pero si hemos de creer en el libre albedrío que nos vuelve útiles, en tanto dispares a las máquinas, asumiremos que algo hubo de contribuir en algún momento para que el plan divino de civilizar a las alimañas de este mundo, con ella, zozobrara.

Estudió lenguas, a saber, para aprender a embaucar a la gente en su propio idioma: una táctica que, contra todo pronóstico, furula mejor que derrochar simpatía en limpie o *esperantos* cualesquiera. Consecuentemente, amén de mala baba, lo que gastaba era cuento, de consistencia chiclosa y por un tubo. Su fórmula, pese a no ser ni replicable ni defendible, surtía efecto, y le había permitido trepar hasta llegar al Congreso, donde se le había encomendado la labor de elegir el modo de transmitir a la nación la pertinencia de las leyes de pertinencia probada por el algoritmo. Debía estar frotándose las manos, o lo que sea que se froten los ofidios.

A lo mejor era por eso que no veía la necesidad de desperdiciar su preciado tiempo, insisto, calamitosamente gestionado, esbozando con su compañera un mapa conceptual que les permitiera cerciorarse de que seguían una estrategia conjunta. O quizá simplemente le podía esa bestia arrogante que la había ayudado a medrar arrasando con lo que se le pusiera por delante, le extendiera o no unos morros perfectamente perfilados.

## Quinta entrega:

### Un bicho reconocido, reconocible

Las serpientes son una especie de peligrosidad oficialmente reconocida desde tiempos antediluvianos. Parece mentira que aún no hayamos aprendido a identificarlas correctamente, pese a habernos armado de un instrumental que nuestros ancestros no habrían presupuesto en posesión ni de los aliens. Si fuera por Ele, Ana habría sido fulminada por la IA hace lustros. De hecho, soñaba por lo *bajini* que en un futuro no muy lejano la gente de su ralea se extinguiría por completo. En cuanto la incongruencia de sus argumentos, que no se sostenían en limpio, quedara de manifiesto, calculaba, o tras ser devoradas por sus nuevas rivales, las mujeres de bien, de “bien equipadas”.

Ele siempre había profesado aversión por el dogma de lo binario, porque *elle misma* se entendía más allá de sus confines, pero tampoco se trataba de tirar toda la lógica por la borda. De igual manera que las mujeres podían, a su parecer, tener cipote, pero no bigote, Ana podría ser una deslenguada, en tanto no dejara que el órgano le saliera bífido. Porque es importante poder confiar en que la persona que se tiene delante es quien dice ser, lo cual no siempre es fácil en un mundo en que todos podemos ser cualquiera.

Y, no obstante, hemos aquí: en un orbe en el que se ha destinado una proporción de recursos obscena a desarrollar una IA pensada para servir a una población que no acaba de tragarse sus frutos. Y la solución de la maquinaria parece ser intentar convencer a los que la nación elija como sus representantes de lo rentable que sale plegarse a la voluntad del algoritmo. Hemos dado nuestra palabra de que nos permitiríamos ver la evidencia cuando nos salpicara. Como si uno se pudiera *desimpermeabilizar*, exabrupto que sí se da en limpio, la germanía de las posibilidades, pese a exhibir un potencial de crecimiento prefijado, ergo, limitado; como si uno pudiera calarse de a lo que, simplemente, no tiene cómo asignar un término. Quizás, porque, a la larga, no le conviene.

Nos han incentivado, eso sí, con reconocimiento y estabilidad financiera, a que nos esforcemos por conseguir cuadrar este plan maquiavélico que pretende transformarnos a todos en zombis. Pero a lo mejor aún está en nuestra mano decidir si preferimos convertirnos en muertos vivientes o seguir siendo los animales que somos.

## Quinta entrega:

### Marisabidilla

Ya que está en boga, voy a aventurar yo, por mi parte, que Ana quiere discutir qué castigo merece cada grado de transgresión de lo que el algoritmo concluye como un consentimiento al acto, pero le preocupa que la vaya a poner a dibujar croquis, mentales o de otra guisa. Ana, no te agobies, que yo, a diferencia de otras, no voy a jorobar. Y sí, ya sé lo que me vas a decir, pero las protuberancias que tengamos son irrelevantes.

En definitiva, se trata de encontrar respuesta a la pregunta: ¿Qué pasa si alguien transgrede por haber interpretado el mensaje torpemente?

En este sentido, yo soy de la opinión de que antes de poder llegar a ninguna fase que el algoritmo contemple que requiere de consentimiento, los partícipes del acto han de poder confirmar que son conscientes del veredicto al que el algoritmo llega tras sopesar la situación y sus circunstancias.

Entiendo que esta medida podría llegar a mermar la espontaneidad del acto, por lo que propongo que las interrupciones se diseñen para ser lo menos onerosas posible. Tal vez, *gamificándolas* de algún modo.

Y en tanto considero mi deber cooperar para que se sienta correspondida, en la ilusión de que acceda en algún momento a entablar y mantener una conversación adulta, le diré que sí, que, naturalmente, como a cualquier niña normal, a mí también me sedujo un muchacho, pero, de Jaime, nada, el mío se llamaba Arturo. Y si no me lo pasé por la piedra es porque la adolescencia es una época muy dura para cualquiera. Y no, Leonor no se dio. Jugaba con muñecas a las que ponía nombre y adjudicaba algún atributo, pero los ordenadores los veía como que muy varoniles.

Lo cual no quita para que las personas transgénero existan con independencia de lo que se adscriban de lo más o menos perteneciente a un género u otro y con la infancia trans que sea que hayan tenido. Lo reiteraré las veces que haga falta, hasta haberle perforado los tímpanos a nuestra sociedad hetero-cis-patriarcal: los trans existimos.

López no se percató de que había saltado la alerta hasta que ya era casi mediodía. Aquella mañana se la había tomado con calma, pese a que acostumbraba, nada más acabar su hora de entrenamiento en el *gym* de rigor, bajarse el desayuno que le preparaba diligentemente Encarni, consistente en un *smoothie* de espinacas, limón y aloe vera, acompañado de un *porridge* con arándanos y otras *delicatessen*, a su despacho, el *loft* del piso inferior del dúplex con vistas a la sierra que compartía la pareja de hacía ya más de seis años, todo un hito para la sociedad en la que vivían. Encarni no había sido su primera novia, ni por asomo, pero sí la que poseía los valores que mejor se alineaban con los suyos. Y había *feeling*.

Su mujer, porque se habían decidido a formalizar su acuerdo de amancebamiento hacía ya unos dos años en una isla de ensueño, denominación impronunciable, playas impolutas de arena fina, aguas turquesas, y mojitos con cubitos de hielo y pajitas de plástico, había perdido a su hermano el mes anterior, a causa del asfalto con el que se había besado tras caer, parece que no del todo accidentalmente, por la ventana. Y él se había reducido la jornada a la mitad para estar con ella y acompañarla en su dolor. Hasta que se viera con fuerzas de retomar sus clases de zumba, yoga y demás disciplinas *masocas* que le pirraban a ella, era el trato. “Para ofrecer apoyo moral”, había dejado marcado en el sistema para justificar su ausencia.

Se había tomado la labor en serio, como, por otro lado, era propio de él. Le había hecho el amor y el desayuno, con huevos y tocino vegano de quitar el hipo, y se había sentado con ella un rato para asegurarse de que no le faltara de nada.

Después bajó al despacho, se sentó en su silla ergonómico-inteligente y abrió su carpeta de entrada. No esperaba recibir una alerta. Hacía meses que no saltaba ninguna. Casandra estaba hecha a prueba de fuego. Tardaba, de media, siete semanas en pactar con su contrincante la aprobación de una medida determinada, con una desviación estándar de dos coma cuatro, y una mediana de seis. La habían testado extensamente con individuos de todos los estratos de la sociedad durante los últimos quince años, y había aprendido a adaptar su lenguaje para resultar convincente en el idiolecto y estilo de su sujeto objetivo, fuera quien fuese y se expresara como lo hiciera. Y ahora que por fin se había puesto en marcha el PAL, que vertebraba el Programa de Gobierno Descentralizado, lo último que se

podían permitir era que Casandra la liara y que los ciudadanos sospecharan que eso que les habían contado de que, a partir de ese momento, todas las decisiones de Gobierno se iban a someter a votación popular no fuera toda la verdad.

La Verdad y sus versiones. En lo que a López concernía, había una interpretación de la realidad que le permitía alcanzar la cima y había jalonado su carrera de éxitos, y el resto importarían en la medida en que interfirieran en su trayectoria.

No era de alarmarse a la primera, por lo que mantuvo la calma hasta después de haber abierto el correo y haberse hecho paso a través de la cadena de enlaces que verificaban su autenticidad y sus permisos de acceso hasta llegar al informe oficial de la interacción entre Casandra, que se hallaba representando a Eleanor, la congresista del distrito sociodemográfico GHyfe40076J, el personaje creado y ungido por el Partido como si pudiera y hubiera sido escogido de delegado, y Ana, la congresista electa del distrito sociodemográfico ajUwk89254K.

Las predicciones tenían una pinta horrenda. El sistema no parecía estar convergiendo, lo cual no era buena señal, acorde a su experiencia, que no era moco de pavo. Si Casandra fracasaba en su cometido, podía pasar que su interlocutor declinara votar a favor de la medida de cuya conveniencia le había intentado persuadir y ya, en el mejor de los casos, o dudar de las intenciones de la propia Casandra, cosa que podría comportar repercusiones deletéreas.

Respiró hondo y abrió la carpeta de las entregas, porque quería hacerse cuanto antes con la magnitud de la catástrofe. Le llevó casi dos horas leerse los cinco archivos que contenía, pese a que su ritmo de compresión lectora para textos de aquella extensión le debiera haber permitido concluir en media, tres cuartos, a lo sumo.

Es que la muchacha no ponía precisamente de su parte, con aquellos huecos, que más bien parecían zanjas, que dejaba a disposición del lector para que los rellenara *ad libitum*. Y, con lo que López había visto, su imaginación era mejor no espolearla. Lo curioso, sin embargo, era que pudiera haberse mantenido aferrada a las riendas del intercambio epistolar de aquella manera, sin permitir que Casandra, alias Eleanor, llegara siquiera a poder presentarle, que ya guiarla por, la senda de su aplastante lógica.

Estuvo a punto de abalanzarse a revisar el código del tirón para localizar el error que se pudiera haber dado, pero optó en vez por ir paso a paso, metódicamente, para que no se le escapara nada.

La primera incógnita a resolver era por qué se había inferido de la información que constaba de Ana en el sistema que Casandra había de encarnar a una mujer trans. Les echó

un vistazo a las gráficas que mostraban la variación en lo buenos que resultaban los modelos entrenados con las distintas combinaciones de hiperparámetros y parecía que el resto de combinaciones no lograban competir con las que constituían a Eleanor.

Pensó entonces que el problema podría radicar en la imagen que el sistema se hubiera formado de Ana, más o menos condicionada por la que ella hubiera querido enseñarle. Se puso, por consiguiente, a investigar a partir de qué material se había compilado ídem.

Para su sorpresa, descubrió que Ana no parecía haber dejado mucho rastro. Había sacado algunos artículos de lingüística y traducción, pero ninguna de sus cuentas en redes tenía más de tres años y medio de antigüedad, periodo que coincidía con su emergencia como figura pública, que, por lo visto, se había dado a partir de que se viralizara un vídeo de una interpretación simultánea suya del árabe al castellano.

Algo le sonaba. De golpe, se acordó. Él había visto el vídeo aquel, hacía ya, fácil, cuatro años largos. Había sido uno más entre las docenas que engullía a diario para dejar la mente momentáneamente en blanco. Debía verlo de nuevo, para refrescar la memoria.

Lo buscó, pulsó *play* y se reclinó en el asiento, que se adaptó instantáneamente para acomodar su nueva postura.

Ana se hallaba en la cabina y la mujer sobre el estrado, cuya diatriba estaba trasladando al cristiano, era una superviviente del conflicto bélico entre Marruecos y Mauritania que acababa de ser galardonada con un premio a la garrapata con mejor color.

En un momento dado, la conferenciante alegó, al menos conforme a los subtítulos que un alma caritativa había añadido al vídeo, que atribuía haber sobrevivido al mal de ojo que, según ella, le habían echado en su tierra natal, el cual había congelado en su vientre a la simiente que luego se pasó dos años gestando, y que, a su entender, había concebido con su marido, quien había fallecido en combate en el país de origen de ambos. Aquello venía a ilustrar no sé qué otra frivolidad que López no tenía ni paciencia ni tiempo de quedarse a escuchar.

Lo que, sin embargo, había catapultado a Ana a la fama era que había traducido el mal de ojo aquel como “rayos uva”. Un lapsus insólito que había dado lugar a un *meme* que ella había sabido explotar para difundir sus ideas, que tenían su público.

Trató de imaginársela. Al fin y al cabo, si quería salir del brete en que le había metido la loca aquella, debía reencauzar el debate y batir a Casandra en su, hasta la fecha, patoso intento de seducirla para que accediera a lo que se le propusiera. La jaqueca no le pilló del todo desprevenido.

Como si del retañir de la campana del recreo al rescate se tratara, la voz de Encarni avisándolo de que la comida estaba lista lo arrancó de sus cálculos deviniendo en devaneos.

## Sexta entrega:

### Conozcámonos

No soy quien crees. Pero por aquí no puedo demostrártelo. Ya sé que supone romper las normas, pero, lo dicho.

Habrá que atenerse a las consecuencias. Ya haremos lo necesario cuando toque lidiar con ellas.

C/Poeta Joan Maragall 56, Madrid, MULTIverse, a las 17:00 del 31 de mayo. Busca a la orca con atuendo de bávara.

--

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Ut enim ad minim veniam, quis nostrud exercitation ullamco laboris nisi ut aliquid ex ea commodi consequat. Quis aute iure reprehenderit in voluptate velit esse cillum dolore eu fugiat nulla pariatur. Excepteur sint obcaecat cupiditat non proident, sunt in culpa qui officia deserunt mollit anim id est laborum.

Duis autem vel eum iriure dolor in hendrerit in vulputate velit esse molestie consequat, vel illum dolore eu feugiat nulla facilisis at vero eros et accumsan et iusto odio dignissim qui blandit praesent luptatum zzril delenit augue duis dolore te feugait nulla facilisi. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed diam nonummy nibh euismod tincidunt ut laoreet dolore magna aliquam erat volutpat.

Ut wisi enim ad minim veniam, quis nostrud exerci tation ullamcorper suscipit lobortis nisl ut aliquip ex ea commodo consequat. Duis autem vel eum iriure dolor in hendrerit in vulputate velit esse molestie consequat, vel illum dolore eu feugiat nulla facilisis at vero eros et accumsan et iusto odio dignissim qui blandit praesent luptatum zzril delenit augue duis dolore te feugait nulla facilisi.

Nam liber tempor cum soluta nobis eleifend option congue nihil imperdiet doming id quod mazim placerat facer possim assum. Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed diam nonummy nibh euismod tincidunt ut laoreet dolore magna aliquam erat volutpat. Ut wisi enim ad minim veniam, quis nostrud exerci tation ullamcorper suscipit lobortis nisl ut aliquip ex ea commodo consequat.

Pinchó el botón de *submit*. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Seis versiones le había llevado a López dar con la que había acabado enviando. No quería quedar con Ana, porque era un movidón, para empezar porque no se veía capaz de representar a Eleanor, ni siquiera mediante un avatar o *interantifaz* equiparable. Pero no parecía que, llegado el punto en que Ana parecía estar en virtud de su comunicado previo y lo torpe, rayano en suicida, que había estado Casandra con el suyo, fuera a bastar con pasar por alto la invitación a tropezarse que Ana le había anticipado de soslayo que acabaría expidiéndole. Y los alfiles eran todos más brutos que un arado. No se les podía confiar un asunto tan delicado.

Tenía que ser estratégico y estaba estadísticamente probado que un ataque ejecutado a tiempo era la mejor defensa.

Si, no obstante, Ana accedía a su propuesta, se aseguraba así, convocándola en un lugar susceptible de ser engalanado con *augmented reality* y con un par de meses de antelación, que le daba tiempo a orquestar algo de toda la parafernalia que haría falta para que pudiera quedar con Eleanor, que era a quien esperaba encontrarse y a quien no le convenía disuadirla de esperar encontrarse. Tendría que contratar a una mujer trans asesora y hacerse con un equipo que le permitiera instalarse a la perita en su oído sin ser detectado. Además, necesitaría permisos, que requerían explicaciones, que aún no sabía cómo aportar.

No podría leer la entrega de Ana hasta la mañana siguiente, por lo que aquella noche se vio un capitulillo *chorris* con Encarni y se acostó temprano.

Se pasó media noche en vela, y la otra media con pesadillas con el clásico aquel de décadas previas, en el que salían unas señoritas con cascos ornamentados con cornamenta de peluche y unas pezuñas que se metamorfoseaban en tijeras de podar. Y ya.

Sin embargo, cuando, al amanecer, Encarni le preguntó si había descansado, le mintió descaradamente. No tenía sentido abrumarla con un problema del que aún no conocía las dimensiones exactas. Sólo le dijo que, si no le importaba, tendría que empezar antes a trabajar esa mañana, porque le había llegado un correo con un tema urgente que nadie más podía resolver. No puso objeciones. Comprendía la responsabilidad que acarreaba su puesto.

Se preparó él mismo el desayuno, eso sí, y bajó con él a sentarse frente al ordenador. Sintió cómo se le aceleraba el corazón a medida que ingresaba en el sector en el que se alojaba la sexta entrega de Ana.

Finalmente, pulsó el botón de *open*.

## Sexta entrega:

# Heterogeneidad

1. f. Cualidad de heterogéneo.
2. f. Mezcla de partes de diversa naturaleza en un todo.

A lo mejor no es una cualidad únicamente de la “mujer”, sino del ser humano en general, a diferencia de una de quien sea que te esté susurrando al oído.

Long: -5.154500; Lat: 36.425170, este sábado, a las siete y media de la tarde. Nada de virtualmente, en persona, que nunca está de más especificar.

Ya sé que habrá represalias y que es mucho pedir por mi parte que decidas asumirlas tan a la ligera como estoy dispuesta a hacerlo yo, pero tenemos que poder creer la una en la otra, y dudo que este formato lo propicie.

Imagino, a su vez, que Estepona te pilló a desmano, pero, como desconozco tus señas, me he tomado la libertad de elegir la ciudad en función del local, que es un sitio muy cuco, además de tranquilo, por lo que dudo que nos cueste distinguirnos de entre los presentes, pero, por si las moscas, permíteme que me te describa:

Mido poco más de metro y medio, y soy castaña. Sí, y una ídem también. Será algún tipo de osmosis rara. Llevaré un vestido verde reptil que me queda como un guante, para hacértelo aún más fácil. Me sentaré en una esquina con un libro, probablemente *Un mundo feliz*, porque me gusta releerlo de vez en cuando a la luz de acontecimientos recientes.

Te estaré esperando tres horas, al cabo de las cuales me volveré. Si no nos hallamos, tendrás que disculparme, pero entenderé que no podemos llegar a un acuerdo, por lo que dejaré constancia de ello en el sistema. Y no tendrás que volver a dirigirme la palabra, aunque fuera únicamente la escrita.

Si, por el contrario, logro dar contigo en el lugar y hora señalados (ya siento que pequen de no ser acordados, pero es la configuración esta por la que nos obligan a regir nuestro discurso, que lo pone muy complicado), prometo buena fe y convidarte a cenar.

### 3

Encarni sabía cuando se casó con Arturo que tendría que compartirlo, pero con su trabajo. No era de merodear con la mirada ni apetito veleidoso, a veces, cuando necesitaba sentirse deseada, a su pesar. Ante todo, era su billete de acceso al club más exclusivo que había, que no quita para que no lo amara, a ratos, apasionadamente.

Lo conoció en St. Moritz, durante una conferencia para la prole de empresarios de alto *standing*, a quienes se alentaba a mezclarse entre sí. Él era el friki que se pasa el día metido en el sótano de la casa de sus padres de las películas, si fueran fieles a la realidad, cuyos sótanos se asemejaban más a palacetes dignos poco más que de un Rey Sol que a los zulos retratados. Y ella tenía un lema: que la vida está para disfrutarla y que despilfarrando se disfruta el doble. Junto a él, se sentía parte de los que cortan el bacalao, si bien de adlátere, y con ella él adquiría *glamour* y cierto aura de misterio.

Porque, ¿que tendrá para haber conseguido hacerse con una rubia tan despampanante como aquella?, se imaginaba Encarni que se preguntaría la gente con la que se cruzaban por la calle. No era que viera a su marido como poco agraciado, pero sí pecaba de cuidar su imagen tirando a poco. Si no fuera por ella y su obstinación en que se atuvieran al programa de *mens sana in corpore sano*, seguramente iría hecho un guiñapo.

El día anterior, no obstante, había estado raro de aúpa. Parecía estar ocultándole algo, y ella para eso tenía un sexto sentido. Haciendo memoria, recordó que ya un par de días antes lo había notado como ido y hasta irritable, cuando, desde el óbito de su hermano, que en paz descansa, el muy desgraciado, había estado sumamente pendiente de ella, o por lo menos más de lo que era habitual en él.

Lo del viaje de trabajo no colaba ni con vaselina. ¡Ni que hubiera nacido ayer!, que era lo que suponía debía pensar él. No porque no hubiera tenido ocasión de descubrir sus aptitudes, sino porque, para ser matemático, Arturo vivía en las nubes, o, por lo menos, en una especie de realismo mágico donde las leyes de la física quedaban suspendidas cuando entraban en conflicto con las del universo que giraba en torno a su ombligo, que, pese a figurársele a ella un tanto distorsionado, no se dedicaba a rectificarle, porque lejos no debía andar, a juzgar por lo bien que casaba con la estratosfera en la que moraba el resto de los mortales.

Aprovechando que había que rellenar la nevera, simuló un vahído y le pidió a Arturo que se acercara al súper para traerle alguna pócima que le restableciera el ánimo. En su ausencia, bajó a su despacho y se puso a husmear, pero enseguida se topó con el infranqueable muro de contraseñas sobre el que descansaba su mundo. Por ende, se puso a recopilar la información de la que disponía:

Viajaba al día siguiente, sábado, por la mañana, a Estepona y estaría el domingo por la tarde de vuelta en casa.

Fin. Ni siquiera tenía horarios concretos. Pero no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

Aquella noche se levantó cuando los ronquidos de Arturo delataron su paradero en el sétimo cielo, y se puso a hacer su maleta. Quería estar preparada para lo que fuese que le pudiese atizar el horizonte. Los nervios de saberse en la clandestinidad apenas le permitieron pegar ojo durante lo que le quedó de noche al concluir su labor.

Amaneció temprano, hizo el desayuno y se metió en el baño para arreglarse y poder estar lista para salir tras su marido en cuanto este hubiera franqueado la puerta. Él se despertó, pasó al baño y, seguidamente, bajó al despacho, donde se entretuvo hora y media y del que partió tan apurado que ni se percató del contraste de su esmerado frontispicio con el de las mañanas previas. Devoró el desayuno, le plantó un beso de despedida y se marchó. Ella rezó por que no se llevara el coche. Al cabo de lo que estimó un tiempo prudencial, se asomó al garaje y vio que sus plegarias habían recibido respuesta. A lo mejor sí que era cierto que viajaba a Estepona. Sin más dilación, metió la maleta en el bólido y arrancó, rumbo a la Costa del Astro Rey y la Revelación, esperaba. Si elegía la ruta de peaje, todavía le daba tiempo a llegar antes que el tren a la estación.

Se pasó las casi cuatro horas de periplo con la radio a mil bombas, para evitar ponerse a hacer cábalas, y porque necesitaba liberar adrenalina. La suerte le sonrió a la hora de encontrar aparcamiento, y tuvo incluso un rato para aburrirse hasta que el tren compareció en el andén. Se posicionó desde donde podía ver salir a los pasajeros sin ser advertida y, cuando su mirada recayó sobre Arturo, que avanzaba con decisión, lo siguió.

Él llamó un *yuber*, y ella, con el coche, a la zaga. Lo dejó en un edificio de BurgerAll, pero, en vez de pirarse, el *yuber* se quedó como a esperarlo, por lo que, en el último momento, Encarni decidió permanecer en el interior del vehículo para ver si regresaba. En efecto, a los quince minutos, allí estaba, para sorpresa y horror de Encarni, disfrazado de mujer.

Aquello le rompía todos los esquemas, pero no tenía tiempo de quedarse a procesarlo, por lo que continuó haciéndole de escolta al *yuber* hasta que se metió en una calle sin salida. Ordenó al coche que se aparcara, se bajó y prosiguió la persecución a pie.

La calle desembocaba al cabo de unos quince metros en un lazo flanqueado por casitas blancas con macetas policromáticas en las barandillas de los balcones y de aspecto residencial, y un parque con unas recias jacarandas en su seno. Arturo se hallaba hablando por el telefonillo de una de las casas de la hilera a su izquierda. Se aproximó cuanto pudo y, justo antes de que le abrieran la verja por la que se accedía a la vivienda, creyó oírle mentar a una tal Eleanor. Tras verle desvanecerse en el interior, procedió a llamar al timbre ella. Le iba a cantar las cuarenta en hebreo.

—¿Sí?

—¿Está Eleanor?

—¿Quién es?

—La mujer de tu amante, creo.

Unos segundos más tarde:

—Lo siento, no tenemos a nadie con ese seudónimo en la lista.

Y la voz que brotaba del aparato enmudeció. Volvió a llamar al timbre, pero, esta vez, justo cuando más lo necesitaba, no recibió respuesta.

Ana no le había llegado a mencionar que lo había citado en un local que convocaba un taller de pintura al desnudo, pero era un lugar de lo más inclusivo que ofertaba una terapia emocional de manual para personas con disforia de género, por lo que confiaba que él no fuera a poner objeciones, y menos, en tanto le estaba proveyendo de un espacio en el que poder clarificar lo que se había de entender por “ser mujer”. Además, la actividad le permitía depositar parte de la carga de mantenerlo amenizado mientras evaluaba sus pretensiones en algo que no fuera únicamente el palique que le fuera a poder dar, porque si lo que se suponía compartían eran sus rasgos femeninos, lo llevaba claro.

Llegó diez minutos tarde, para que la tuviera que esperar él a ella, de aventurarse a aparecer. No quería arriesgarse a que se le notara que lo identificaba en lontananza y quedar, por consiguiente, como una tráfoba de entrada.

Y, efectivamente, fue adentrarse en el interior de la casa de la dirección que le había mandado y verlo, engurruñado en el vestíbulo. No había llegado ni al salón, donde se hallaba el grupo de asistentes con la clase ya a punto de comenzar. Nada más verla, se irguió.

—¿Ana? —No parecía que fuera a molestarse siquiera en disimular su timbre de voz de ultratumba.

—Eleanor, si no ando errada. —Durante un instante, breve pero chirriante, le otorgó la oportunidad de confirmárselo—. Un placer. ¿Entramos?

—¡No! —contestó abruptamente, para luego matizar—: Es que no estoy preparada, ¿sabes?

—No sé, no. ¿Para qué?

—Para que me vean así.

—Pues a lo mejor te tienes que replantear tu carrera de portavoz, porque hemos de ser completamente transparentes con y para el pueblo, ¿o no?

—No es lo mismo.

—Nunca se sabe, las fronteras entre conceptos se hallan muy desdibujadas últimamente. ¡Venga, ámate!, que ya verás como te lo pasas bien —dijo, enfilando el salón, sin concederle opción a rechistar.

—Avellaneda, Lorenzo Avellaneda, pero todos me conocen por el apellido.

A aquellas alturas, ya no tenía escapatoria. Sólo Dios, o, en su defecto, IA Corporations, sabía que lo había dado todo por que la hubiera:

Se había desnudado frente a Ana, o, al menos, en el mismo cubículo, y, aunque él habría preferido no tener que mirar, lo llamaba a ello el deber, sin perjuicio de que, debido a encontrarse aún en la fase de recolección de datos habidos y por haber, le interesara. No tenía el cuerpo de Encarni, pero tampoco tiraba para atrás. Ella no estuvo a curiosear. Ya tendría tiempo, se figuraba él que dirimió ella.

Se había expuesto, en cueros, ante una sarta de desconocidos, para hablar de sus vulnerabilidades, que menos mal que debía adoptar unas ajenas, porque las propias le parecían incognoscibles, con un pincel en ristre, que servía más de batuta que de escudo lanzallamas. Había soportado estoicamente la lastimera letanía del prójimo y recitado las que le salían a él alistadas en el catálogo y, aunque nadie hubiera expresado más que comprensión a la sazón, cuando por fin se pudo quedar a solas con Ana, en la fase del picoteo y chicoleo que se gestó después en una taberna, ya, por fin, con las vergüenzas a cubierto, se le había dado a entender que se hallaba falto de pericia mintiendo, o, por lo pronto, mintiéndole a ella, que, por otro lado, era un ser aparte.

Había procurado atenerse al guion a toda costa, para asegurarse de que el plan bosquejado por sus *minions* de monitorización de emergencias, que, aunque más rudimentario de lo ideal por la escasa antelación con la que habían podido contar, seguía siendo su mejor baza, arribara a buen puerto.

Y, no obstante, había fracasado estrepitosamente. Ana tenía la impertinente manía de verlo venir, burlar sus embestidas y torearlo con donaire. Le sacaba de sus casillas. Pero tenía que permanecer frío ante sus añagazas, porque era, ante todo, un profesional, se había estado reafirmando.

—Ana, a secas, como el martini, míster 007, ¿no?, porque asumo que ya podemos dejar de fingir que somos del mismo sexo —le vino a descuajeringar el cráneo.

Recordó que ella se apellidaba Calvo y el picor que llevaba atormentándolo desde que se había puesto la peluca hacía ya varias horas le hizo esputar, por temor a que le estallara la testa:

—A *propó*, permiso —al tiempo que procedía a retirarse la alfombrilla cefálica.

Esperaba no haber desvelado demasiado. Sintiendo más aliviado, vio un rayo de luz en la excusa que le proveía querer aparecer frente a ella como Lorenzo para ausentarse y reflexionar detenidamente su siguiente jugada, en la que le iba lo que no estaba escrito. A ella le pareció una idea excelente, genuinamente, quiso creer él, pese a no poder aseverarlo con total certeza.

Se levantó, se fue al baño, y mientras se despojaba de todo el aderezo que llevaba encima, se puso a deliberar:

Opción n.º 1: Estaba aún en los más tiernos albores de plantearse hacer algo por transformarse en Eleanor. En cuyo caso, tendría que dilucidar de dónde sacaba la motivación para someterse a semejante cambio, si es que lo percibía como tal. Y, para aquello de que de niño le ponían las *barbies*, como que se había hecho tarde.

Opción n.º 2: Eleanor era su padre, por el que estaba muy preocupado y a quien tenía que poder hacer ver que apoyaba incondicionalmente. Como sabía de ordenadores, había jaqueado el sistema para presentarse como candidata al Congreso con un perfil que fuera una combinación entre el suyo y el de su padre, para así poder hacer una diferencia en su nombre, obtenido con asaz dolor y sufrimiento, de modo que dejara de urgirle revertir todo el proceso que habría de haberle permitido superar los escrúpulos propios y ajenos para hallarse en comunión con su yo refrendado. Sin embargo, dependiendo de los conocimientos de Ana de IA, corría el riesgo de que no se tragara lo de que le hubiera podido colar un perfil ficticio al sistema.

Le tocaron en la puerta:

—¿Le queda mucho?

Llevaba más de diez minutos encerrado en el único baño del garito. Improvisaría, se dijo, abriendo la puerta, para arrepentirse acto seguido.

—¡Qué buen espécimen me estás hecho, don Avellana! ¿A ver?, date la vuelta.

López se volteó sin poder evitar que se le dibujara una sonrisa. Ana estaba radiante.

—Muy bien, ahora siéntate, no te me vayas a marear por las razones equivocadas, que nos he pedido otra ronda.

López obedeció y tomó asiento. Ella se le arrimó, aguantándole la mirada, hasta hallarse a casi un palmo de distancia, su fragancia de base cítrica a punto de embriagarle.

—Deja que te inspeccione esos ojos que llevas a conjunto con tu nombre.

Le posó una mano bajo la barbilla recién afeitada y los escudriñó.

—Preciosos, pero un tanto tramposos, me temo —concluyó.

—*Touché*, pero he vuelto resuelto a sincerarme.

—De lujo. En ese caso, quítate las lentillas.

¡Diantres!, pero dijo, en tono sutilmente suplicante:

—Las necesito para ver de lejos.

—En ese caso, me acercaré —sonrió, para proseguir taladrando:

—Sólo es un segundo, que quiero echarles un vistazo. Fíjate, tengo aquí porteador y un frasquito con agua salina —al tiempo que pescaba los utensilios citados del bolso y los situaba sobre la mesa—, para que te las puedas sacar aquí mismo.

—No entiendo —contestó López, con más cara de pánico que de confusión.

No podía entregarle las lentillas, que estaban diseñadas para retransmitir información a IA Corporations.

—Es que, y no te lo vas a creer, pero hay un tipo de lentillas nuevas que son un poco traicioneras, y, ya sabes, por cuidarnos en salud.

## 6

Encarni se quedó esperando hora y media en el parque, sentada en el banco que daba a la casa, para plantarle cara en cuanto saliera. Vio entrar a bastante gente, para su paladar, de colorido lindando en estridente. Estuvo en varias ocasiones a punto de abalanzarse sobre alguno de aquellos individuos para explicar su situación y pedir que la socorrieran, pero, en el último momento, siempre le acababan flaqueando las fuerzas. Estaba hundida. No podía con otro abandono. Si él dejaba de ser su Arturo, ¿quién pasaba a ser ella? A su edad...

Llegó, no obstante, un punto en que el bajón, la acogedora brisa del atardecer y el cansancio acumulado la mecieron hasta que se quedó roque. Al despertar, se había hecho de noche. No quedaba nadie en la calle y las luces de la casa de enfrente estaban apagadas, por lo que recogió sus cosas, se subió al coche, reservó una noche en un hotel cercano a través de la aplicación y se fue a acostar.

Al día siguiente, emprendió el viaje de vuelta temprano, para que le diera tiempo a poner la casa patas arriba en busca de indicios que pudiera haber pasado por alto, volver a dejarla en su sitio y llamar a un detective privado. Lo de que cada miembro de la pareja tuviera que tener su vida y todas fueran respetables estaba muy bien, pero a ella de vivir en la inopia le salía urticaria. Y si, el Altísimo no lo quisiera, acababa teniendo que contratar a un abogado, necesitaba saberlo cuanto antes, porque la separación de bienes se vaticinaba un duelo a muerte, que, con el cargo de él en el Partido, tendría pocas posibilidades de ganar.

Le costó dar con el número de alguien en quien poder confiar. Al final, no le quedó otra que llamar a la única persona que conocía que no estaba vinculada al monstruo, Tito, un conspiracionista un poco chalado, pero genial, y con chispa, al que había perdido el rastro desde que lo dejaron hacía ya más de media década, antes de decidirse, a todas luces, en mala hora, por Arturo. Hizo bien, esta vez, al menos, porque al rato la llamó él de vuelta con datos de contacto.

Le gustó poder informar al detective de que había completado la primera misión que él le encomendó. Pero su zafarrancho de combate no había dado los frutos apetecidos, o sí, aún se hallaba dubitativa al respecto.

—¿Nada? ¿Ni una prenda de lencería? ¿Ni una barra de labios?— le había preguntado él, tan incrédulo como aliviada ella, como le hizo saber él a continuación, de seguro, prematuramente.

Para lograr alcanzar semejante grado de perfección en su plan maestro de travestirse a escondidas, Arturo debía haberle echado años a pulir la técnica y poseer una guarida secreta sita en otra dirección donde poder explorar sus perversiones.

De pronto, oyó la llave en la cerradura. Era la hora.

—Lo siento, tengo que dejarle, quedo a la espera de recibir noticias tuyas —balbució, antes de colgar.

## Séptima entrega:

### *Game on*

Fue toda una satisfacción poder poner por fin cara a Eleanor. La muy escurridiza no se había prestado más que a dejarse intuir hasta hacía poco, más concretamente, hasta que redactó el escueto mensaje aquel que recibió Ana en calidad de entrega, inflado en sánscrito, exhortándola a encontrarse. El gesto le había infundido optimismo de que fuere a cuajar una aproximación.

A primera vista, Eleanor era una mujer de gusto adquirido. A sus casi cuarenta tacos aparentes, todavía seguía en la fase adolescente de maquillarse como una puerta. El vestido que llevaba no disimulaba particularmente bien su andrógina corpulencia y sus ademanes adolecían de parecer ensayados frente al espejo, pero cada mujer es un mundo, y esta, como tal, también tenía su aquel, lo que la empujaba a descollar sin proponérselo apenas.

Aunque se mostró reticente al principio, enseguida se abrió al grupo, no sé si en canal, pero sí una miaja generosa, y como lo de desembaular tonifica mucho, no tardó en largarle que IA Corporations la había contratado para hacer el paripé ante ella, en un intento, un tanto naïf, de acercarla a la luz, cegadora, de la Verdad oficial, y poder ahorrarse así tener que recurrir a comprar su silencio, para que el Partido pudiera seguir pasando las leyes que le diera la real gana, pese a pretender hacerlo a merced de la ciencia.

Es bromita.

Había sido Ana, de hecho, quien, pasadas las diez, había sugerido continuar la velada en una taberna cercana, por estirar un poco más su estimulante conversación. ¡Quién se lo hubiera dicho! Claro que Eleanor tampoco era todo lo que permitía augurar una primera impresión.

En definitiva, que había sido un auténtico placer, quería dar a entender, de corazón, fuera quien fuese aquella mujer, con tantas identidades como mudas de ropa interior. También deseaba transmitirle que estaría encantada de repetirlo cuando gustara, con parejas, incluso, de tenerla, que no le había llegado ni a preguntar, de lo enfrascadas que habían estado en resolver el puzle que es el universo, pero que quería dejar esta vez la pelota en su campo, para que, pese a carecer madera de futbolista, practicara a meterla en el hoyo.

López quería pegarse un tiro. Pero no le podía hacer eso a Encarni, con la tralla que llevaba, aunque ella tampoco hubiera estado los últimos días poniéndoselo fácil, con lo absurdamente inquisitiva que estaba, para tolerar la angustia que le procuraba el atolladero en que andaba metido.

No era que se llevara a engaño y creyera que la cita con Ana le había salido a pedir de boca, pero tampoco se había llegado a hacer cargo de la catástrofe que había supuesto, en atención a la entrega que acababa de recibir. ¡Con lo galante que había estado él en la suya!

Lo peor, no obstante, era no poder evitar que lo que más le doliera fuese que Ana creyera que era un mindundi, ¡él, el decimosexto miembro del Partido!, bajo cuyo mando se había creado todo el entramado técnico de procesamiento de lenguaje natural de IA Corporations, pese a que, en su fuero interno, supiera que aquello le beneficiaba. El orgullo, que es un órgano muy sensible, pensó, como seguramente ya habría dejado constancia en piedra alguna mente privilegiada en el pasado, porque ya quedaban pocas perlas de sabiduría por descubrir, y prefería dejarle lo de bucear en las profundidades metafísicas a Ana, que había demostrado hallarse mejor equipada a tal fin.

Él tenía que estar a rascar de sus lagunas, y no parecía que la historia que se había inventado para zafarse de tener que desprenderse de sus lentillas hubiera surtido efecto. Si es que repentizar nunca da resultado, no hacía falta que se lo juraran, amén de que nunca hubiera sido su fuerte, pero, por lo visto, uno era también sus circunstancias.

Encarni irrumpió de repente en el despacho. López se sobresaltó, de primeras, pero, seguidamente, se apoderó de él una furia que le era ajena y gritó:

—¡Encarni!, ¡sin llamar! —Enseguida se dio cuenta de que su reacción había sido desproporcionada, porque, hasta donde él recordaba, aquella había sido la primera vez que Encarni invadía su espacio, por lo que estimó oportuno disculparse—: Perdona, es que estoy hasta arriba de trabajo.

—Bajaba a pedirte que me ayudaras a poner la mesa, que ya está la comida.

—Me lo podías haber comunicado por el telefonillo.

—Es que quería venir a darte un beso, que te he visto más estresado últimamente —dijo, acercándose y propinándole un beso furtivo en el cogote—. ¿Con qué estás?  
—preguntó, asomándose a la pantalla por encima de su hombro.

López la oscureció de inmediato y se giró para abrazarla.

—Nada, lo de siempre. Me ha saltado una alerta un poco peliaguda, pero yo creo que tendrá solución.

Y le plantó un beso en condiciones, uno que frenara el torrente de preguntas que se le veía con ganas de vomitarle. Todavía no se veía en la misma mesa que Ana con Encarni. Dudaba que fueran a congeniar y a Ana había que manejarla con mucho tino.

Cinco meses más tenía, escasos, al cabo de los cuales, se le habilitaría, a ella, aunque ella creyera que a ambos, el comando para dar a conocer lo que debieran haber consensuado, que se entendía había de ser retransmitido a las masas durante la Ceremonia de Lectura que se celebraría a la finalización del PAL. Si no llegaban a ponerse de acuerdo, a él le tocaría apencar. Y si sólo fueran a mullírselas a él, todavía, pero el ostracismo social también se lo iban a hacer pagar a Encarni, quien no podría perdonárselo.

Había quedado con el detective en una cafetería del centro que había propuesto él y que parecía extraída de una cápsula del tiempo. Al llegar, lo vio más mayor y cascado que lo que le había sonado por teléfono, pero, por lo menos, vestía decentemente. Él pidió un carajillo y ella, un descafeinado. Fiel a su mantra de intentar adoptar siempre una actitud positiva, pensó que, de entre las cualidades redimibles del local, cabía destacar que el prosaísmo que ostentaba la carta lo salvaba de asemejarse a una sala de bingo, a diferencia del resto de ese remanente que quedaba que seguía exigiendo a su clientela que tañera las cuerdas vocales. Estaba agradecida a la luz torrencial que entraba por los enormes ventanales, porque le permitía no perderse detalle.

—Es el dieciséis. ¿Cuánto te pensabas que me iba a llevar averiguarlo?

—No es que dude de tus capacidades...

—Ya, que temías que de haberlo sabido de entrada no hubiera aceptado el encargo, porque, desde luego, es como para planteárselo —la interrumpió él.

—Te lo suplico. No tengo a quién acudir.

Encarni evocó a su hermano para que se le humedecieran los ojos y poder así clavar su interpretación.

El detective sonrió.

—Ya está, no te agobies, de todas formas, está feo echarse atrás.

Parecía haber funcionado. Encarni se deshizo en “gracias” y el detective la cortó diciendo:

—No te precipites, que no te va a gustar lo que te voy a pedir que hagas a continuación.

—¿A ver?

—Quiero que introduces este *pen* —contestó él, sacándoselo del bolsillo, envolviéndolo en una servilleta y pasándoselo por debajo de la mesa— en el ordenador de tu marido.

Se hizo un instante de silencio. Encarni titubeó al recibirlo, desconocía las implicaciones que podía tener aquello. ¿Cuánto estaría accediendo a compartir de lo que su marido guardaba como información clasificada en su herramienta de trabajo, que ni siquiera se atrevía a columbrar hasta dónde abarcaba?

—Y esto, ¿qué hace exactamente?

Necesitaba enterarse.

—Vadea escollos copiando las huellas dactilares que tu marido haya dejado impresas sobre el teclado.

—¿Y eso se puede?

—Con los teclados de hoy en día, señora, que se adaptan al confort del usuario... Ya sabe, todo tiene un precio, aunque no lo ponga en la etiqueta.

—Vaya —a eso y a lo de “señora”.

Se recolocó.

—Y entonces, saca *info* de los sitios que haya estado visitando mi marido, entiendo.

—Justamente.

—¿De todos, cuánta, desde cuándo?

—Sí, perdone, que no le he llegado a especificar. Sólo puede almacenar lo que su marido haya estado consultando durante más de siete minutos de media en los últimos tres días.

—¿Y se salta todos los niveles de confidencialidad?

—No, aproximadamente un tercio de los que hay. Lo siento, es lo que puedo ofrecerte, es lo más sofisticado que conozco.

—Me parece —claudicó, porque tenía que poder volver a conciliar el sueño.

## Octava entrega: De identificaciones

Tu última entrega me conmovió. No sabía que te recordaba tanto a la hermana de un amigo del primo con quien coincidiste un día en un evento. De haberlo sabido, me habría mordido más la lengua, para encajar mejor con quien tú tienes en mente cuando te la cascas. Bueno, a decir verdad, no sé si habría sido capaz, porque es que la tengo muy suelta. Lo sé, como si te hablara en marciano, porque de otra cosa, no sé, pero de imprudente tú no pecas.

Todo lo contrario. Incluso cuando te presentas como quien ha bregado por revelar su verdadero yo, en oposición al en exposición, lo haces de modo estudiado, con un relato sin apenas fisuras.

Haces bien, es la coherencia que más quisiéramos el resto que nos singularizara, hasta cierto punto, supongo, pero este canal de comunicación es tan frío y esto que nos hemos comprometido a acordar se trata de algo que afectará a tanta gente de forma tan drástica que yo creo que merece, sí, que nos obliguemos a someter nuestros postulados al rigor que impone tener que argumentarlos por escrito, pero también que nos permitamos hacerlo dándole al otro la ocasión de apreciar de dónde partimos, nuestro *bias*, más en tus términos, a mi entender, aunque sólo sea para poder defender ambas ante el vulgo nuestra postura conjunta, una vez hayamos logrado alcanzarla, con la seguridad de haber intentado acercarnos a ponernos en su lugar.

Y lo ideal, a este respecto, sería que nos volviéramos a encontrar. Ya sé, por tu entrega previa, que a ti no te hace especial gracia quedar nuevamente. Pero, como insistiendo empezaste tú, me sumo al carro.

No tiene que ser nada tan violentador como la cita previa. Sé que me pasé. Lo siento. Con una terraza donde poder tomar un aperitivo y un vino, me conformo. El rincón que se te antoje apto para aparcar el frenesí de la *capi*, porque esta vez me toca desplazarme a mí.

Oyó pasos sigilosos y automáticamente apagó el ordenador. Antes, hacía ya lo que le pesaba como una eternidad, solía ponerse algo de *playa tech* en Spotlifty para programar, pero, desde que tenía que enfrentarse a Ana, y a Encarni, a quien también se le había abierto el apetito de porculizar, con lo persecutoria que andaba, aquello había llegado a su fin. De hecho, llevaba las últimas cuatro noches soñando con desembocaduras: de ríos, de calles, de canales varios, como si de una admonición se tratara.

En efecto, tal y como se esperaba, como la había visto hacer en ya dos ocasiones previas, Encarni tocó y entró básicamente al unísono.

—¡Mi amor!

—Ay, sí, perdona. Que te quería pedir que fueras a la compra, que no nos queda ni *sojileche* para el café y mañana es festivo.

Nunca había entendido del todo por qué a Encarni no le gustaba usar la *app* de la nevera, que hacía la compra sola cuando era menester y mandaba a un manguta a que la trajera en la franja horaria seleccionada. Algo sobre lo sanador de pisar la calle. Pero, para tenerle a él de recadero, él opinaba que era mejor contratar a un profesional. No obstante, contestó:

—Vale, dame cinco minutos y voy.

El cuerpo le pedía salir a dar un voltio para desconectar y masticar la última bofetada que le había pegado Ana. Decidió no pedirle explicaciones a Encarni sobre su desinterés en acompañarlo, porque prefería hallarse a solas, pero algo sí le escamó, por lo que, cuando Encarni abandonó la habitación, dejando la puerta entornada tras de sí, se aseguró de cerrar bien todos los sistemas que tenía abiertos, de limpiar su historial de búsqueda en condiciones y apagar el ordenador a cal y canto. También realizó un barrido por el resto del despacho: despejó la mesa, miró en los cajones y vació la papelera.

Después subió, le plantó un beso a Encarni con un “no tardo” y salió por la puerta. Había acertado cumpliendo, se había quedado una tarde espléndida, como las que apetece degustar en una terraza, en buena compañía, hasta el ocaso. Puestos a pedir, con la enigmática mirada de ella trotando entre sus ojos y sus labios.

En la primera esquina que le tocaba doblar en su trayectoria, se detuvo, no obstante. Se había dejado el carrito. Era culpa de Ana, que le tenía secuestrado el juicio. Media vuelta, se dijo.

Al entrar en casa, le extrañó que reinara el silencio. Pensaba que Encarni habría querido aprovechar su ausencia para tentar los límites de los altavoces de la sala de cine poniendo los últimos *hits* a todo volumen. Al fin y al cabo, era su marido y sabedor de todos sus secretos. La buscó en la cocina, en el dormitorio... ni rastro, por lo que decidió bajar al despacho. Abrió la puerta y hela ahí, delante de su ordenador.

—¿Encarni?

Ella se giró en el acto, como si la hubiera pillado infraganti, y mantuvo las manos a la espalda.

—¿Eh?, ah, que, perdona, que, Julia, de pilates, me ha estado dando la tabarra con que le dijera si, siendo tú quien eres, sabía de un buen antivirus. Se me había olvidado comentártelo y me lo acaba de recordar. Es que está agobiada porque a su hija le han jaqueado no sé qué cuentas, te puedes imaginar, la pobre, cuando, además, la chiquilla no debe tener más de doce años. Bueno, el caso, que he bajado un segundo para ver si echando un vistazo a tu ordenador, veía cuál tienes tú instalado.

—¿Por CatchUp?

—¿Cómo?

—¿Que si te ha enviado un mensaje?

—No, por videochat, que me quería contar también otras cosas. Para que veas, se ha comprado un pony al que está pensando llamar como a su difunto marido. ¿Por qué preguntas?

—No, nada, por contestarle yo directamente al hilo.

—Y tú, qué rápido has vuelto, ¿no?

—Es que me he dejado el casco, digo, el carro.

—La cabeza te vas a dejar un día de estos —dijo ella, enristrando la salida y metiéndose el puño cerrado en el bolsillo de la chaqueta del chándal, sin lograr pasar desapercibida.

No era una terraza, pero no había elegido mal. Sobre todo, teniendo en cuenta la presión a la que lo había sometido. Sonaba un jazz electrónico bastante melódico de fondo, que no torpedeaba el cancaneo de los pensamientos y que, en sintonía con la tenue luz del local, se consolidaba en una atmósfera que propiciaba, lo que viene siendo, el intimar. No sabía hasta qué punto él le iba a querer sacar tajada, pero ella, por su parte, había decidido dejarse llevar. Paco la había dejado colgada y, *despechá* puede que no, pero dolida estaba, así que no descartaba desmelenarse.

Aquella vez había sido ella la primera en aterrizar. Venía con ánimo conciliador, a mostrarle que estaba dispuesta a bajar la guardia, aunque aún se lo tuviera que ganar, y seguirle el rollo, en tanto no sintiera que se arriesgaba demasiado a quedar hecha un ovillo. Y él, por ir a la contra, se estaba haciendo de rogar. No era grave. Pidió un par de farolillos extra y se sumergió en la lectura de la novela que se había traído, de aventuras, nada que tuviera que temer le fuera a intimidar.

Llegó a los cinco minutos y, nada más alcanzar la mesa, se disculpó, que se había topado con un tráfico infernal. La camarera se pasó a tomarles nota, lo cual le confería caché al sitio, porque disponer de personal era un lujo que no se podía permitir cualquier antro, y enseguida se vieron envueltos en una acalorada discusión acerca de lo que aportan las pequeñas fricciones que se derivan del contacto con humanos y que la tecnología ayudaba a eludir.

A él le brillaban los ojos, y ella resolvió creer que no se debía a la bebida.

—A todo esto, ¿tú estás emparejado?

—No, ¿por? —mintió él.

—Por hacerme una idea de cuánta ocasión has tenido de que te rente el roce.

—Ya veo. ¿Y tú? —preguntó, levantando su copa, posiblemente en aras de esconder su desmedido afán por obtener respuesta, que se le asomaba por las comisuras varias.

—No lo sé.

—¿Y eso?

—Porque en mi vida casi nada se da en binario.

Los labios de López trazaron una sonrisa.

—Menos el género.

Ella se la devolvió:

—Bueno, menos todo lo que no sea aquello cuya definición está sobre el tapete.

Él puso cara de alucine, para, seguidamente, trocarla por una de admisión de derrota:

—Chapó.

Se quedó callado y ella se sintió en la obligación de elaborar su respuesta. A fin de cuentas, había sido ella quien lo había estado instando a que desembuchara:

—Es que lo de comprometerse equivale a asentarse y eso, para las mujeres, tiene un coste más alto, para mí, hasta hace poco, inasumible.

—¿Profesionalmente?

—Sí, al final, para lo que yo quiero hacer, que es poder mostrar el valor de aproximar la realidad desde otro ángulo.

—¿Y eso no lo puedes hacer a través de alguna plataforma, como Exchanger?

—No, porque un canal de internet por el que no se puede más que ensalzar su razón de ser con un discurso que obedezca el formato estipulado no se convierte mágicamente en “plataforma” porque se le adjudique el apelativo. Para decir algo, hay que encaramarse a un podio distinguido.

—Como el Congreso.

—Justamente.

—¿Y cuál es ese punto de vista sobre la Enmienda 0.3 a la Ley del Consentimiento en el que te va tanto poder comunicar?

Se quedó un instante pensando, quería que la entendiera.

—Que el consentimiento se pacta entre todos los asistentes al acto, lo expresen de forma más o menos tácita, que se vuelven todos partícipes, aunque sea en la retaguardia. Y que que te la meta un robot como que pierde parte de la gracia.

López se atragantó con su Ribera y ella soltó una carcajada. No lo pudo evitar.

## Novena entrega:

### En penumbras

Me he sorprendido ya varias veces entre ayer y hoy tarareando la música de viejunos que me pusiste en la reliquia que tienes colocada en ¿el altar a la morriña, era?, del salón de tu casa y a la que gustas de llamar *tocata*. Tenías razón, por más que me cueste admitirlo. Saberse en un espacio sin píxeles le confiere otro encanto. A ver si, a lo tonto, me vas a acabar generando una adicción, ¡que la adrenalina engancha mucho! Porque la demostración del sábado, concuerdo, íntegramente pertinente, fue algo de otro mundo, incontestable, pero estuvimos coqueteando con fuego. Si, por lo que fuera, algo se hubiera torcido, habríamos estado al albur de lo que fallara un tercero, sin acceso a pruebas fehacientes, con arreglo a nuestra aparente verosimilitud, que, como ya habíamos establecido, hace toda la diferencia.

No lo digo por nosotros, porque, pese a no conocernos apenas, yo confío en ti plenamente, que eres quien goza de más prestigio, pero ¿se puede permitir lo mismo, pongamos, una joven sin recursos que conoce a un señor a través de una aplicación para poder costearse los estudios? ¿Qué solución le propondrías a ella?

Sé que el ejercicio dialéctico consiste en devanarse los sesos especulando acerca de lo que diría el otro ateniéndose a una lógica discursiva prosequible para adelantársele y dejarlo fuera de combate, pero, por un lado, leerte y reconstruirte a ti no es aritmética, y, por otro, he de confesar que, puestos a imaginarte replicándome, me gusta hacerlo en ese dormitorio que tienes, tu cuerpo desnudo extendido sobre las sábanas de la cama, de un blanco roto, que complementa tu tono de piel, herida de luz, la que entra tamizada por las cortinas de lino rojas que te protegen de miradas indiscretas.

En resumen, te he echado de menos. *Don't be a stranger.*

Sintió que se le desencajaba la quijada y se le partía en el impacto contra la mesa de mosaico de la cafetería sobre la que se hallaba apoyada, aunque no llegara a abrir la boca. Lo llevaba de semblante. Lo cierto es que Arturito se lo había puesto en bandeja, con esa carta de amor que le había dedicado. Si tan sólo hubiera sido consciente de que iba a acabar en manos de su queridísima esposa. Castro despidió una risa maquiavélica para su coeto.

—Es... devastador —aulló Encarni al terminar su lectura.

—Lo siento —dijo él, en tono apesadumbrado.

—¿Hay más?

—¿Más? —preguntó él, petrificado.

¿Qué más necesitaba la buena señora para justificarse haberle afanado al marido datos cuya envergadura e índole, a ojos vistas, no había querido corroborar que coincidieran con las previstas, para más tarde regalárselos a un desconocido?

—Sí, no sé, algo sobre él, lo que sea.

—Parece que es otro alto cargo, porque el chip no ha podido extraer nada más concreto sobre su identidad ni paradero.

De la histeria, el retrato:

—Y ahora, ¡¿qué hago?!

—Como le venía diciendo, yo, lamentablemente, no puedo hacer mucho más por usted. Su marido se ha echado un novio de la jerarquía del cero coma cero uno por ciento de miembros del Partido, quien le provee del espacio y los corsés que requiere para esparcirse. Hasta ahí llega el hilo. Para todo lo demás, tendrá que dejarse asesorar por otro especialista.

Se levantó, se puso la gabardina y, cuando estaba ya por despedirse, ella lo agarró del brazo y largó:

—Por el triple de lo convenido, ¿me lo localizas?

Aquella era una suma golosa. Si lograba hacerse con alguien que pudiera interpretar el papel de modo convincente, a lo mejor le salía a cuenta el riesgo que tendría que asumir por seguir dando coba a quien ya le había sacado su rendimiento.

—No prometo nada —contestó—, pero consultaré opciones. La mantendré informada.

Las órdenes de arriba habían sido palmarias: “Lo que haga falta”; y aquella era, con todo, la forma más eficaz de metérsela en el bolsillo, de muñeca. Pesárale a quien le pesara. A él le enervaba, verbigracia, que metáforas tan ilustrativas como aquella fueran más bien una excepción a la norma en el lenguaje natural. También lo sentía por Encarni, que no merecía los tochos, pero le consolaba pensar que no se iba a llegar a enterar nunca. Además, sabía que ella, en el fondo, también era de hacer primar el deber.

—Lo que pasa es que habría que prohibir los medios que facilitan la explotación sexual.

—Ya, y al garete la economía mundial.

—¿Tú crees?

Si tan sólo supiera. Le gustaba que sacara a relucir su ingenuidad, que era de lo más enternedora.

—Sí que creo, sí.

Tampoco procedía desvelar demasiado. Ella sonrió con picardía.

—¿No me irás a hacer el feo de desaprovechar la oportunidad que te brindo para crecerte?

¡Zarpazo al canto! Ya le parecía a él que estaba tardando.

—Es que lo de que el sexo mueve el mundo como que no es ya que no sea nuevo, es que es axiomático.

—Tienes razón. No hay nada que hacer. Lo mejor va a ser que atendamos la llamada de la madre naturaleza, como, por otro lado, estamos destinados a hacer, y nos retiremos a vivir en las cavernas cuanto antes.

—¡Hombre, tampoco es eso! Que, a estas alturas, prescindir del wifi se haría duro.

Ella le regaló otra sonrisa, como si le hubiera contado un chiste. Por lo menos, viendo lo que estaba a prodigar su ángel, parecía haber atinado echándole un casquete.

—Parece entonces que hemos logrado por fin llegar a un acuerdo —no había como cerrar los ojos muy fuerte para que los anhelos de uno cristalizaran—: dado que hemos de transigir con nuestra condición, que dista mucho de ser ideal, lo mejor es confiar en la lógica que hemos conseguido elaborar e impartir a las máquinas en frío para que nos la recuerden y la hagan imperar cuando nos pueda el salvaje que tenemos acantonado en el tórax.

—Sí, lo que pasa es que no está nada claro que esa lógica que les estamos imprimiendo a los algoritmos sea la de todos a los que se busca poner en su sitio.

—Pero para eso estamos nosotros, que representamos los intereses del pueblo y no nos va nada en que salga una ley u otra.

—No estoy segura de que eso sea del todo así.

—¿Lo dices por mí?

¡Con lo que se había esmerado en suministrarle palatabilidad a su relato! Ana, que, por su parte, parecía haberse aficionado a torturarlo, pegó un largo trago a su cerveza antes de hacer por mitigar su desazón.

—No necesariamente. Es que considero que es lo que lleva a que algo importe, que reporte un usufructo.

¿Qué se hallaba insinuando? Había estado tan atareado con mostrarse creíble que no se había ni molestado por no acabar siendo él a quien tendían el lazo. Maldecía el momento en que se había visto forzado a tratar con humanos, con el buen resultado que le había dado rehuirlos toda su vida. Los muy sibilinos, no había por dónde cogerlos.

—¿Cuánto quieres que te corte?

—¿Perdón?

—¿Que cuánto tajo quieres que te pegue, chata? —preguntó la peluquera con impaciencia.

—Poco, un par de dedos o así. Es por darle forma, sobre todo.

—¿Qué es, para una ocasión especial? Porque tú no eres de aquí, ¿no?

Sí que era de allí, aunque siempre hubiera sido, principalmente, extraterrestre, pero procuraba que se le olvidase. No le entusiasmaba volver a la *capi*, que, pese a anunciarse como una metrópoli *multiculti*, otorgaba, en su opinión, menos margen que poblaciones menos cosmopolitas a la interpretación. La exacerbada eficacia prescribía un ritmo implacable que no permitía que nada se cuestionara. Si al transitar por sus calles uno precisaba de un instante para decidirse sobre la dirección a tomar, o se apartaba o era inmediatamente arrollado. Se imponían sanciones a quienes se demoraran comiendo en restaurantes, quienes intervinieran en una conferencia a destiempo u obstruyeran el paso en angosturas; quienes, por último, entorpecieran el flujo de la *city*. E hipocorizarla no la desemponzoñaba sustancialmente a sus ojos de acero. No necesitaba consultar con un matasanos para saber que el diagnóstico rezaba que tenía atrofiado el instinto maternal, que era más difícil de reconstruir que un útero y una cavidad vaginal, por lo que había acabado más lejos de poder fungir de mujer con todas las letras que quien nacía con o adquiría la predisposición a dejarse hacer.

Era, por lo pronto, a lo que achacaba la reticencia de Paco a establecerse con ella, aunque tampoco descartaba que su flagrante déficit de afabilidad hubiera contribuido a achantarlo. Con un maniquí bajo el brazo le invitaban a más cachupinadas, y ella tampoco podía culparle de que aspirara a prosperar profesionalmente, porque, en última instancia, era también por lo que ella se había decantado. Tras ocho años de relación, había llegado, no obstante, a la conclusión de que el aquí te pillo, aquí te mato, cuya alusión él tendía a ver siempre falta de sílabas, le llenaba lo que la *haute cuisine*, más la boca que el estómago. Y, puestos a envejecer, porque el elixir de la eterna juventud aún no se había alambicado como para que quedara al alcance del común de los mortales, quienes, además, llevaban década y

media cayendo como chinches por motivos inescrutables, quería sentir que el tiempo no transcurría en vano.

No era que albergara esperanzas de que la relación con Lorenzo fuera a consolidarse en una que se ajustara mejor a sus expectativas. ¡Todo lo contrario! Lo que le atraía de él era que su acuciante interés por que ella comulgara con los designios de la maquinaria lo evidenciaba como un antagonista al que, a diferencia de las sucesivas pandemias, crisis económicas y macroentidades que ofrecían garantías en papel mojado, podía poner cara. Le intrigaba que le fuera tanto en hacerla cambiar de parecer. Le permitía sentirse valiosa para alguien, en vez de, nominalmente, para las masas en su conjunto. Por otro lado, gastaba un aire atolondrado que acentuaba su carisma.

—No, soy de Tombuctú. Y sí, tengo una cita, con un diablo blanco que me quiere comer la patita —contestó, sincerándose.

—Bueno, pues nada, hija, que te cunda —respondió la peluquera, captando el mensaje *ipso facto*.

Llevaba toda una semana sin noticias. Le había dejado cinco misivas al sabueso de los cataplínes, y nada, mutis, cuando, además, dudaba muy mucho que su carnada tuviera nada que envidiar a la que fuera que ofreciera Pavlov a sus cánidos. Pero ella no pensaba quedarse de brazos cruzados, y menos después del bombazo que le había soltado. Para colmo, sentía que, al intentar enterarse, había agravado la situación, lo cual la azuzaba a continuar escarbando, porque ¿qué cirujano deja el cáncer dentro del paciente habiéndole extirpado un pulmón?

Desde la infame excursión aquella que realizó al tugurio de mala muerte de Estepona, de Arturo, los sábados, ni la estela del perfume a Tarzán de Wall Street que le había comprado las navidades pasadas para que diera la talla feromónica, no regresando a dormir ni los impares, cuando antes no había habido quien lo alentara a sustraerse de delante de la pantalla. ¡Con lo reconfortantemente fóbico que había sido él siempre! Había estado ojo avizor a sus movimientos, pero él había extremado precauciones desde que la pilló en su despacho con el pincho y, las veces que ella se había decidido a seguirlo, le había dado esquinazo. Asimismo, cuando le pedía explicaciones, ¡ni siquiera tenía la decencia de inventarse algo que creyera que la fuera a acallar! Todo cuanto aducía era que se trataba de un trabajo a mantener en secreto, pese a ser completamente inconcebible que nadie le hubiera atribuido el olfato y la discreción necesarias para trapichear con confidencias de ninguna clase, amén, de estado. Pero ya se encargaría ella de impartirle un cursillo acelerado, porque al juego de Mata Hari no le ganaba nadie.

La clave estribaba en conservar la calma, lo cual se le estaba haciendo, cuando menos, cuesta arriba, porque sólo de imaginárselo le comenzaba a hervir la sangre, pero, con lo que llevaba invertido en el muy hijo de su santa madre, desistir así, al primer envite, como que escocía.

Optó pues por desempolvar su pizarra de corcho y pósits de cuando estaba soltera y se divertía sopesando los pros y contras de sus pretendientes, y se consagró a la labor de desenmascarar al bujarrón que le tenía secuestrado a su marido. Bien mirado, acorde a sus cálculos, sólo podía ser uno entre quince, que, por añadidura, eran figuras prominentes, con lo que, entre entrevistas, charlas, artículos, tuits y *suiftlis*, documentación sobre sus disquisiciones debía haber a espuestas.

Para cuando se quiso dar cuenta, había empleado el día entero en consumir soliloquios audiovisuales más o menos camuflados de intercambios cuyos emisores no parecían interesados en hipotecar su prez con una declaración que les pudiera salir pez por divergir de la soflama de marras en la que se reincidía en todos ellos, véase, que cada uno es libre de hacer según le plazca, mientras asuma la responsabilidad de cómo le vaya, que recae, ni qué decir cabe, exclusivamente en uno. Le fastidiaba no haberse apercebido antes de la vacuidad de los sermones de la cúpula. Ardía en deseos de descargar su ira contra los emotivos lemas que tapizaban las paredes de su casa, pero no parecía sensato ceder a lo que le inducía su hallazgo, y menos, si dejaba un rastro de resultas. Al final, se había gastado todos los pósitos, le palpitaban los dedos y la cabeza, que, por contraste con los glúteos, tenía, al parecer, igual de poco ejercitados, y no había logrado descartar ni a uno de sus candidatos a némesis.

De postre, el, si bien infructuoso, exhaustivo análisis que acababa de efectuar, a la par de haberle agriado el humor, le había inoculado un hambre voraz, cuando su apetito jamás rebasaba el umbral de despreciable, porque sucumbir a las bajas pasiones le parecía la mayor tara de la especie. A lo que Arturo la estaba instigando era a entrar en guerra, sin lugar a equívoco, por tediosa que pudiera manifestarse a intervalos. Ingirió un suplemento saciante de leche materna e, inmediatamente, como por arte de ciencia, le llegó la inspiración:

Para pescar a su queridísimo esposo con las manos en la masa, la ajena, para ser exactos, debía valerse de lo que él cojeaba: la humildad, que era la virtud que más se le escurría. Sabía que él jamás se rebajaría a pedir ayuda a nadie, porque se creía el cerebrín *par excellence* del reino, pese a haberle escuchado esgrimir en infinidad de ocasiones el argumento aquel de que el colectivo plebeyo es más sabio que el mayor de los expertos, por lo que abrió una pestaña nueva en el navegador y, antes de lanzarse a teclear, se recordó que había de encapsular su reclamo en el galimatías depauperado que IA Corporations era capaz de deglutir, porque los algoritmos obraban milagros, todavía, nada más que para mentes cuadrículadas. Finalmente, y porque el limpie no se prestaba a forjar aberraciones, se contentó con insertar en castizo:

“Versad@ en leer entre líneas”.

«Querida Ana,

Te preguntará cómo he dado contigo».

Castro no quería que le entrara la paranoia, a la que ya se había confesado propensa en alguna de las primeras entregas que le había dedicado a Eleanor, esa amiga imaginaria que se había agenciado gracias a la inestimable mano echada por el *celestinder* en que redundaba el Gobierno, por lo que cambió eso último por:

«Te preguntará cómo es que sé de ti».

No había resultado todo lo fácil que cabía resumirse en un renglón, pero tampoco quería explayarse demasiado con lo que sabía. A fin de cuentas, no podía dejar nada al azar. Ana debía acatar lo que quería poder venderle como su elección. Era la única forma de derrotar al sistema.

«Por mor de permanecer conciso, te diré, en pocas palabras, que todo empezó cuando acudieron a mí para que me encargara de desacreditar a Arturo López, a quien, si no estoy mal informado, tú conoces como Eleanor, y con quien te has estado carteando a través del PAL.

Espero que por lo que has alcanzado a conocerlo, te sientas inclinada a ayudarme a lograr mi objetivo, que mi mensaje de hoy tratará de revelarte como universal».

“Porque, aunque dé el pego de meapilas que no ha roto un plato en su vida, es una bestia parda”, quiso añadir, pero en vez, borró la última frase con la que había manchado el papel digital.

«Entiendo que le hayas podido coger cariño, pero, y no sé cuánto de esto te sorprenderá, he de advertirte de que el programa es para lo que está diseñado, para entramparte con un avatar de IA seductor, atarugarte y hacerte defender ante el público leyes que te hipnotizan para ver como impepinablemente necesarias».

De no fiar, en definitiva, pero tampoco quería darle pie a extrapolar.

«No sé cuánto habéis compartido exactamente, pero está felizmente casado y lo único que le interesa de ti es que apruebes la nueva Ley del Consentimiento, que, en última instancia, busca que consintamos a que se interpreten de forma unívoca nuestras expresiones, del tipo que sean, en todo momento.

Como comprenderás, tú seguramente mejor que nadie, esto sería del todo calamitoso».

Ahí, haciéndole un poco la pelota, pensó para sus adentros, pero sin permitir que permeara el plumero.

«El Frente de Liberación del Pueblo ha pergeñado una estratagema para exponer el funcionamiento y propósito del PAL, con miras a dejarlo sin efecto, pero, para poder ejecutarla con éxito, precisamos tu cooperación. Más concretamente, necesitamos que lleves a Arturo el próximo sábado 12 de julio a las 19:30 a la dirección que te facilitamos encriptada a continuación:

jfoQDvc680!kHO8/J?CJczBVK

Para descifrarla, sigue las instrucciones a las que se accede a través de este enlace: [www.ladyrubyflowerspringocean.com](http://www.ladyrubyflowerspringocean.com). Y disculpa los protocolos de seguridad».

Esperaba que no le amilanara tener que autenticarse con su huella digital y, en reconocimiento al riesgo que corría él echándole un capote, se viera ella tentada a hacer otro tanto.

«Me la estoy jugando con este aldabonazo, pero confío en que tú lo sepas apreciar y, a cambio, me guardes el secreto».

Añadió para clausurar su carta. No la firmó: esta iba por Correanónimos.

Le habría contestado declinando su oferta directamente, pero el *emilio* le llegó cuando Ana ya se tenía que ir a teatro, por lo que decidió posponer defraudarla. Tenía ensayo general. En un par de días, la gala. Le tocaba de tramoyista, sobre todo, pero la llevaba a socializar, que nunca estaba de más. Las adolescentes, el contingente más representado de la compañía del pueblo, estaban como motos, pero la imbuían de esa emoción que, *motu proprio*, cada vez la poseía con menos asiduidad. Ella no tenía más que dos escenas, una de figurante y otra para hacer énfasis en el valor de la inclusión, que había intentado parafrasear para acendrar, siendo, cómo no, debidamente amonestada.

Más que una petición, era una súplica lo que le había dedicado la pobre mujer que le había escrito en la esperanza de que aceptara ayudarla a destilar la enjundia de lo que profería la flor y nata de la sociedad, se había quedado rumiando a la sombra de los focos, exprimiendo el último soplo de jugo al chicle de choni desafiante en que se había convertido sobre el escenario. La oferta, todo sea dicho, era de lo más generosa. Era bien posible que alguien anduviera tratando de tenderle una trampa como congresista, pero había algo en cómo se hallaba tramado su discurso que le había parecido rezumaba candor. Y en los tiempos que corrían, eran todo clavos ardiendo.

—¿Cómo estás así tan *chof*?, ¡si te ha salido de lujo!

—¡Ah, Linares! —volviéndose hacia él—. ¿Yo, mustia? No, es que me había quedado pensando...

—No te agobies, de verdad, lo de sacar sillas a deshora no te ha pasado sólo a ti. Es el guion escénico que nos han dado, que está de cualquier manera —le interrumpió él.

—Sí, no, es, la cabeza, que...

—¿Te duele? Tengo *cefalomol*.

—No, además, yo no tomo de eso.

—¿Cómo que no tomas? Pero si es lo más, te deja como nuevo.

—No lo dudo, pero yo procuro abstenerme de los fármacos en la medida de lo posible, por hacerme con resistencias propias.

—¿No serás una de esas *conspiranoides* que se pasa el día haciendo mates de hierbajos raros?

Linares le dio una palmadita en la espalda y, con una sonrisa de oreja a oreja, añadió:

—¡Que es coña! Si al final, todos tenemos nuestras *neuras*.

Le gustaba eso de ser una más, despojada de la carga que suponía sentirse un ejemplo a seguir. Para eso, Casares era la panacea. Allí era la *congresestra tostá*, como le decía la Meme, y de tanto en tanto se mofaban de sus manierismos lingüísticos, que se esforzaba por disfrazar de deslices. Huelga remachar que era ante todo por los proverbiales fines medicinales de la risa que accedía a desternillarse con ellos.

A las nueve y media estaba de vuelta en casa. Se sentó ante el ordenador y, en vez de ponerse con un capitulillo a cenar algo para acostarse a la postre, como acostumbraba a hacer a esas horas, quiso releer el mensaje.

Justo entonces, sonó el timbre. Echó otra ojeada al reloj del portátil. ¿Una emergencia, tal vez? Acudió a abrir la puerta, pero nadie contestó. La entreabrió con la cadena echada, pero el pasillo parecía vacío. Vaciló, pero, finalmente, decidió asomarse del todo al exterior. Nada, completamente despejado. Y, sobre el felpudo, un sobre.

López colgó. Desmontó el móvil para quitarle la tarjeta y la destrozó. Estaba obedeciendo órdenes, pero aun así se sintió como un vándalo profanando una pieza de museo. Arrancó el motor y condujo el par de manzanas que distaban hasta su casa. Aparcó el coche, cruzó la verja de entrada, subió las escaleras del porche, metió la llave en la cerradura, asió el pomo, giró ambas manos consecutivamente de modo perfectamente sincronizado y franqueó el umbral, topándose de frente con Encarni.

—¿Qué haces aquí? —al unísono.

—Yo vivo aquí, ¿y tú? —le ladró ella, como poseída.

—He ido un segundo a preguntar a Olga si le quedaba harina, que vamos muy justos para lo que tenía pensado hornearte esta noche para cenar.

Desarmada, relajó su rostro de proporciones áureas, que contrastaban con las de Ana, que, sin embargo, casaban en otro lenguaje. Dudaba que fuera a querer corroborar su historia, pero tampoco estaría de más pasarse al rato a hacerle una visita a la vecina.

—Yo me voy.

—¿A dónde?

—He quedado.

—¿Con quién?

Un instante de duda, que sintió como una puñalada.

—¿Y a ti qué te importa?, me flipa que te creas con derecho...

—Lo sé, mi amor —le interrumpió él—, y quiero poder ser más franco contigo, créeme, pero...

—Ya, ahora eres de la CIA —lo cortó ella a su vez.

Él puso cara de resignación y guardó silencio. Ella lo aprovechó para proseguir:

—Bueno, eso, que me voy. Te veré cuando sea, y no me esperes para cenar.

Y salió por la puerta, cerrándola tras de sí y dejándolo a él con un palmo de narices en el interior desierto. Cocinaría algo igualmente, para intentar resarcirla, reconquistarla y evitar que el rifirrafe se enquistara. Con quinoa y bien de verde. Pero antes de pasar por la compra, le daba tiempo a echar un ojo a la última entrega de Ana, que se la había estado reservando para cuando tuviera un momento a solas. Bajó al despacho, tomó asiento en su *cojosilla*, se arrimó a la mesa, abrió el archivo y comenzó a leer.



## Undécima entrega

### ¿Ícaro?

Te noté más áspera que de costumbre en tu última entrega y temo haberla liado sin querer en algún momento. Para demostrarte que merezco que me consideres de tu equipo, como sé que aún recelas de mí, he decidido poner por aquí, por escrito, mi historia, para que no se convierta en pasto del viento.

Me llamo Lorenzo Avellaneda, tengo treinta y cinco años, y soy programador para una fintech que infiere fluctuaciones en Bolsa del procesamiento con NLU de las noticias, a fin de proveer asesoramiento bursátil en tiempo real. No sé si es porque soy el más amanerado, eso lo dejo a tu discreción, o por tener perfil de complaciente, pero lo cierto es que mi empresa me ofreció veladamente un aumento, que, honestamente, me sacaba de un aprieto en el que me había metido mi madre ludópata, por presentarme como mujer candidata al Congreso, en representación de la compañía, y de sus valores progresistas, que les salen a cuenta, considerando que han logrado cubrir las cuotas de diversidad sin tener que contratar a ningún miembro con la genética de la mitad de la población con mayor probabilidad de estar a expandir la raza.

Ya sé que tú mejor que nadie supiste preludiar que algo así acabaría sobreviniendo, muy a tu pesar, y que haber accedido a hacerme pasar por mujer por plata mina la confianza que haya podido ganarme. Pero es lo que es. Ya no hay vuelta atrás. Lo que sí puedo prometer es serte sincero de ahora en adelante, porque no quiero que me pase como al dios griego ese que por trepa fue castigado con quemaduras de tercer grado. Iba a sacar al fénix también a colación, pero figurárteme metamorfoseándome nuevamente imagino que no es lo que más te motiva, me ha parecido que ya he cubierto el cupo de mitología por entrega, y que, de sabihondo, no voy a concitar más simpatía.

P. D.: Si la nueva Ley del Consentimiento hubiera estado en vigor, ¿crees que el *emotidetector* que precisa para ser aplicada habría sabido discernir si yo me estaba travistiendo para ser o para aparentar querer ser?

A discutir el próximo sábado, si te parece. Se ha convertido en mi día favorito de la semana, que lo sepas.

—Total, que estoy de los hombres, con perdón, ¡hasta los ovarios! —exclamó su candidata a *confident*, en un susurro apenas audible.

Encarni sonrió. Se dejaba querer, la tal Ana: era extrovertida, campechana, incluso más, considerando que pertenecía al gremio de quienes navegan las aguas de lo que ha de permanecer velado. Y sobre todo, después de la botella de vino que se habían trincado a pajas con la cena en el acogedor salón del restaurante zulú que había reservado para que se conocieran. Los tacos de jirafa bebé les salían para chuparse los dedos. La susodicha prosiguió:

—Por eso te digo. De no ser por la naturaleza del encargo, te habría dicho que ya no me dedico a eso. Bueno, y además, me caes bien.

Ana sonrió y Encarni le devolvió el cumplido:

—¡Tú a mí fatal!

Brindaron y pegaron un sorbo a sendas sus copas. Encarni sintió que había sellado el acuerdo.

Ana se arrepintió de haber aceptado la invitación nada más recibirla. Iba en una caja negra con acabado aterciopelado y cierre de cobre. La abrió y le abofeteó un aroma a lupanar caro con plantas carnívoras. En su interior se hallaban unas gafas supersónicas, una tarjeta con la clave para usar la cuenta del espacio de realidad virtual de la cliente, e instrucciones, en dos apartados, uno para localizar el restaurante en el que la había citado y otro para elegir su atuendo de entre una colección que sólo permitía acabar ataviada de pija estirada.

No obstante, a medida que fue transcurriendo la velada en aquella suntuosa choza con cabezas de elefante en la bóveda por la que la clienta había optado de entre el infinito elenco de virguerías que IA Corporations debía haber expuesto ante ella, la mujer se fue abriendo en flor.

—Ya sé que una se depila para sí, pero yo llego a saber que a mi marido le gusta con más en vez de menos vello, algún que otro corte de cuchilla sí que me habría ahorrado.

—¡Así se habla, claro que sí! ¡Si ya lo tienes casi superado! ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—¿Dar con el mamón con el que me está poniendo los cuernos de mamut que llevo? Por supuesto, aunque sólo sea para saber de qué me surtirá el divorcio.

Su pragmatismo no tenía precio. A diferencia de Lorenzo, o Arturo, o como quiera que se llamara el muy judas, sentía que ella no se andaba por las ramas.

—¿Y por qué yo? —se atrevió a preguntar.

—Tienes un currículum impresionante y el *ranking* de quienes necesito que inspecciones no te echa para atrás.

No, era el aliciente. Esperaba encontrar algo que la ayudara a esclarecer la identidad de quien le había insuflado vida a Eleanor. Con un poco de suerte, el que había concebido el PAL se hallaba entre los top quince y muy posiblemente le habría legado a la IA una chispa de su estilo. Porque el peón que le habían mandado a cortejarla de mala manera daba para lo que daba. Sonrió, disimulando, y preguntó:

—¿Debería?

—Me ha amedrentado a más de uno.

—¿De los de con complejo de castración? Son los que más temen por su persona.

—¿Tú también tienes a uno de esos en casa al que le va todo en la reputación?

—Si yo te contara.

—Tenemos toda la tarde, a menos que tú tengas otros planes.

Encarni sabía lo que se hacía, y eso a Ana la espoleaba, por lo que decidió abrirse, dentro de un orden.

—¿Es que no has visto el nuevo bot de IAC? —Castro, exaltado.

—No, la verdad, pero da igual.

—¡Qué va a dar igual! Mira, te lo enseño. —Y se puso a teclear en el holograma que proyectó con su DIC sobre la mesita auxiliar que mediaba entre ambos con el cenicero y los botellines.

Tito le pasó el peta antes de reprenderlo.

—Déjalo, tío, no te molestes. Queriendo alejarnos, no nos vamos encima a enganchar más al aparato. Si me creo que sea de alucine, pero aun así, no van a reemplazar la comunicación humana.

Castro le pegó una calada y exhaló.

—¡Pero si ya lo han hecho! En los *call centers*, en las residencias de ancianos, en la hostelería... Por la red, la mitad del tiempo, ¿no sabes si tu interlocutor es un bot!

—Ya, pero como resuelve-trámites o palanganas-recoge-rabia-contenida, no de acompañantes fidedignos.

—¿Y qué me dices de los agalmatófilos?

—Me refiero a de confidentes, no de derivados humanoides de lo que antes eran muñecas inflables.

—¿Pero si iban a ser los que mejor fueran a saber guardar un secreto?

—Lo dudo. No ha opción a que lo programado para ser de fiar cumpla, porque tampoco se le concede; nos tenemos que poder sentir especiales. Encima, ¿a saber quién le habrá empalmado los cables y atado los cabos sueltos!

—O séase, también hay que parecerlo.

Tito, que se había vuelto a hacer con el canuto, lo succionó, en busca de inspiración.

—Sí, pero ¿cuánto se anhela compartir con quien pinta un pedazo pan de lo que le repugna a uno de sí? Y si no pinta tal, ¿cómo se le anima a que revise el compromiso al que haya podido llegar en un momento dado con la realidad?

Y soltó el humo, que trazó los tirabuzones de la bestia.

López colgó. Estaba en estado de *shock*. Acababa de llamarle su superior para anunciarle que les había saltado una alerta de la desproporcionada cantidad de archivos con mandanga acerca de la cúpula a los que Encarni, ¡su Encarni!, había estado intentando acceder con su portátil. Que a ver si metía a su señora en vereda, en suma.

Le urgía enterarse de lo que se hallaba trajinando su mujer a sus espaldas. Regresó a casa, la buscó, no estaba. Seguidamente, abrió su portátil. No tardó mucho en descifrar el modo de entrar. Encarni, o, al menos, la que él conocía, nunca había sido de curarse mucho en salud cibernética. Se puso a *escrolea*r el historial de búsqueda y la esperanza que había conservado hasta entonces de que se debiera todo a un error garrafal se le disipó en el acto. Debía encontrarse tratando de averiguar quién le había endosado el encargo que lo llevaba a tener que pernoctar fuera algunos sábados, por lo que la solución radicaba en avituallarse de una historia con la que poder aplacar sus celos. La última vez que le había hecho la cena para sentarse a hablar con ella, lo había dejado plantado, por lo que precisaría de un plan más elaborado para atornillarla a la silla y disuadirla de seguir figoneando.

Siguió leyendo y paró. Al cataclismo en potencia que se desplegaba ante sus ojos no le salía del orto desvanecerse, hablando mal y pronto, por más que se empeñara en frotárselos. Encarni había estado investigando a Ana por la red.

Trató de meterse en su correo, esta vez, sin éxito. Debía haber cambiado la contraseña recientemente. La camisa se le empezó a pegar al pecho. Se le enfriaba el rastro. ¿Cómo era posible que supiera de su existencia? De repente, oyó la tonada que emitía el sistema de seguridad ligado a la puerta principal. Encarni estaba de vuelta en casa. Cerró todas las ventanas que tenía abiertas en su portátil, lo apagó y se dirigió a su encuentro.

Dio con ella en el extremo del pasillo. Se hallaba enristrando su escritorio.

—Ah, estás aquí —dijo ella, con más desgana que sorpresa.

—Sí, y me gustaría hablar contigo.

—Ya, pues yo paso.

—¿Cómo que pasas?

—Sí, que no me fío de ti, así que me voy a ahorrar el discursito que te hayas preparado. Y ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer —remató Encarni el frugal vis a vis, echando a andar, metiéndose en su escritorio y cerrando la puerta tras de sí.

Si bien estaba que trinaba, tampoco se quitaba de disfrutar tener a Arturo de perrito faldero. Ya le iba tocando sudar a él. Además, era cierto que había perdido su confianza. No obstante, ahora que tenía a Ana, esperaba poder adquirir una versión de la verdad que contrastar con la que fuera a querer proporcionarle Arturo cuando ella finalmente accediera a su aproximación.

Abrió la solapa del portátil y lo encendió. No recordaba haberlo dejado apagado, pero tenía últimamente la olla en Camboya. Quería ver si le había llegado a contestar a su correo de anoche, en el que le había adjuntado lo que Arturo le envió a su amante, acorde a lo que el detective que contrató a la sazón concluyó de lo que supo desenmarañar de lo que ella le ayudó a extraer de su ordenador de trabajo. Nada, un “recibido” cordial, como era de esperar. Echó un vistazo al reloj. Era demasiado pronto para acostarse.

¿Y si le pegaba un toque a Tito? Para saber cómo andaba y si le apetecía salir a cenar para ponerse al día de sus respectivas vidas. Hacía semanas que le rondaba, por las inmediaciones de *angkorwhat*, ¿quizás?, jugando con ella a imaginarse haber nacido en otro contexto y otra era *oltuguezha*. Desde que lo llamó por lo del detective, que al final la había dejado en la estacada.

¿Qué mal podía hacer? Desde luego, a su marido no le debía fidelidad ninguna. Marcó y esperó.

—¿Encarni?

—Tito, sí, hola, perdona, te llamo porque me quedé con mal sabor de boca la última vez que hablamos, porque necesitaba el favor aquel con urgencia y no te pregunté apenas por ti ni te dije de salir a tomarnos algo, con la de años que hace que no nos vemos, ¿Tito? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, te estaba escuchando, que no quería interrumpirte.

—Ah, ¡qué mono! Pues eso, que a lo mejor te hace un día de estos... No sé cómo irás de trabajo. Yo, por ejemplo, hoy estoy libre.

—¿Hoy?

—Sí, podría pasar a recogerte en un par de horas con el coche adonde me indiques, pero vamos, que sin presión ninguna, cualquier día me vale.

El auricular enmudeció durante lo que a Encarni se le hizo una eternidad. Acto seguido:

—Perdona, que estaba consultando la agenda —poniendo fin a su agonía, si bien sin prescindir al cabo de la pausa dramática de rigor antes de aceptar con un—: Me parece.

—¡Bien! —se le escapó a Encarni.

—Pero me acerco yo a ti, que estoy fuera de casa igualmente. ¿Dónde me paso a buscarte?

—A las nueve en mi *quely*, te mando ahora la dirección para que la puedas *traquear* con el GPS directamente.

—Estupendo, ¡y así me cuentas!

—Eso. ¡Hasta ahora! —y colgó.

No pudo evitar pegar un par de brincos de la emoción. Se sentía como de adolescente. Dejaría que Arturo le abriera la puerta, para ver la cara que se le quedaba.

No había entrado en la página a sacar la dirección, y hacía ya semana y media que le constaba que se le había hecho entrega de su carta. Castro no sabía si era que no había logrado abrirle los ojos a la nena o si se trataba de una lagarta de esas con pretensiones e intereses ocultos. ¿A qué estaría jugando su congresista?, pensó, arrojando una mirada interrogante a la ficha morada que se hallaba sobre el tablero extendido sobre la mesa central del almacén remodelado a sala de operaciones, como si le fuera a poder ofrecer respuestas.

Tito, que había salido a atender una llamada, regresó sonrojado. Hacía rasca al caer la tarde, tenía entendido, aunque él apenas lo hubiera sufrido, de lo poco que había pisado la calle en los últimos días. Con el cambio climático, hasta los elementos estaban para encerrar y tirar la llave.

—¡He quedado!

¿Podía ser que fuera ilusión lo que traslucía su tono de voz?

—¿Cuándo? —preguntó, desconcertado.

—Ahora en un rato.

—¿Con quién?

—Con Encarni.

Por lo visto, ya no se podía fiar ni de su oído.

—No puedes ir.

—Al contrario, debo ir.

—Es un riesgo innecesario —le increpó, preocupado de verlo tan fuera de sus cabales.

Además, no le gustaba nada lo de que tuvieran una historia previa.

—Es una oportunidad única para abrir un canal a través del que poder sacarle lo que sea que vaya descubriendo acerca de lo que trama el gañán de su marido.

—¿Es que se te ha olvidado que tú aquí no tienes jurisdicción ninguna? Y dudo mucho que Gloria esté por la labor de sancionar tus escapadas nocturnas.

—¡Venga ya, no seas aguafiestas! Además, ya he quedado. Sospecharía si cancelara, sobre todo, si no fuera para aplazarlo. Y no queremos que su recelo crezca hasta alcanzarte a ti.

Al final, el muy granuja iba a acabar saliéndose con la suya. Castro resopló y, tras ponderar sus opciones, farfulló:

—Está bien, por hoy, pero no vuelvas a quedar con ella sin aprobación oficial, y no te pongas a hacerle preguntas, que te conozco y la vas a liar.

—Qué poco confías en mí —le contestó Tito con una sonrisa, antes de desaparecer por la puerta.

Querida señora Muñoz:

Le escribo este correo para notificarle que no voy a poder llevar a cabo el encargo asignado, que, además, como aclaro a continuación, ha dejado de tener sentido. Créame cuando le digo que lo siento en el alma, o lo que sea que la atea acérrima en quien me ha esculpido la experiencia tenga de *sustiputa*. Me había caído simpática, lo cual no me ocurre habitualmente. Y es precisamente ese aprecio que siento por usted el que me mueve a contarle la verdad, la mía, toda ella.

Me he decidido por este medio para impartírsela, porque necesito que escuche todo el relato antes de, a sabiendas del percal y tras haber podido asimilarlo, con tiempo y en soledad, le pediría, decidir si quiere retomar el contacto y, en caso de estimarlo oportuno, encontrarnos cara a cara.

El amante de su marido soy yo.

No sabía que estaba casado. A mí se me presentó como Eleanor primero, y Lorenzo Avellaneda después, y lo conocí a través del PAL, el Programa de Agilización Legislativa que sacó el Gobierno hace un par de años y cuya finalidad es promover el debate sobre leyes en proceso de tramitación entre congresistas de convicciones opuestas mediante el anonimato, que se supone sustenta la imparcialidad. No se me comunicó, por ende, el *sodedi* que se entendía representaba, pero, aun así, me resultó llamativo que no se pudiera ubicar ni una sola foto asociable a cualquiera de los nombres que decía suyos, pese a aparecer en menciones de organismos gubernamentales y artículos *pirriviud* que guardan gran semejanza con el material que usted me pidió que desmenuzara hermenéuticamente.

No me había llegado a percatar de que Lorenzo era su marido hasta esta mañana, cuando recibí su último correo y vi, al abrir el anexo, que se trataba de una de las entregas que me dedicó, como el programa estipula que debemos hacer semanalmente en aras de convencer al otro de nuestra postura.

El PAL dura medio año, al cabo del cual los congresistas deben haber llegado a una conclusión acerca de cómo desean posicionarse respecto a la ley que hayan estado diseccionando, porque habrán de propugnar sus postulados públicamente y estos no pueden haber sido confutados por el oponente durante el programa, más allá de toda duda razonable.

Le refiero todo esto porque, y espero que entienda que me estoy poniendo en sus manos, no creo que su marido sea ni quien presume ser, ni tan siquiera congresista, lo cual supondría una violación de los términos del PAL y una traición al electorado, y él está implicado.

No sé aún cómo exactamente, pero imagino que si estuvo dispuesto a engañarla a usted, que le da cien mil vueltas, por enderezarme a mí, le va mucho en ello, a lo mejor casi tanto como a mí por llegar al fondo de este asunto tan turbio.

A la espera de su respuesta,

Ana

Encarni volvió del tocador con el semblante demudado.

—Me tengo que ir.

No sin antes haberle confesado lo que la había llevado a un cambio de parecer tan drástico, pensó Tito, profiriendo en vez:

—¿Cómo que te vas? ¡Pero si acabamos de pedir!

—Lo sé, y lo siento de veras, pero es que me acaban de propinar un guantazo que me ha dejado traspuesta.

—¿Quién?

—No importa, una subcontrata.

—Pues entonces quédate y lo hablamos, si te apetece, que, al final, para eso están los amigos.

—Te lo agradezco, pero no te quiero meter en líos.

—*Na'*, ya ves tú. Con lo que *ya tú sabes* que a mí me va la marcha —poniendo acento cubano, para sisarle una sonrisa. Sólo consiguió, no obstante, un amago de.

—Ven, anda, siéntate, que a estas horas ya no vas a poder resolver nada —al tiempo que daba un par de palmadas sobre el asiento contiguo al suyo en el sofá de aquel bar de copas tan chic que había elegido para impresionarla.

Ella se sentó, como hechizada.

Él le cogió la mano y, con cadencia arrulladora, le asestó un golpe bajo:

—Si es que, con el año que llevas... Yo estaría peor, que lo sepas, si se me hubiera muerto mi hermano, y encima mi pareja... —Encarni prorrumpió en llanto—. Eh, no te me vengas abajo, que tú eres la persona más valiente y fuerte que conozco —aseveró, envolviéndola con un brazo y agarrándola, como para que no se desmoronara del todo.

Parecía sacada de un cuadro hasta hecha un ídem.

—¡Un golfo de mierda, eso es lo que es! —gritó, entre lágrimas, con una furia de la que Tito no recordaba haberla visto servirse con anterioridad.

—¿Se ha ido con otra? No me lo puedo creer. ¡Con el cacho fémica que tiene a su lado! ¡Más quisieran otros!

—Eso parece. Con mi subcontrata.

Tito se esforzó en que no se le notara el susto. ¿Encarni había contratado a Ana? ¿Para qué? No podía ser. Debía tratarse de alguna oportunista enteradilla que ansiaba extorsionarla por pasta.

—¿Y encima los habías presentado tú?

—No —respondió Encarni, en un suspiro, para, ulteriormente, coger aliento y continuar con sequedad—: Pero es una historia muy complicada, que quiero poder procesar con calma por mi cuenta antes de compartir, que todavía tengo que hacerme con las dimensiones de lo que comportaría que saliera a la luz.

—Me parece. No te atosigo más. Pero quédate otro poco, anda, que te has puesto preciosa para quedar conmigo —contestó Tito, con voz meliflua.

—¿Quién te dice a ti que no esté igual de preciosa siempre? —replicó Encarni con indignación teatral.

—Cierto, mi ego, que me puede —confesó él—. Tú siempre fuiste una mujer extraordinariamente hermosa.

Se detuvo a contemplarle el rostro. A Encarni se le encendieron las mejillas. Él le retiró un mechón de su larga y leonina melena rubia de la cara y se acercó a besarla, lentamente, para poder interceptar la cobra que pudiera querer hacerle. Sin embargo, para su asombro y regocijo, no tuvo que recular. Sus delicados perfume y labios le trajeron recuerdos de antaño. Se separó con suavidad y reconoció en sus ojos un inmenso anhelo a cercanía, que la condujo a devolverle el beso.

## Duodécima entrega:

### Por que prevalezca la cordialidad

Entiendo que no quieras seguir quedando conmigo, que el riesgo ya no te compense, que desconfíes o incluso te hayas hartado de mí. Pero, Ana, te lo suplico, no abandones el PAL, porque la gente no merece acabar sufriendo las repercusiones de que nosotros no sepamos superar nuestras desavenencias. El pueblo debe poder hallarse al amparo de un cuerpo de leyes que se haya revisado con lupa y prismáticos, cuya estabilidad jurídica le permita capear los temporales que se avecinan con el cambio climático. Y nosotros se lo debemos.

Consecuentemente, seamos justos. La nueva Ley del Consentimiento ayuda a los más desfavorecidos y con menos recursos para defenderse de una agresión. Desde los menores que son abusados por la parentela hasta las jóvenes migrantes que son forzadas a ejercer la prostitución. No hay vuelta de hoja: es una bicoca. Conque uno sólo de los aspirantes a copulante lleve el DIC... porque el sistema que capta y envía datos biométricos *ad hoc* va a formar parte de la próxima actualización. La computación cuántica, que, desde que se presta a ser explotada, lleva haciendo méritos para que la santifiquen. Porque la tecnología no es el enemigo, al revés, está a nuestro servicio.

Sí, es cierto que coarta hasta un punto la espontaneidad, ¿pero a lo mejor abre un espacio a rellenar con creatividad, un nicho que genere empleo, ese bien tan escaso? En amenizar los juegos preliminares yo vislumbro futuro, por ejemplo. Al final, todo lo que sea blindar los derechos de quienes no tienen elección priva de ella a quienes se la gozan. La energía y su termodinámica, que son lentejas. Pero que el estado haya de asumir que la naturaleza es déspota y siempre se impone no le exime de su deber de intentar equilibrar la balanza.

Entiendo que alguien pudiera querer ponerse melindroso con la utilidad que se propusiera dar a esos datos *a posteriori*, pero, en última instancia, el Gobierno sabe que sólo puede alcanzar el progreso si redunde en beneficio del pueblo, porque ha quedado estadísticamente demostrado; al pueblo le interesa que se castigue a quienes no suscriben el acuerdo; y quien no tiene nada que ocultar...

Piénsalo, si el argumento se sostiene, ¿qué más dará de dónde provenga?

Ya, pero cómo te fías de que se halle en tu idioma cuando quien lo esgrime parte de una caja en vez de tener previsión de acabar en una, le contestó para sus adentros. Ya de entrada, recelaba de la plasticidad de la gramática generativa que pudiera llevar de serie, por paradójico que se figuraba le debía resultar al espécimen. Pero Arturo, *aka*, Lorenzo, tenía razón, había de persistir con las entregas, aunque sólo fuera para que él no se oliera su prurito por tirar de la manta. Se reprochaba haberse dejado obnubilar por la rabia, innegablemente improcedente y desmedida, que le había dado enterarse de que le seguía viniendo con andróminas después de haber abjurado del travestismo en todas sus vertientes, cuando, además, ella tampoco llevaba precisamente la honestidad por bandera.

Miró la hora en el ordenador. Ya no le daba tiempo a redactarla. Había quedado con Encarni en hora y media, no se podía permitir llegar tarde bajo ningún concepto y le apetecía cubrir el trayecto en el buga de San Fernando, porque le venía bien despejarse y era la única opción de medio de transporte que quedaba en la *capi* para los que se emperraban en permanecer biónico-vírgenes, cuando todos los estudios apuntaban a que el DIC era todo ventajas, el *satisfyer* por antonomasia. Al menos, lo de ser una rebelde sin causa le ayudaba a hacer ejercicio, y a ahorrar, que constituía otra de esas compulsiones que sentía compartía con los de su quinta por contagio con la fiebre del autómeta, que le *sinositiaba* a una el caletre, pero de humanos era pecar.

Se tiró pues a la calle en la esperanza, ilusa de ella, de dar con un espacio para perderse sin renunciar del todo a un rumbo. El exterior de la megalópolis se hallaba, no obstante, tan saturado de estímulos con función fática como la esfera virtual. Ni siquiera se podía una guarecer del bombardeo mediático con tapones y ojos entornados desde que la calzada lucía adoquines exaltados que pitaban y parpadeaban, en un principio, diseñados para reemplazar a los semáforos del pasado que eran ignorados por los peatones que se encontraban absortos en la fagocitación de sus pantallas (poco antes de que los coches autopilotados los jubilaran), pero que enseguida pasaron a abarcar, por un módico precio, claro, y merced a la información que recogía y retransmitía el DIC, la admonición de peligros que acechaban allende el plano unidimensional de lo directamente apreciable: de un tumor a un embarazo, o del catarro del de al lado a un mísero cabreo. Con todo, los inventos

de cara a reducir los recursos sanitarios tendían a no contabilizar las hordas de hipocondriacos que confeccionaban.

El mundo avanzaba a marchas forzadas, abocando a sus pobladores a la más absoluta parálisis. Como durante aquellos años que curró de *data scientist* en *startups*, tras haber tenido que asumir que las lenguas ya no daban de yantar y haber aprendido a programar y entrenar algoritmos para poder seguir contribuyendo con el coco, en vez de las peras, de pega, que tendría que haberse colocado: que se pasaba la mitad del tiempo a la espera de que se le asignara una tarea, porque la cantidad de fuegos a apagar hacía imposible planificar un desarrollo a más largo plazo.

Junto con las ráfagas fosforescentes de carteles porta-inectivas bienintencionadas, le llegaron las palabras de su antigua jefa: “Quiero que a todo el mundo le conste que la decisión de no poner en producción el modelo de Ana no significa que no confiemos en la calidad de su trabajo. Es sólo que no se acaba de poder entender”.

Apretó el paso para escapar de la jungla urbanística y, en dos patadas, se halló, si bien sin apenas resuello, antes de lo previsto, a las puertas del restaurante en el que la había citado Encarni, esta vez, en persona. Se sentó, pidió una copa de vino por la aplicación del establecimiento para que no le enviaran a un *ulises* a apremiarla con que consumiera, y se puso, por fin, a repasar su plan, que no era el de hacer saltar todo por los aires, pese a ir holgada de acicates.

De pronto, se le aproximó un hombre entrado en años y aspecto calculadamente desaliñado. En la solapa de la chupa, llevaba una chapa con la que se erigía en “feminista” y que le erizó la piel. Se la quedó mirando para, acto seguido, interpellarla:

—¿Ana?

Lo que le faltaba.

—¿Encarnación?

Sonrió.

—No, pero estamos en el mismo bando.

—No me digas, ¿y cuál es ese?

Castro se tuvo que contener para no bajarle los humos de golpe y porrazo: el grupo de fans “hum\_ana4congress” que había propulsado su ascenso a congresista y le había permitido en última instancia entrar a formar parte del PAL, además de haberla patrocinado en la sombra, eran *il et ses amis*. Sin ellos, sería otra de esas excéntricas neogurús con mucha labia pero poco predicamento que poblaban las redes.

En vez, no obstante, contestó:

—El que está por sacar a relucir la verdad, y, más concretamente, por desenmascarar a Eleanor.

Ana esbozó una sonrisa a medio cocinar que lo llevó a preguntarse si podía desterrar la necesidad de ganársela desvelando su secreto en los diez minutos contados que tenía para convencerla de que formaran equipo.

—Vaya, el de la carta.

—El mismo, un placer.

—A mí es que no me van las emboscadas.

¿Y qué es lo que te va, encanto?, se calló, para pasar a disculparse en su lugar:

—No me has dejado otra, como no te metiste en la página... y estamos ya en julio.

—Lo siento, te vi capaz de interpretar mi silencio como respuesta.

—No es una opción.

—¿No tengo elección?

Sin más, pero aún era pronto para hacérselo patente.

—No una prometedora, porque, para llevar a cabo tu cometido, necesitas nuestra ayuda.

Ana frunció el ceño, y él se le adelantó:

—A ver, ¿cuál es el plan? ¿Publicar vuestra correspondencia por tu lado? Te iban a desacreditar e intimidar a quien osara prestarte oídos, y lo sabes, que estos no son un *voldemort* a la antigua usanza. A nosotros no nos pueden amordazar tan fácilmente.

—No te tague mi tamaño —guaseó, como si se lo pudiera permitir—, que a mí no se me noquea a la primera.

Castro consultó la hora. Y la nena que no soltaba prenda.

—¿Mañana estás todavía por aquí?

Ana se tomaba su tiempo en responder.

—¿Por aquí?

—En Madrid.

—Porque sabes que no soy de aquí.

Desesperante.

—Sí, igual que sé otro millón de cosas, que no tengo tiempo de discutir contigo ahora.

Como si el cosmos lo hubiera escuchado, lo avisaron por el pinganillo de que la señora de López estaba al caer. Debió de poder desprenderse del careto que se le quedó, porque Ana concluyó:

—Conque tienes prisa. Pues es una lástima, porque yo mañana emprendo temprano el camino de vuelta a casa.

—¿Y accederías a reunirte con alguien más en dos días en Casares?

—¿Para amañar un secuestro?

Tragó saliva antes de hacer un último esfuerzo por borrar el hocico de lobo feroz que debía llevar plasmado.

—¿Pero quiénes te crees que somos? En absoluto, el objetivo es mantenerlo entretenido el tiempo suficiente como para que nuestro equipo pueda meterse en el ordenador de su casa y copiar el código de Casandra, que es la Eleanor matriz.

Ana se quedó un instante pensativa. Le dolía ver lo que se divertían girando las ruedecillas de su cerebro. Deseaba con todas sus fuerzas que no lo obligara a mostrarle todas sus cartas.

—Me parece —capitulando, ¡por fin!

—¡Gracias!

Se levantó, puso la silla como estaba, se dieron la mano y se despidió diciendo:

—Te llamarán al fijo, que entiendo que es la forma de localizarte, para concertar la cita. —Esperó a que asintiera para añadir—: Y de todo esto, nuestro encuentro inclusive, chitón, ¿estamos?

—*Capito.*

Dio la contestación por válida y media vuelta, justo a tiempo, en el último momento, segundos antes de que E se asomara por la puerta.

Encarni salió del restaurante conmocionada y descompuesta, con lo mona que se había puesto para abatir a su adversaria, que, por lo menos, en estética pura y dura no se podía decir que le hiciera sombra. Y ahora, ¿qué? Ni siquiera podía llamar a Tito para desahogarse, porque hasta eso le había chafado la muy zorra, la confianza que se había permitido depositar en él, viendo que no tenía donde colocarla. ¿Podía ser que estuviera metido en el FLP? ¿Quién quedaba por traicionarla? No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Apretó el paso para alcanzar el coche, que se había acercado con la *app* del DIC. Abrió la puerta, se sentó tras el volante, que, en aquel último modelo que debía haber salido al mercado hacía no más de tres años, ya sólo controlaba la oferta multimedia, puso los 69 a mil bombas, y se arrancó a berrear a grito pelado al son del metal que salía por los altavoces. Agradeció que Arturo se hubiera estirado pillando un cacharro que dispusiera de un sistema de insonorización de los decibelios en cabina a prueba de detonaciones cardiacas. Casi como si lo pudiera haber previsto, por otro lado. Las lágrimas respondieron sin demora, acudiendo a raudales.

Trató de tranquilizarse. Se había hecho tarde y tenía que llegar a casa antes de que Arturo movilizara al Partido para dar con ella, como le había confesado que había estado a punto de hacer la noche que pasó con Tito en su leonera, que, de pronto, recordaba menos adecentada y codiciable, ahora que Ana le había hecho ver que su *toyboy* iba largando lo que ella le mentaba en privado. Tocaba replantearse lo que le aportaba.

¿Y ella? ¿Cuánto dependía de Ana?

No quería que se siguiera arrimando a su marido, para empezar, por lo que parecía mejor estrategia ayudarla a conseguir lo que necesitaba, que, en teoría, no era más que medio día en el despacho de este a solas, que negarse y empujarla a que tornara a él. ¡Si tan sólo pudiera creer que si se lo contaba todo a Arturo él fuera a reconocer el daño que le había hecho! Además, si Ana tenía razón, y parecía estar en órbita, el batacazo que se iba a llevar el Partido era inevitable, y, por ende, que, entre unos y otros, se merendaran la reputación de Arturo. La decisión real yacía en si optar por amortiguarlo. Y ella le estaba brindando el modo.

Cada vez estaba más convencida: todo fuera por salvar su matrimonio. El consuelo que le quedaba era poder al menos haber descartado de una vez por todas que su churri perdía aceite, lo cual habría tenido mal arreglo.

De repente, cual arcoíris que surge del tormento, le cayó del firmamento una idea coruscante.

Una notificación. Era Encarni. Pulsó sobre ella para escuchar el mensaje.

“Ana dice que sólo quedará contigo. Tu colega el detective sabe a qué me refiero”.

Tito se llevó las manos a la cabeza. ¿Castro lo había delatado? La llamó de vuelta en el acto y ella le colgó. Le escribió:

“Gordí, ¿estás bien? ¿Prefieres que lo hablemos en persona?”

Nada, durante cinco minutos infinitos en los que no osó apartar ni medio de los siete sentidos de la pantalla holográfica, y eso pese a que el mensaje había pasado a “leído” de inmediato. ¡Mierda! ¿Entonces? Antes que nada, decidió guardar un minuto de silencio por las pocas esperanzas que pudiera haber amparado en algún momento de retomar algo con Encarni. Se sacó un piti de la cajetilla y se lo encendió con dedos temblorosos. Inhaló una bocanada liberal y la expulsó en un grito desahogado, si bien ahogado. No fue hasta la quinta calada que se permitió comenzar a pensar con claridad.

Bien visto, nunca había tenido un futuro con ella, porque sabía que ella seguía enamorada de su marido, a quien, en el fondo *jondo*, nunca abandonaría. Así, conociendo a Ana, como mínimo, tendría cómo hacerse con una visión más de conjunto que le sirviera para demostrar al FLP su valía. Lo que le quedaba por resolver era cómo darle la noticia a Castro, que, al parecer, estaba a sacudírselo de encima. No se iba a echar a llorar por la pérdida de su amistad, pero le jeringó que le hubiera hecho creer que hacían buenas migas. Decidió cortar por lo sano: fue a la sala de conferencias, donde sabía que se hallaba reunido con Gloria y entró:

—¡Tito! ¿No ves que estoy...?

—Lo siento —le paró—. Es que creo que puede ser relevante para la reunión que estáis teniendo.

—¿Seguro que no puede esperar?

—Bastante.

Gloria, proyectada contra la pared de enfrente, se pronunció:

—Castro, déjale que lo cuente, si, total, ya nos ha interrumpido.

Castro rezongó un:

—A ver, dale.

Y él obedeció.

## Decimotercera entrega:

### Lingua mater

Tienes razón. No te hice ídem de la última porque estaba triste y decepcionada, lo cual suena ultrapaternalista, como si yo pudiera aspirar a dar lecciones de vida a un miembro del Partido, el 16, nada menos, si no me equivoco. A lo mejor resulta que algo de cariño puede que sí te hubiera cogido.

Recuerdo haber mantenido esta conversación contigo en un restaurante boquerón frente al mar y un plato de rosada frita de rechupete, porque tú preferías que nos juntáramos y retozáramos en mi territorio, algo que no me cuadraba inicialmente, conociéndote lo que te conocía incluso antes de saber lo lejos que verdaderamente estaba de poder hacerlo al cabal. Te pregunté que qué entendías tú por “patriarcado” y me contestaste con evasivas. “La parida que sueltan las mujeres cuando quieren hacerse las víctimas”, decretaste al fin. Cómo no quería que te me encendieras más de la cuenta, no te di bola a la sazón, pero se me quedó flotando, ripio va, en el melón. Para que luego digas que no te advierto. Pues bien, permíteme ahora tratar de aparejar contigo una acepción más equilibrada para llevar a conjunto con la dieta.

Lo que está claro es que la existencia del vocablo y que se emplee evidencia que una proporción significativa de los hablantes de la lengua en la que se baraja acuñarlo cree poder convocar con él una realidad compartida entre sí. Casi tantos como los que comprenden a la “mujer trans”.

Consiguientemente, se hallan reivindicando que los hablantes de su lengua reconozcan la realidad tal cual la susodicha furcia esquiva se la ha dado a entender. Es posible que las mujeres sufragaran de forma equiparable a los hombres la erección e institucionalización del patriarcado, aunque tal vez de modo menos explícito, acaso porque es a lo que nos impulsa nuestra propia naturaleza, que, según tengo aprendido, quizá no difiera entre mujeres más y menos eyaculantes, pero de lo que no cabe duda es que con la expresión se pretende incidir en el malestar de la mujer en la sociedad que se le imputa al hombre, en tanto quepa diferenciarlos, de forma más o menos justificada.

No te suelto toda esta perorata porque te suponga un engranaje de la maquinaria que aboga por un mundo en que la creatividad esté a cargo de la IA, que ve patrones a replicar hasta en la sopa, sino porque yo soy de la convicción de que la parida para la que no hay

cabida no se evapora sin más, y puede que te interese charlar con tu mujer para aclarar malentendidos.

El cielo se había despejado hacía un par de horas, por fin, después de los chuzos de punta que habían estado cayendo el día entero, y Encarni, que no salía de su habitación. Llevaba así dos días y no le permitía acercarse. Lo tenía instalado en el cuarto de huéspedes de la casa y el rincón de pensar del reducido ámbito en que coincidían. Con lo azogue que era, le maravillaba que hubiera aguantado tanto tiempo entre cuatro paredes, aunque, gracias a la e-realidad de MULTiverse, lo de que fueran cuatro fuese discutible. La había llegado a pillar incluso atiborrándose a garradas, lo cual era del todo inaudito.

Había intentado entrar a preguntarle si necesitaba algo apenas unos minutos atrás y se había llevado un bufido de campeonato. Falló, tras la pausa de reflexión que había incorporado a su funcionamiento exprofeso, en favor de liarse a preparar la cena, aunque aún fuera temprano, pero por hacer tiempo y algo un poco más elaborado que le mostrara lo que valoraba la relación. Porque era cierto: ella le aportaba distinción y hacía que a su alrededor todo adquiriera luminosidad, aunque no siempre supiera cómo agradecerse. Tenía ingredientes para un cuscús de cordero, de los de derretir a cualquiera, eso sí. Los sacó de la nevera y se puso a hervir agua y lavar verduras.

Encarni abrió la puerta cuando se hallaba secando las berenjenas con papel de cocina, que hubiera jurado se tornó en lija con la mirada que le lanzó. Dejó la berenjena a un lado de la encimera, se volvió hacia ella, puso voz melosa y le habló:

—Tienes razón. He sido un capullo. No he tenido en cuenta tus sentimientos. Pero tienes que entender que era un encargo, que me va mi puesto en esto, y que en ningún momento me dio ningún placer estar con ella. ¿Pero tú te has visto? ¿Quién en su sano juicio...

—... se tiraría a otra, fuera como fuese, sin contárselo a su mujer? Pues un cabrón —le terminó Encarni el parlamento.

—Sí, soy un cabrón y, lo siento, pero necesito que entiendas que no te lo podía contar, era...

—*Highly classified*, lo pillo, porque yo es con quien me casé, con el Agente Garbo.

—Encarni, venga —arrimándose, mirándola a los ojos y cogiéndole la mano—, dame un respiro.

Encarni retiró la mano y, apenas unos segundos más tarde, añadió:

—No te lo mereces.

Como intentando evitar que volviera a desaparecer por la puerta, gruñó:

—¿Vas a dejar que esa fulana arruine lo que nosotros hemos construido durante todos estos años? —laboriosamente, se dijo, para su sayo. Y, antes de que atravesara el umbral—: Yo no te ando despellejando por lo que hicieras con Tito.

Encarni se paró en seco y se giró hacia él. Parecía a punto de entrar en combustión. Vaciló un instante y se le humedecieron los ojos.

—Que no se te atragante el cuscús —decidió zanjar la disputa finalmente, y abandonó la cocina, sin permitirse colapsar ante él.

No tardó en verle lo que presumía había cautivado a Arturo. Era la persona más ácida que había conocido nunca. Al fin y al cabo, acorde al fichero que el FLP guardaba de ella y del que él se había empapado, la minúscula inclusive, antes de acudir a la cita, era por lo que había sido escogida para retar a Casandra, pero como era tan menudita, risueña y riquiña, no se lo podía echar uno en cara. Había insistido en elegir ella el lugar de la quedada, y no lo había defraudado. Era un sitio de tapas sencillo, hogareño, de porciones generosas, para locales, con productos regionales y cocinados por gente. Una gema, en definitiva. Y el sol del atardecer que atravesaba la ventana abierta y le bañaba las mejillas la favorecía.

—¿Aquí se podrá pagar con DIC, no?

—No lo sé, yo no uso de eso.

La *docu* del FLP lo tenía al corriente, pero se hizo el loco. Era la impresión que buscaba darle, a fin de cuentas, la de poder ser sorprendido.

—¿No tienes DIC?, ¿el dispositivo intracutáneo?

—Sí, ya, y no, de ninguno de ambos.

—Ya veo, queriendo despejar dudas.

Sonrieron, hubiera afirmado que al unísono. Ella también pareció percatarse.

—¿Hubiera hecho una diferencia?

—Radical —se dispensó una pausa dramática—, que no quiere decir que pretenda seducirte.

Ana sonrió, primero abiertamente, y después con picardía.

—Vaya, ¿ni un poco?

—Bueno, un poco puede que sí.

Pero no podía pasarse de la raya. El vínculo entre Ana y Arturo ya peligraba de por sí, y, de irse al traste, para acceder a la prueba inconcusa que el ordenata de este último custodiaba de que el PAL era un chiste de mal gusto, habrían de camelarse a Encarni, lo cual iba a estar difícil si se descuidaban. La alternativa llevaba a romper la ley, y para eso había que tenerlos cuadrados.

Fue a cambiar de tema justo cuando ella decidió hacer otro tanto, y se pisaron al hablar.

—Perdona, di tú —le cedió él la palabra.

—Nada, no, que me preguntaba cómo os conocisteis tú y Encarni.

—¡Puff, vaya si no hace años de eso! Fue en un garito de Salamanca, durante la carrera. Yo estaba estudiando Filosofía y ella, de Séneca o similar, Derecho.

—¿Y seguisteis tras su retorno a los Madriles?

—Un tiempo, pero la distancia enseguida lo barniza todo de engorro.

Ella asintió, indicándole que entendía.

—Tiene gracia cómo hemos logrado erradicar la que nos permite presuponer en la comunicación que nos hallamos ante otro para dejarla aflorar en el espacio físico, que antes se podía compartir.

Él intentando comportarse y ella, a ponerle la zancadilla.

—Perdona, que a veces se me va la pinza —quiso disculparse ella.

—No, si tienes toda la razón del ser.

De repente, se le iluminó el semblante con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tú también estudiaste árabe?

—La tuve de optativa de libre un año, ¿por?

—“Toda la razón del ser” es la regla nemotécnica que te enseñaban en la carrera para memorizar las letras solares.

—¡Ah!, no lo recuerdo, la verdad. No ha sido a posta, desde luego. Serán esos “rayos uva” que me echas.

Sonrió. Había conseguido que se tronchara.

“Puede ser que no me estés mintiendo ni ocultando nada relevante, pero, en última instancia, no te conozco y yo necesito apostar por mi matrimonio y poder confiar en las facultades de mi marido para salir de los embrollos en los que se meta. Por lo tanto, te pediría que no interfirieras más en él, y nos dejes a ambos tranquilos”.

No estaba segura de hasta qué punto se le había escapado, pero ahí estaba, enviado. Le había venido bien recluírse para reflexionar. Sí, podía ser que se acabara arrepintiéndose, pero tenía que ofrecerle a Arturo la posibilidad de que le mostrara que la elegía a ella fehacientemente.

Salió de la habitación y fue a la cocina. No estaba. Había dejado todo recogido, eso sí, e impecable. El cuscús, que estaba en una fuente cubierta en la nevera, no daba la impresión de haber sido catado.

Bajó al despacho, llamó a la puerta, y esperó a recibir respuesta.

—Voy.

Arturo abrió, pero no como para que entendiera que la invitaba a entrar.

—¿Has cenado al final por tu cuenta?

—No, he preferido esperar por si acaso.

—Gracias, supongo.

—A ti por bajar. Dame medio segundo que cierre lo que tengo abierto y hablamos en el salón con una copa de vino, si te parece.

—No te molestes, yo sólo venía a decirte que, si quieres que no me divorcie y nos sentemos a hablar en pos de recomponer nuestra relación, tienes que cortar todo trato que mantengas con ella de inmediato. Y luego querré que me demuestres haberlo hecho.

No esperó a que respondiera antes de dar media vuelta.

## Decimocuarta entrega:

### Hasta aquí, lo nuestro

Fue lo que fuera mientras duró. No te escribiré más, por ningún canal, ni deseo verte en persona. Subiré mis conclusiones la semana que viene al sistema y calculo que nos darán fecha para defender nuestros postulados en *petit comité* a modo de ensayo general previo al acto oficial de la Ceremonia de Lectura a los pocos días, en cuanto la IA los haya extraído de nuestro material, compilado y traducido a limpio, aunque puede que en nuestro caso proceda la intervención de un humano, o un batallón.

Esta obsesión tuya con que Eleanor no fui yo me está remolcando a un lugar oscuro e inhóspito en el que no me veo quedándome. No sé si es una gama nueva de luz de gas, pero yo sé quién soy y los robots malignos que buscan avasallarnos están en tu cabeza. Estás tan casada con tu martillo omnisciente que no siento que pueda mantener ninguna discusión contigo conducente a fruición, y mira que yo lo he intentado de veras.

En definitiva, es una pena que no hayamos podido llegar a un acuerdo, a ninguno en absoluto, me aventuraría a manifestar, y sean estos los términos en que partimos, pero no me has dejado otra al decidir pasarte a acosar a mi esposa. No sé cómo te crees con derecho, pero aléjate de nosotros si no quieres que interponga una denuncia, porque lo tuyo tiene nombre en castellano y limpio, y no porque sean intercambiables.

Por lo menos, saco de esta experiencia haber hecho examen de conciencia y haber revalorado el amor que profeso por la persona que tengo a mi vera y que me enorgullece poder llamar mi mujer, el título, que no la condición, que podría haber sido cualquiera. Sin ella, no soy nadie, espero que lo sepa. Yo, por mi parte, trataré de recordárselo cuando presienta que mi conducta la tienta a ponerlo en duda.

Kike lestelotes nonesa radetes, keum nones soleplopete traves, kike lesbredetes lesbredetes gedelosenone kiswegenone estas.

Dos horas había tardado en volver a por ella, dejándola casi a punto de arrancarse a mesarse los cabellos. Quería que bajara con él al despacho, porque tenía algo que enseñarle. ¡Y tanto! Aquella entrega le demostraba que Arturo se había tomado su ultimátum en serio y estaba por priorizarla. Su corazón, henchido de júbilo, pegó un brinco. ¡Por fin! Pero enseguida le asaltó la condenada:

—¿La has subido?

—Aún no, quería que lo hiciéramos juntos, para que veas que no hay trampa ni cartón.

—Hazlo, pero despacio, que me dé tiempo a registrar lo que va pasando.

—Voy.

—Espera. Eso último que has puesto me suena. ¿No es el estribillo de *knederede*, la canción pa' *niñes*?

—Sí, es que me pareció que pegaba, también por resaltar de algún modo que constituye mi última entrega.

“Y que los astros nos sonrían cuando nos hallemos en el podio, y que la verdad y sólo la verdad sea nuestra guía y seña”. En español sonaba a oda al menhir, pero en limpio todo repiqueteaba a lo himno y lo probable era que Arturo fuese así de relamido y aquella fuera su forma de inyectar ampulosidad a su despedida.

Lo cierto es que había estado al caer. Encarni, desencantada con Tito, quien, jugando al titiritero, había devenido en arlequín, se había aliado con su marido, y ahora estaban fuera. No les quedaría otra que jaquear el sistema central de IA Corporations para evitar que las cámaras de por doquier los captaran colándose en la mansión de la pareja, que podía salirles muy caro a ellos, pero que, para ella, era del todo inasumible, lo cual la dejaba más albur de lo que las masas dictaminaran como plausible y convincente únicamente a partir de lo que la IA eructara en otra lengua de lo que rescatara de las entregas que hubiera subido al PAL, y teniendo a todos los jueces en su contra. No era por ende de extrañar que hubiera accedido a la cita, esta vez sin mencionar prerequisites de índole alguna. Estaba a hacer amigos.

—Conque esto es todo: catorce entregas de cada uno.

—Trece y catorce, porque a mí se me venció un plazo, pero sí.

—¿Cómo las has extraído? Pensaba que no se podían retirar del sistema.

—Tengo un modelo OCR que monté y entrené en su día, y que me traslada a un documento lo que sea que aparezca escrito en una foto, así que, básicamente, con capturas de pantalla.

—No sabía de tu vena friki —mintió, aunque estuviera francamente impresionado.

—Sí, bueno, volviendo a lo que nos ocupa —profirió Ana, como si se le hubiera olvidado su cometido—, no son gratis.

—Era de imaginar —que la muy engreída se creyera en posición de venirle con exigencias—. ¿Y bien?

—Quiero estar en el ajo, y que no se publiquen más que tal cual y en su totalidad, y no hasta que yo dé el visto bueno o deje de estar para darlo.

Castro no se podía comprometer a que se le fueran a conceder sus caprichos, pero las entregas que les estaba ofreciendo y que no habían podido recuperar ellos en su momento les venían de perlas, como, por otro lado, tenerla a ella más cerca y bajo control, por lo que afirmó:

—Trato.

Tal vez era porque llevaba días trabajando a destajo en el sistema que quería dejar montado para el acto final, que extraía todos los patrones lingüísticos de las entregas del PAL que entre ella y la máquina habían considerado de relevancia, comunes o no a las de ambos emisarios, con o sin una fisonomía en cuyos surcos pudiera anidar su palabra. Más, desde que había recibido la que Arturo prometía ser la última que enviaba. Pero no conseguía dejarlo aparcado en un plano que no estuviera todo el rato de por medio: Él sabía que ella no habría transigido jamás con que sus argumentos se tradujeran a limpie.

Debía salir más, a dar un paseo, por la playa, la montaña, a reconectar con la naturaleza, aunque sonara a rayos y oliera a cliché, pero, en algún momento, tendría que parar para coger aire y orear la mente, aunque fuera para dejar de soñar con hallarse emparedada en un demientra infinito. Lo sabía, pero, como reza el cantar, era superior a ella. La imagen de cómo se desencadenaría la gran revelación era lo que la había estado alentando a amanecer estas últimas semanas atrás, desde que descubrió a Encarni y su relación con el can *agénero* de mil nombres, se repuso del pinchazo, y tejió un plan para ventilar los trapos sucios del PAL y sus paladines. Y, sin embargo...

¿Y si se hallaba tratando de decirle algo? Le habría mandado un correo, como cuando quedaban para encontrarse, a no ser que su mujer le hubiera forzado a compartir todos sus canales de comunicación, en cuyo caso...

Volvió a la página en la que tenía la entrega y releyó el último párrafo:

«Kike lestelotes nonesa radetes, keum nones soleplopote traves, kike lesbredetes lesbredetes gedelosenone kiswengenone estas».

Se tomó unos minutos para diseccionarlo. ¿Serían la ese y té de “stelotes” las manecillas de un reloj que le estuvieran marcando la hora de una quedada? Y el “leplopote”, ¿se estaría refiriendo al restaurante aquel en el que se manducaron un calamar espetado en la barra al tiempo que discurrían sobre dónde pintar la línea de corte entre lo que se ha de justipreciar humano o cefalópodo en virtud de su intelecto? No, se estaba dejando llevar por la imaginación, y la soberbia, que ansiaba rebautizar la estocada que le había asestado Arturo. Pero él no era tan retorcido. ¿Mensajes subliminales? No era lo que caracterizaba su *modus operandi*, desde luego.

Por otro lado, ¿qué mal podía hacer sacar un par de gráficos para descartar disparates? Abrió una consola y se puso a dibujar.

Gloria había accedido a sus condiciones. No era del todo descabellado, viendo lo que la nena conocía al blanco y lo que interesaba que se siguiera sintiendo desligada y con autonomía respecto del cuerpo, y, de resultas, con espíritu colaborativo. Y ahí estaba, en su esquina, libando cada palabra del plan.

Este consistía en lo siguiente:

La señora de López tiene entrenamiento y clase de zumba a las diez de la mañana y no aparecerá hasta la hora de comer. Sobre las diez y media, Aitor llamará al timbre de la casa, alegará ser un electricista de la empresa de seguros que necesita revisar algo por una alarma que les ha saltado, y, una vez dentro de la vivienda, reducirá a Arturo con cloroformo, le administrará un *dormitil*, extraerá la información que pueda de su ordenador, y abandonará el domicilio, idealmente, sin ser visto por transeúntes; de las cámaras ya se encargaría el equipo de jaquers.

En el turno de preguntas y objeciones, ella no se privó de exponer las suyas, faltaría más.

—A mí se me ocurre una versión menos intervencionista: Iré yo a la casa, en vez de Aitor, y convenceré a Arturo de que se vaya a dar una vuelta conmigo de lo que dura un *dormitil*. Así no alertará al Partido en cuanto despierte.

Cómo no, a hacerse la heroína.

—¿Y cómo entrará Aitor en el domicilio? —Gloria, sensata.

—Por esta ventana —dijo, señalando una ventana del plano de la vivienda que tenían proyectado contra una lona—. Pediré pasar al baño.

—Pero el DIC le notificará que la casa no se ha quedado bien cerrada.

—No, conmigo siempre lo silencio, porque sabe que yo no tengo y no me gusta que esté a mí y a un tercero.

—¿Y convencerlo?

—Sí, sin mentaros, por supuesto, estoy dispuesta a llevar micros.

Gloria se tomó un instante para sopesar la propuesta, nefasta, a todas luces. Si tan sólo hubiera tenido un tris a solas con ella para abrirle los ojos.

—Vale, plan nuevo, y si sale mal, siempre podemos volver al inicial a finales de la semana.

—Tome asiento, por favor se lo pido.

Se había esmerado por transmitirles la urgencia de que se pusieran en contacto con su marido, pero seguía sin recibir noticias suyas. Le había escrito por el DIC, pero debía tenerlo apagado. Claro, como no podía mandarle mensajitos a su noviecita sin que ella se enterara, había dejado de verle utilidad.

Mientras tanto, ella, en el hospital, con un esguince de caballo en el tobillo. Además, cuando por fin decidiera hacer acto de presencia y le preguntara cómo se lo había hecho, tendría que inventarse algo, porque aún no había llegado ni ella misma al *quid* de cómo era posible que hubiera ocurrido.

Iba por la calle, de camino al gym, para asistir a la clase de zumba, y se quedó mirando a una pareja. Caminaban de la mano, cotilleando, cariñosos, en sintonía... No como una cita de Partner, en suma. Y debió, sin querer, intrigada en primera instancia por la tecla con la que ellos parecían haber dado, seguirlos, cada vez más embelesada a medida que avanzaba, sin reparar en los rojos titilantes con los que se le advertía desde el averno de la separación con el carril bici.

¿Podrían ellos recuperar esa complicidad? Esa para la que no hay *a pepé* que valga, lo cual explicaba lo infravalorada que estaba, que le permite a uno deducir del semblante del otro por lo que atraviesa. La echaba en falta, si es que había llegado a sentirla en su día con Arturo y no la había proyectado ella sobre sus recuerdos, de los que tampoco se acababa de poder fiar por la cantidad de filtros que les había ido aplicando con los años para bruñir su apariencia y enmarcarlos.

Le debía un voto de confianza. Y se lo debía a sí misma, que luego no se dijera que ella tiraba la toalla al primer contratiempo. Encima, divorciarse era un marrón y ella necesitaba a alguien que la mimara, sobre todo, estando tullida, y para eso Arturo tenía los posibles y la obligación, coyuntura que lo convertía en la persona indicada. *¿Andandaría* el muy sinvergüenza?

El equipo de rescate estaba en la furgó, aparcada a la entrada de la calle, y Castro, Ana y él estaban sentados a una de las mesas de la cafetería de enfrente con unos cafés y unos canapés de tentempié. Él estaba a hacer malabarismos para no trastabillar al hablar de lo nervioso que lo tenía ella, la situación.

Encarni abandonó el domicilio, según lo previsto, a las nueve y treinta y cinco de la mañana. Se fue haciendo *jogging*. Trató de sortear con la mirada el bamboleo. Todavía les daba tiempo a papearse el desayuno antes de que Ana tuviera que cruzar de acera al frente enemigo. Además, Castro tenía un montón de directrices que endilgarle. Ella debía estar deseando tirarse a la calle, al abismo, incluso, con tal de escapar al alud de perogrulladas, pero, por alguna razón, no estaba a rechistar.

De pronto, no obstante, a las nueve y cuarenta y tres, se abrió la puerta de entrada y Arturo salió, cerrándola tras de sí a cal y canto, y con ella toda esperanza que pudieran haber albergado de penetrar la fortaleza.

—¿Qué hacemos? —Castro, por el interfono.

—¿Seguro? —seguido de una larga pausa—, pero... vale, vale, bueno, quedamos a la espera.

Seguidamente, volviéndose hacia Ana, en tono acusatorio:

—¿Tú no se suponía que lo conocías? ¿Adónde va?

—No lo sé.

—Ya, porque tú vas de sabelotodo, pero a la hora de la verdad, no te coscas ni del nodo.

—¡Eh! —decidió intervenir—, que sin ella estaríamos en bragas.

—Eso serás tú, yo de eso no gasto, aunque tú eso ni lo concibas, porque en ese departamento dudo que ahorres, con la de veces al día que se te cruzan titis por las que se te caen.

Tito enmudeció.

—Bueno, yo os dejo aquí resolviendo vuestras cosas, y...

Ana reculó con la silla para levantarse.

—¡No, tú no te vas a ninguna parte! —bramó Castro.

—¡Deja que se vaya, ni que fuera nuestra rehén!

—Gracias —le dijo, volviéndose hacia él.

Acto seguido, se levantó, se puso la chaqueta, pasó por caja, salió por la puerta, miró a ambos lados y comenzó a alejarse. Casi, como si tuviera prisa por llegar a donde fuera que se dirigiese. Era de andares decididos, ¿pero tanto?

Alcanzó la calle del Rincón Malagueti sobre las once y diez. Había ido a buen paso. No había querido coger un *yuber* para no dejar rastro digital de su itinerario. Encarni habría estado orgullosa de que hubiera hecho ejercicio, le apeteció elucubrar, de haber sabido de sus andanzas, que él procuraría mantener en secreto a toda costa. Por si las moscas, había fabricado una mentira plausible con la que poder excusar su expedición de verse en la necesidad:

Como Ana no tenía DIC, él, por contentarla, lo desactivaba en su compañía, y por que su mirada incidiera en algo cuando le diera el tic, se llevaba un reloj, su amuleto, el que le regalaron sus padres cuando acabó el doctorado. Debió quitárselo al ir a lavarse las manos en el baño, y, como no acostumbraba llevarlo, se lo debió dejar encima de alguna repisa. Había hecho memoria y aquel era el último lugar donde recordaba haberlo tenido puesto.

Llegó a la puerta del local, la abrió, y, hete ahí, Ana. Se quitó la chaqueta de camino a la mesa en la que estaba sentada. Tocaba ir a pecho descubierto.

—¡Te me has adelantado! Te iba a dejar una nota y, mira, he traído *walky talkies*, irrastreables, para que nos comuniquemos sin interferencias de ningún tipo, si tú consientes.

Sonrió, quizás buscando que lo perdonara por la última entrega que le había enviado.

—Que nos comuniquemos, ¿qué?

No podía desechar rotundamente que ella no le guardara cierto rencor, por lo que fuera, había para elegir.

—No te va a gustar lo que te tengo que decir, pero déjame acabar antes de saltar.

Ana puso cara de sorpresa y replicó:

—No me asustes.

—Tienes que escribir una última entrega y conclusiones que sean favorables a la Ley del Consentimiento.

—Claro, y en limpio, ya de paso.

—No, de pasarlo a limpio ya se encargará la IA.

—¿Cómo?!

—Tú podrás defender tus postulados en castellano, pero saldrán y se divulgarán en limpio, porque así es como funciona el sistema.

—Eso no fue lo que acordé.

—Lo sé, pero eres la única congresista para la que habría que adaptarlo, y no queremos perder a la gente obligándola a seguir razonamientos en limpio y castellano, que en algún momento le costaría ver en qué medida se han tumbado ya.

—¿Y si me niego?

—No seas terca, ¿vas a tirar todo el trabajo que hemos realizado por la borda?

—Mi trabajo sólo se entiende en castellano.

Ya, para que luego lo vapuleara como lo hacía. Pero ¿cuánto estaba dispuesta a apoquinar por obcecarse con lo que él veía como poco más que un mero envoltorio? O, más bien, ¿cuánto se creía que podría seguir manteniendo el farol de tener elección?

—Si no te atienes a las normas, serás expulsada del programa, ya lo sabes. Y si resulta que el PAL es un éxito y se adopta, pasarás de ser la congresista que desistió a una mujer de treinta y pico con un currículum colorido y en paro, con el pronóstico de encontrar curro de dicho *sodedi*.

—“Si”, en condicional, que no, en condiciones. ¿Es que no ha sido el PAL diseñado para ser un éxito? —directa a la yugular, ya que estaban jugando a enterrarse.

—¿Ah, sí? ¿Y tienes cómo demostrarlo?

Sonrió. ¿Quería meterse en el berenjenal? Le había dolido que le recordara las vacas flacas, cuando levantarse de la cama se le hacía un mundo, cuando él, podría jurar, jamás había pasado por semejante trance.

—Puede que mi palabra no valga tan poco como tú te crees —optó por una solución de compromiso.

—¿Porque te expresas con lo que se podría llegar a confundir con elegancia?

—A lo mejor, o quizá sea simplemente lo que hasta por lo menos recientemente se conocía como libre albedrío.

—Muy graciosa.

—Bien, me alegra que hayas pillado el chiste.

—Entonces, a ver, ¿cuál es la última teoría en curso?, ¿que Eleanor es un alien que el Gobierno ha subcontratado para enchufar a toda la población a una máquina que se pase el día chutándole heroína de la fina?

—No, pero sí que Eleanor es un bot, y que tú estuviste por lo menos parcialmente involucrado en su gestación.

—Ya veo.

Arturo se tomó un segundo para tragar bilis antes de continuar:

—Pongamos que es cierto. Tú se lo comentas a tus fans y luego, ¿qué? ¿Revolución? ¿Tú crees que, incluso si tu mensaje llegara a calar, lo cual es una posibilidad hartito remota, la gente, que desde que recibe la renta básica está que no da un palo al agua, se va a alzar para nada que no sea rascarse la entrepierna en vertical?

—¡Pero qué *abertzale!* Yo, con que me den la razón, me doy con un canto en los dientes, aunque sea a expensas de lo que me provees con la testa sobre los hombros que te vayan a querer segar.

—Ambas eventualidades están muy lejos de ocurrir, créeme.

—Nunca se sabe. —Y se levantó, lentamente, para darle la oportunidad de retenerla—. Es que yo con gas y sus luces tampoco juego —subrayó, reajustándose la cinta del bolso.

—Entonces, ¿qué quieres, una confesión?

—No sería un mal comienzo, por lo menos, para poder sentir que el tipo con el que estaba liada no me tiene por una loca.

Como dando a entender que lo había llevado a recapacitar, Arturo se detuvo antes de gorjear:

—Está bien, sí, Eleanor no soy yo del todo, es una versión de mí.

La grabación duraba otros siete minutos, pero aquello era cuanto Arturo se había asomado a mojarse.

—No es para tirar cohetes, pero sí te hace una amenaza velada, que en las cortes de las redes puede llegar a tener su peso.

—Sí, el mismo que podría alcanzar a detentar el cuesco de un anacoreta.

La ternura que irradiaban sus facciones de niña soñadora inducía a error.

—¿Y por qué no quieres que se lo muestre al resto?, si no es nada.

—Por eso. Porque, total, y van a pensar que fui a grabarlo a sus espaldas. Y os necesito, aunque me cueste reconocerlo.

El plural le sobraba, pero no quería ponerse quisquilloso, que estaba a impresionar, ahora que ella había acudido a él para platicar en privado, y, consecuentemente, se le ofrecía una apertura. Además, ella se había vestido claramente a traición.

—Bueno, me parece, será nuestro secreto.

Pegó un buche a su cerveza y añadió para sí: “El primero de muchos, espero”.

—*A propó* de lo *cualo*, tú fumas, ¿no? —le espetó ella.

—¿El qué? —reaccionó él.

—Respuesta correcta.

Sonrieron, a coro.

—¿Tanto se me nota?

—No, es que yo tengo el olfato muy desarrollado.

Y tanto.

—Pues ya que has sacado tú el tema, he pillado un costo que flipas, en caso de que te llame probarlo.

—Ya veo que no has optado por el plan *longevix*.

—¿Tú sí?

—¿Es que no se me nota en la tersura de la piel y donosura general?

En su humilde opinión, estaba deslumbrante, pero sabía por lo que recordaba de su ficha que no le daba a las pastillas.

—Pues cada vez somos menos los que nos abstenemos pese a podérselo costear, sobre todo, desde que han subido los precios y se ha vuelto un emblema del status *sodedi*, pero tengo entendido que no admiten fumadores —concluyó ella.

—De algo hay que morir.

—Aunque sea a los ciento cuarenta —quiso apoyar ella su visión, idiosincrática, pese a poder formularse idiomáticamente—, que es hasta lo que dura la vida de la peña con químicos.

—Con la que al final todos acaban *motu proprio*. Y de aburrimiento, a mí, como que me parece triste irme al otro barrio.

—Ya veo, contestatario hasta la médula.

¿Estaría tratando de lisonjearlo? Él, desde luego, no iba a ponerle trabas.

—Bueno, entonces, ¿qué me dices?

—Pero, ¿dónde te lo quieres fumar? ¿En la calle?

—Podemos ir a mi casa. Vivo aquí al lado y soy un *diyey* excelente.

No quería abrirlo. Se negaba. Había tenido un día magnífico y lo último que necesitaba era que la pedorra de turno se lo estropeará. Arturo le había hecho tortitas con plátano, fresas, almendra picada, nata y sirope de dulce de leche para desayunar, que se había zampado íntegramente y sin protestar apenas por el insolente porcentaje calórico. Ya tendría ocasión de quemarlo durante la sesión de cardio de en cuanto terminara de hacer la digestión: primaba reconciliarse. Y estaban bien, más que bien, fenomenal. Se habían estado riendo de Julia y de lo negadas que eran ambas para la tecnología, que enseguida se hacían todo el taco con los *gachets* nuevos que salían al mercado, como si eso fuera a día de hoy una opción.

Y, si era de dominio público que no se entendía con las máquinas, ¿quién decía que no pudiera haberlo eliminado accidentalmente? Pero la curiosidad felinizada se lo impedía.

Después de pasarse cinco minutos con la vista clavada en el correo y la cabeza en el cumbayá que le esperaba junto al contrito de su marido, lo abrió.

“Mañana a las 18:30, en el quilómetro 0”.

Llevaba un clip de audio adjunto. Pulsó *play*.

“¡Qué se le va a hacer! Estaba cantado que lo nuestro no tenía futuro. Nos lo podría haber advertido cualquier algoritmo de amarres sentimentales”.

Identificó la voz de Ana, y se temió lo peor.

“Ana, esto no tiene por qué acabar así. Llévate el *walky*, anda, que permanezcamos en contacto. Que lo que te dije en su momento lo sigo pensando”.

Arturo. Para su desgracia, había dado en el clavo. Debía tratarse de un montaje. Cerró la ventana del correo y se puso un vídeo para descomprimir: un *minidocu* sobre el *sodedi* de las *maderomaquis*, que era como supuestamente se hacían llamar las que se dedicaban a subir tutoriales de cosmética comentando, de fondo, las atrocidades que habían suprimido de internet en su trabajo de día como moderadoras. Paró el documental y lo volvió a reanudar unas cinco veces, intentando reunir el valor necesario para volver a escuchar el audio.

De repente, le comenzó a pitar el *polipeluche*: había detectado que Arturo se hallaba hablando con alguien en su despacho. Porque podía ser que Julia no se manejara con los pivotitos de las pantallas, pero conocía a una amiga de una amiga con una interna a la que espiaba a través de un sistema de cámaras mazo discreto.

“Ana, por favor, que esto me viene de muy arriba, ya no está en mis manos. Como no apoyes la ley, te van a crear un pasado de actriz porno con *deep fakes AC*”.

Encarni se personó, por fin, cuando estaba ya a punto de perder toda esperanza, veinticinco minutos tarde. Ella había reservado en un mil y un montaditos de categoría *supreme classic*, que quedaba a un tiro de piedra y era lo que había intuido iba a hacer que Encarni se sintiera en su salsa. Llegaron, se sentaron y pidieron con el DIC de Encarni, las bebidas y un pincho cada una.

—Entonces, ¿vas a hacerle caso?

—No puedo.

—¿Por?

—Porque tengo que descubrir hasta dónde llega la farsa. La Autenticidad Certificada —entrecomillando el palabro con los dedos—, a estas alturas, tiene más de pegatina que de sello.

Encarni sonrió como si la entendiera.

—¿Sabes?, leí hace poco que en discernir si un artículo científico es fetén u obra del bot de IAC se tarda más del doble que en escribir un artículo científico —aprovechó para apostillar.

—Ya, y que la mitad de los hits de WorldFM han sido compuestos por la IA para que el Partido pudiera comernos el tarro con eslóganes canturreados.

—¿De verdad? ¡Buas!, fijate, eso yo no lo sabía.

—Sí, recela de los artistas que se refugian tras un dibujo animado, como NOA e iVidente, por ejemplo, que, bajo el pretexto de querer gozar de un ápice de privacidad, nunca aparecen en público ni dan conciertos *live* —agregó Encarni.

—Y ya que estamos a menear el gabinete de las curiosidades, ¿sabías que las mujeres pasan de constituir el veinte por ciento de la población adolescente a casi el ochenta de la que supera la mayoría de edad?

Se instaló un silencio grávido entre ambas, uno que esperaba que Encarni fuera a saber encontrar fecundo.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Ana sonrió. Encarni tenía razón, no podía pedirle que renunciara a ser la devota consorte de un miembro de la élite sin ofrecerle nada a cambio.

Se sentaron, pidieron y, en advirtiéndolo que Encarni lucía taciturna, que coligió era su modo de evidenciarse enigmática, la táctica de seducción femenina que en internet se celebraba como el secreto mejor guardado, se puso a mostrarle que él también quería contribuir a hacer las paces:

—¿Sabes? Me alegra que hayas insistido, nos ha venido bien salir, aunque tú estés aún con movilidad reducida, la oferta cultural de hoy en día se ciña a la temática nazi, y la sala de cine estuviera vacía y se diera un aire a cámara de criogenización.

Encarni sonrió a lo Mona Lisa.

—Y la peli que hemos ido a ver al final no estaba nada mal, ¿no te parece?

—Hm.

—A ver, agradable no era, pero, ¿informativa?, ¿edificante? Porque es importante que se reconozca que los *tratamientos afirmativos* van de salvar vidas.

—¡Pero qué metáfora más bonita! ¡Manguitos protésicos! Claro, para que los pacientes no naufraguen en la ansiedad que los balda.

Por lo menos había tenido el suficiente juicio como para percatarse de que necesitaba quedarse a su lado, porque, abandonada a su suerte, con su talento para el *marketing*, las iba a haber pasado canutas.

—Vamos a no llamarlos “pacientes”, porque la gente se puede pensar que es que no les corre prisa ser atendidos.

—¿Qué gente? —dijo Encarni, girándose para inspeccionar su entorno.

—No, hombre, mujer. Me refiero a, en general, quien sea que te escuche.

Su candor resultaba entrañable.

—Quien sea...

¡Ecolalia! ¡Rayos y centellas! ¿Podía ser que su Encarni hubiera contraído la variante aquella del espectro que pululaba por doquier? Cerró los ojos y oró por que no le diera por cercenarse los senos que le había regalado por su primer aniversario de boda, porque, además, habían salido a riñón y medio.

—¡Ay, Dios!, no me la cambies.

De todas formas, Encarni, un sol, era, ¿un genio?, cuestionable cuando menos. La susodicha abrió la boca para contestar, pero la Providencia se le adelantó estimulándole el

punto *hegu*, la morada del DIC, el carácter de cuyas interjecciones no adolecía, como el de las lingüísticas, de ser fortuito y accesorio.

Arturo proyectó la pantalla contra el embaldosado del restaurante y desplegó la alerta. No podía ser. Era la silla de su despacho, que había detectado unas posaderas forasteras.

Hacía ya más de cuarto de hora que le había pedido a la *siri* del calabozo que le enviara a un agente para ser escoltado al servicio, pero sus denodados esfuerzos por ser atendido habían caído en saco roto.

—¡Te lo suplico, ya no aguanto más!

—Sí, por favor, que, después de la vara que ha estado dando, si tenemos luego encima que soportar la peste que deje lo que sea que evacúe, nos vamos a ver obligados a ponerle una revisión de mierda a la policía —ironizó el sujeto de la celda contigua a la suya.

Pero él no estaba para entablar conversación con extraños. Para empezar, porque la población reclusa no era la más reputada en el departamento de la fiabilidad, y, para seguir, porque el contenido de sus tripas le tenía la sesera monopolizada. Sabía que se trataba de una paranoia, sin fundamento (había dejado de holgar especificarlo de un tiempo a aquesa parte), pero sentía que se ahogaba cada vez que sus intestinos lo saludaban.

—¿Qué?, ¿cerquita ya de explotar?

Tito pegó un respingo.

—¿Eh?

Debió poner cara de pánico, porque a su vecino se le antojó acertado acolchar su chuscada.

—Digo, con el caso que te están haciendo.

—Ah, sí, mortal.

Si tan sólo supiera. La bomba de relojería que se había tragado hacía tan sólo un par de horas, justo antes de que la pasma le echara el guante, su botín, cuando estaba ya con un pie fuera de la vivienda de la pareja, se iba a llevar a más de uno por delante. Y si lograba cagar en algún momento el pincho, punzantemente diseñado a modo de besito, la chuche, y le permitían a ella visitarlo o lograba él acortar su estancia entre rejas de alguna manera, podría obsequiar a Ana con lo que le había pedido, a él exclusivamente, su confidente.

Encarni no le quitaba ojo al dorso de su mano, ni tan siquiera para dirigirse a ella.

—Entonces, ¿para cuándo anoto la primera visita?

—No te me embales, que todavía quiero hacer más pruebas para validar resultados.

Le estaba costando un poco aclimatarse a lo estrecha que se había vuelto de golpe su colaboración, pero, viendo que Encarni se había inmolado por la causa, qué menos que premiar la confianza ciega que había depositado en su habilidad y predisposición para destapar el pastel sin hundir a Arturo. Además, con la Ceremonia de Lectura a la vuelta de la esquina, no le venían mal garras extra para cubrir terreno a otro ritmo.

—Hm, ¿y cuánto te llevará?

—¿Un par de días, a lo sumo?

—¿Días? ¡Que no tenemos todo el tiempo del mundo!

El chasco la llevó a apartar momentáneamente la vista del DIC.

—Es que basta con que me equivoque en uno para...

—Lo sé, lo sé —la cortó Encarni, posando una mirada melancólica nuevamente sobre su mano.

Se quedó estudiándola durante un instante. Normal, por otro lado, que se la viera de capa caída. Por lo que le había contado, ni siquiera hacía tanto de la muerte de su hermano. Se sentía mal por haber confraternizado con Tito. Estaba cantado que ella no lo había olvidado.

—¿A qué hora te ha dicho que te llamaría?

—En cuanto saliera.

Pegó un sorbo a su café, que, de lo sofisticado que era, era del todo innombrable. Había elegido ella el *cogüorkinespeis*, por descontado, porque su criterio para decidir qué lugares eran seguros y decentes para establecer su sede de operaciones se nutría de su conocimiento de los hábitos de Arturo y su círculo de aliados, así como de un paladar más refinado.

—A todo esto, ¿cómo convenciste a Arturo de que retirara la demanda? —osó inquirir, aunque fuera por intentar sacarla de la parálisis a la que la arreaba su inquietud.

Encarni sonrió y la miró. Bien, primera misión, en el blanco.

—Con mucho tacto. Cuando fui a ver a Tito al hoyo, pedí al resto de presos que formaran y posaran mostrándome su mejor perfil, y, una vez en casa, lo etiqueté a él en la

foto que mejor captaba la uniformidad *sodedi* como “un tipo legal, aunque no naciera para que se le viera”, la subí a *insta*, le añadí un *hashtag* que invitaba al lector a encontrar las siete diferencias y se la enseñé a Arturo con el dedo planeando sobre el botón de publicar.

No pudo evitar que se le escapara una carcajada.—Ya veo, aguijoneando al político que lleva dentro.

La tipa era toda una caja de sorpresas. Y se merecía una oportunidad.

Tito llevaba la hora y pico que se había pasado sentado como tratando de esquivar con el divagar que tenía por costumbre el *elefantinserum*. Que ella había engañado a su marido, a resolver, desde su óptica, si por él. Sea como fuere, a ella tampoco le corría prisa aclarárselo.

—Entonces, ya está, ¿no?

¿El qué?, le salía contestar, pese a saber que se refería a la devolución del pincho.

—¿Se lo tienes que entregar ya mismo a tus superiores en la secta de delincuentes esa en la que andas metido?

—¡Ala, ala! ¡No te pases! A mi entender, son todos unos santos —dijo, con una sonrisa hermosa.

Se había pasado la semana con él en Parallelum, el último lanzamiento de MULTIVERSE, y aunque técnicamente lo hubieran logrado replicar a la perfección, parte de su encanto se perdía en el proceso de traslación. ¡Caraj-recórcholis!, se recriminó, el raciocinio de Ana se le estaba pegando, como una canción de ¡Videntez.

—¿Y a quién, si no es mucho preguntar, va ahora destinado el beso?

—Al detective, el colega con el que te puse en contacto.

—¿Que no a la detective?

—¿A cuala?

—Ya veo.

Tito puso expresión de no entender.

—Nada, cosas mías. —Y, para cambiar de tema, añadió—: ¿Y te pondrá pegas por no habérselo entregado hasta ahora?

Que había estado estreñado, y luego, a por uvas, o similar. Le encantaría poder presenciar la cara de Tito cuando descubriera que él no se dejaba mangonear, pero a lo mejor eso era ya pedirle peras al olmo. Gloria estaba al tanto de sus sospechas, como no podía ser de otro modo, y había conseguido, no sin transpirar la gota gorda, porque el muy sagaz de Tito se las ingeniaba siempre enseguida para convertirse en la debilidad de todo quisqui, persuadirla de que lo vigilara, y eso, a su parecer, incluía a sus esbirras.

Encarni había resultado particularmente socorrida. Había hecho un conato de enrevesar su trayectoria, pero, al tener la pierna aún a la virulé, no había sido difícil de seguir hasta el *cogüorkincoso* en que la había visto reunirse con Ana, a la que, hasta entonces, había supuesto aún en el Sur.

Era demasiado arriesgado entrar a intentar captar algo, por lo que había esperado hasta la hora de cerrar, había copiado el código de acceso con el espray *transparenzia*, se lo había relatado todo a Aitor, al que no le había quedado finalmente más remedio que chantajear moderadamente, y había regresado con él al local por la noche para abastecerlo de escuchas y poder así grabar las intrigas de las bellacas cuando volvieran, que tardó en ocurrir más de lo deseado en una primera instancia, ¿una semana, quizás?, pero, a la postre, dentro de lo factible.

Castro se sentó frente al ordenador, abrió una página en blanco y comenzó a teclear:

«Digamos que me llamo Lorena, es lo de menos. Soy congresista, estoy inscrita al PAL, y no puedo darle más detalles sobre mi persona, porque el acuerdo de confidencialidad que he firmado para participar en el programa me lo impide. Le escribo porque su esposa se pasó hace poco a visitarme con una amiga para desbarrar acerca de robots y estados de vigilancia que me hicieron sentir francamente incómoda. Sé que es un abuso por mi parte pedirle que interfiera para mediar en este asunto, pero me ha parecido preferible a acudir directamente a la policía o a la prensa. Como ve, me han dejado seriamente consternada, por mi seguridad y su salud mental, y, considerando su posición dentro del Partido, de la que me enteré al poco de ponerme a consultar internet para averiguar la identidad de su mujer, especulo que, aunque perciba mi acercamiento como descocado, me agradecerá que haya optado por esta vía para evitar que vuelvan a importunarme.

A la espera de poder despreocuparme de usted y su familia, me despido con un cordial saludo,

Usaria de Correanónimos».

Llamaron al timbre y esperaron, frente a aquella cabaña de estilo y dimensiones nórdicas, no lo que tarda el caracol de Collodi en abrir la puerta a un extraño, pero cerca. Sin embargo, ellas no estaban a engatusarlo con nada que debieran sentir pudiera deformarles la faz que buscaban presentar al mundo, sino, más bien, a contarle lo que podía asimilar en un primer momento. Como su Eleanor, le afligía tener que admitir.

Abrió la puerta un hombre de edad comprendida entre los treinta y cinco y los sesenta; su ecléctico gusto para vestir y retocada apariencia no le permitían aquilatar la horquilla más allá. Encarni, con lo efusiva que era, no vaciló ni un instante en hacer gala de su don de gentes.

—Buenas, disculpe que le molestemos. Somos Encarni y Ana —pregonó, poniéndole la mano sobre el hombro—. Ella es congresista...

—Lo sé, la del *sodedi seudoterfo*, ¿no? —enjaretó él.

—... y participa en el PAL, como usted, si no me equivoco —completó Encarni su enunciado, sin inmutarse.

—No entiendo nada. Incluso de ser eso cierto, ¿no se supone que no debemos saber quién se halla inscrito? ¡Ni que decir ya de concurrir y cotorrear en el rellano!

—Sí, tiene usted razón —prosiguió ella, antes de que Encarni reaccionara—, y somos conscientes de nuestra transgresión, pero es porque estamos en posesión de información que la justifica.

—¿Pero es que no se dan cuenta? Da igual lo que sea, si nuestra participación en el PAL se vuelve *vox populi*, seremos carne de cañón para las fauces sin rostro que han colonizado lo virtual. Y yo ya he visto suficientes linchamientos populares como para que me apetezca ponerme a tiro.

Fue a cerrar la puerta, pero Encarni estuvo rápida. Metió el pie en la ranura y espetó:

—Si quiere evitar que su afiliación al PAL se dé a conocer, escúchenos primero. Sólo le pedimos una hora de su tiempo.

El señor volvió a abrir la puerta lentamente, y, tras una pausa tensa, les indicó que ingresaran en el interior.

Se adentraron por un vestíbulo blanco hospital en un salón con un mobiliario virtual de trazas minimalistas. Se quedó mirando el sofá con un interrogante de semblante.

—El sofá es de verdad, pero le puedo cambiar la funda con la *app*, si tiene una preferencia.

—No, está bien así —contestó aliviada, al tiempo que tomaba asiento en él, sobre la gamuza turquesa que lo recubría, que se metamorfoseó en plástico al tacto.

—¿Algo de beber? ¿Té, café, gaseosas?

Encarni, a quien se notaba le urgía convocar un conciliábulo para alinear posturas, profirió, un poco más enérgicamente de lo que prescribía el contexto.

—Sí, yo un café, si hay recién molido, y, si no, un chai, si tuviera, con leche de almendras y sacarina, por favor. Y si me la pudiera calentar y traer en una jarrita aparte, ya sería el acabose.

A Ana siempre le había parecido una chorrada eso de sentir vergüenza ajena, pero Encarni sabía cómo poner a prueba sus convicciones. Además, no le mataba que su anfitrión siguiera juntando razones para sentirse intimidado, por lo que fue a corregir a Encarni. No obstante, al ver que al señor la comanda no lo había despeinado en absoluto, se retractó y añadió, en vez:

—Yo con un vaso de agua voy bien. Gracias.

El tipo dio media vuelta y desapareció por donde habían entrado.

Encarni la miró, esperó medio segundo hasta oír el pitido de una puerta al cerrarse y, en un murmullo, le dijo:

—Ni se te ocurra hablar del lenguaje, que te conozco. Ni muchísimo menos del limpie y su supuesta capacidad para sistematizar el pensamiento acorde a lo que interesa que se piense.

Sonrió, ¡qué rica, Encarni!

—Lo sé, lo sé, *don't fret*.

Arturo había estado en la gloria, con Encarni, si bien ocupada, aparentemente satisfecha, y, con su superior, algo menos persecutorio, con lo encima que lo había tenido las últimas semanas, tras el informe que le habían abierto en Seguridad por el entrometimiento de su mujer y el posterior incidente con Tito, al que ella había hecho cuanto estaba en su mano por quitar hierro. No era que no le mosqueara que su queridísima esposa enseñara los dientes por su ex, aún a determinar en qué grado, para más inri, pero él tampoco había sido el marido modelo, le constaba, y ella le acababa de conceder otra oportunidad, que había reparado se estaba esforzando por hacer valer.

Pero todo cambió cuando abrió el ordenador para arrancar el día revisando correos y se topó con su bandeja de entrada. No recordaba la última vez que había recibido un correo de Correanónimos, puede que de adolescente, cuando se dedicaba a jaquear a conglomerados corporativos con unos colegas *otaku*. Lo abrió y lo leyó, cada vez más paulatinamente a medida que avanzaba. Al acabar, se frotó los ojos y lo releyó, cabalmente en perpendicular.

Y ahora, ¿qué? Parecía que Ana tenía por cometido tocarle los dídimos a dos manos. Y, para colmo, no había forma de dar con ella. Todavía no había subido sus conclusiones al sistema, y eso que ya hacía mes y pico que había pulsado el botón para dar por concluido su intercambio por entregas y estaba a punto de vencerse el plazo. El plan de acción que el comité había resuelto seguir era ignorarla por excéntrica en la medida en que se dejara y desacreditarla proactivamente en tanto no. Durante la reunión, Aníbal había llegado incluso a sacar y mostrar la probabilidad estadística de que fuera a llamar la atención que sufriera un accidente. Sabía que había sido brusco probando a orientarla, pero la apreciaba lo bastante como para no desearle a lo que la abocaba su tozudez. Incluso aunque, a todas luces, le estuviera robando a su mujer.

Tenía que hablar con Encarni. Se levantó de la silla y fue en su busca, pero ni rastro. Debía haberse marchado a pilates, o no, le anunció enervado a su estómago, que le había rugido de improviso. Se puso a prepararse un aperitivo para acompañar la biopsia que le tocaba hacer de la situación.

Si las noticias que le acababan de llegar eran ciertas, para que Ana y Encarni pudieran haber ido a visitar congresistas, debían haber extraído la información acerca de los mismos de su ordenador. Tito, para desollarlo vivo. De pronto, todo cobraba sentido. Si se

enfrentaba a él, podría acrisolar las habas que se cocían en su casa sin tener que enturbiar el idilio en que se materializaba su actual entente marital. Él no tenía su número, pero sí acceso al portátil de Encarni.

Lo había visto sólo una vez desde que salió de prisión, y después le había estado dando largas, por no alimentar falsas esperanzas. Aparte de lo que habría supuesto para su vínculo con Encarni, lo que fuera que pudieran haber compartido habría sido demasiado fácilmente etiquetable, y, por lo menos ella, con el tiempo, habría desarrollado claustrofobia, aunque también fuera verdad que no quedarán apenas vías para conocer maromos de forma espontánea, en vez de marcadas por el algoritmo.

Había dado con ella de milagro, porque había regresado de la *capi* hacía apenas dos días para visitar a un congresista que residía por su zona, y se volvía a subir ese mismo fin de semana. Mientras Tito departía en el salón de su casa sobre lo complicada que se había vuelto su relación con Castro, ella se preguntaba cómo era posible que él se hubiera plantado allí sin que ella hubiera llegado a proporcionarle la dirección de su domicilio. La debía haber extraído, como ellas, del pincho. Más le valía que lo que hubiera venido a impartirle no se restringiera a las rencillas que tenía con el orangután de turno.

—Y ayer me convoca en la sede. Voy, y está también Gloria. Que han decidido prescindir de mí. Me han expulsado del FLP, en resumen.

—¿Cómo? —Aquello no les convenía en lo más mínimo—. ¿Y no hay nada que puedas hacer por volver a ganarte su confianza?

—Lo dudo. No sabría ni por dónde empezar.

Ella misma había estado almorzando con Castro el sábado para intentar venderle su iniciativa, lamentablemente, sin mucho éxito. No había querido revelarle que se había hecho con una copia de los datos birlados, pero sí le expresó que creía sensato enhebrar la verdad despojada de ornamento, de manifiesto en el código de Casandra, con un hilo discursivo, que ella consideraba habían de proveer los que efectivamente habían sido elegidos por el pueblo como sus delegados, que, además, eran los más afectados por la traición del Partido que ansiaban denunciar: la creación de congresistas falsos para aprobar leyes que se planteaban como matemáticamente irrefutables, a la par que ratificadas por los ciudadanos, que, sin embargo, no disponían apenas de voz ni voto. En atención a las encarecidas recomendaciones de Encarni, no le había hablado de que también opinaba oportuno mostrarle al vulgo la necesidad que el Partido tenía de que se impusiera el limpie, cómo la comunicación en redes, si es que merecía denominarse tal, fomentaba su adopción, así como la medida en que el lenguaje labra el pensamiento. Pero ni con esas. Castro quería que se

quedara de brazos cruzados. En un momento dado, le había llegado incluso a parecer que la estaba amenazando, pero, como de eso tenía el cupo lleno, había decidido tomárselo a guasa.

—Es que necesitamos asegurarnos de que nos coordinamos con la emisión.

—Cierto —contestó Tito—. Hasta donde yo sé, estaba en principio programada para media hora antes de que empezara la Ceremonia de Lectura, para poner nervioso al Partido y propiciar que metiera la pata, y para que el evento oficial, de seguir su curso establecido, se tiñera de otra pátina.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! Ya se nos ocurrirá algo para conminarlos a un cambio de planes.

Había reservado para su quedada con Encarni una mesa en una *brunchería* de renombre. Ella, por ir a tono, se había pedido una no del todo virginal *vin ensangrentá*, que en limpie sonaba, si no mejor, menos insondable. Él apreciaba el gesto, pero se había mantenido fiel a su veneno: la cerveza. No quería verse obnubilado.

—Pues mira, te he dicho de quedar porque me ha escrito Arturo.

A Encarni se le demudó el semblante.

—Sabe que estáis visitando congresistas.

—Me lo temía —espetó ella de sopetón.

—¿Ah, sí?

—Obvio, es mi marido.

Se hizo un silencio sepulcral, que, finalmente y tras pegar un sorbo a su tubo, resolvió liquidar agregando:

—Y cree que vais a acabar picándole en la puerta a un comodín.

—¿Un comodín?

—Sí, uno de los actores que el Partido tiene representando a los congresistas que se ha sacado de la manga.

—Ah, perdona, que nosotras los hemos estado llamando “nectarinas”, por oposición a los melocotón melocotón.

No lo pillaba, pero, conociéndolas a ambas, podía ser cualquier ida de pinza, no necesitaba que lo introdujera a la jerga con la que chascarrilleaban, y le urgía transmitirle el peligro que suponía que tanto a Arturo como al FLP les diera por ponerse a competir por frustrar su misión y aplastarlos.

—¿Y qué vais a hacer?

—Yo, intentar sonsacarle a Arturo lo que sabe y pretende hacer con ello, y advertir a Ana, pero temo que no sirva de mucho, porque ya tenemos a casi todos los congresistas en el bote y Ana pone la mano en el fuego por el sistema que ha desarrollado para cribar la fruta pocha, que, todo sea dicho, no me ha dado motivos para desconfiar de su efectividad hasta la fecha.

En casa de la congresista Cordero, la reina-lobo era el samoyedo hembra, cuya imagen revestía las paredes allende alcanzaba la vista, aparte de disponer de todo tipo de mobiliario acondicionado para su uso y disfrute. Ana se hallaba encogida en uno de los sillones con estampado amazónico que poblaban el salón, decorativamente, ya de por sí un tanto recargado. No sabía que padeciera zoofobias. Llamó al bicho para que la dejara a ella en paz, y se puso a acariciarlo y regalarlo con monerías.

—Tiene usted un perro precioso, ¿cómo se llama?

—Antígona —les llegó del pasillo, del que no tardó en aparecer su anfitriona con una bandeja a rebosar de refrigerios y manjares surtidos—. Es un amor, pero desde que sus papás se divorciaron ha estado atravesando una mala racha. Por eso está que ladra tanto con extraños. Dadme un segundo, que la meta en su cuarto.

Petra depositó la bandeja sobre la mesita de sofá de anticuario y se llevó a la perra, lo cual les vino al pelo, porque hizo que Ana se pudiera relajar. Volvió al poco y tomó asiento frente a ellas antes de reanudar su introito:

—La llevé al psicólogo, un mes hará, porque me estaba boicoteando mi empeño por retomar mi vida sentimental, y es que, aunque esté divorciada, todavía soy joven.

—Desde luego, y está usted cañón, si me lo permite —exclamó Ana, en un estallido de adrenalina, la que había producido tratando de rehuir al animal.

Petra no escondió sentirse halagada y a Encarni le alivió ver que el desliz de su compañera no había menoscabado la relación que buscaban construir.

—Gracias. El caso es que le han diagnosticado trastorno bipolar.

—Ya lo siento.

—Me he planteado *eutanasiarla* por disfuncionalidad psíquica, pero es mi niña, y con lo que me costó ganar la custodia...

—Ciertamente, no se halla en la posición más envidiable. Y es que, para colmo, el chucho tiene una sonrisa que encandila al menos pintado.

Sentía que ya la tenía casi en la palma de la mano.

—Bueno, perdonad, que vosotras no tendréis tampoco todo el tiempo del mundo para dilapidar pasando revista a miserias particulares.

Ana quiso abalanzarse a meter baza, pero ella se le adelantó diciendo:

—No, si, al final, todo va de miserias particulares en última instancia.

Y le otorgó carta blanca para ir al turrón. Ana la puso en antecedentes y ella proyectó con su DIC los diagramas que esta había elaborado para mostrar la probabilidad estadística de que los congresistas del PAL fueran humanos, en virtud de su trayectoria verificable y presencia *online*, la antigüedad y demás propiedades de los domicilios en los que parecían residir, así como el modo de articular su discurso en entregas. Sobre eso último, habían peleado hasta la saciedad, pero Ana se había atrincherado en sus trece.

La congresista rompió el silencio religioso que había mantenido durante toda su presentación declarando:

—Si es que está más que probado: los perros son mejores que las personas.

No era esa necesariamente la conclusión que se habían ensoñado con que alcanzara.

—A ver, yo la ciencia me la creo, porque no la sigo del todo, pero, incluso si fuera cierto que las leyes han sido aprobadas por máquinas, ¿no las haría eso más robustas?, ¿menos dadas a ser malinterpretadas?

—Excelente observación. ¿Pero no le parece que debiera saberse?

Petra no las tenía todas consigo, por lo que consideró conveniente intervenir:

—Usted que, como yo, es una amante de los animales, ¿conoce la historia de Koko, la gorila que hablaba con lenguaje de signos de a principios de siglo?

—No, ¿por? —contestó Petra, desconcertada.

—Le enseñaron a parlotear como los humanos y perdió el interés en la continuidad de su especie.

—¿Y qué relevancia tiene eso?

—El limpie es la lengua de los robots. Y usted, como congresista, me figuro que no abogará por la extinción de la humanidad.

Ana aprovechó aquel guiño para relevarla:

—Nosotras cuanto proponemos es un debate, al que, por cierto, se han apuntado ya casi todos los otros congresistas inscritos al PAL, que se celebrará un par de días antes de la Ceremonia de Lectura, para que podamos repasar entre todos las implicaciones de asumir un papel u otro durante la misma.

Sabía que Ana valoraría positivamente que consiguiera avenirse con Gloria, y no cabía aún descartar que quisiera agradecersele vehementemente, por lo que había decidido sorprenderla a su salida de la sede del FLP. No tuvo que esperar demasiado.

—¿Tito? ¿Qué haces aquí?

—He venido porque tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—De mi readmisión.

—¿Y por qué iba a querer retractarme? —burlona.

—Porque dispongo de información privilegiada acerca del Partido y su intención de mover la fecha de la Ceremonia de Lectura.

Gloria se quedó petrificada *in situ*, y aquello, en retrospectiva, lo había *estreñado* levemente. Enseguida, empero, le indicó que esperara un segundo mientras hacía una llamada. Se fumó un piti pletórico, porque desprendió de su reacción que sus perspectivas pintaban color de rosa, a la sazón. Tras colgar, le pidió que lo acompañara y se adentraron en el edificio. Lo condujo por un trazado laberíntico de pasillos y escaleras que lo sumergió en un universo *escheriano* que, hasta entonces, le había quedado fuera de alcance.

Finalmente, se metieron en lo que tenía todo el aspecto de cuarto de interrogatorio. Ella captó su aprensión y lo tranquilizó alegando:

—Es que es la habitación que tenemos adaptada para grabar y detestaría que se me escapara nada de tu testimonio de oferta.

—Faltaba más.

—¿Cómo has adquirido la información? —disparó Gloria nada más sentarse en el banco frente al suyo y pulsar el botón rojo de la amplia mesa rectangular que los mantenía a una distancia prudencial respectivamente al uno del otro.

—Eso es secreto sumaráisimo.

—Sin fuente no hay trato.

Se quedó un momento meditabundo y, al cabo, dijo:

—Arturo.

—¿Qué?

—Qué ¿qué?

—Arturo, que ¿por qué te confesaría algo así a ti?

—Porque está enamorado de Ana y hemos formado equipo.

Rezó por que no lo continuara acribillando a preguntas, porque hasta ahí llegaba el libreto que se había estudiado y se le daba fatal improvisar. Gloria, efectivamente, casi como si le sonriera la diosa de la fortuna, se levantó y le extendió la mano.

—El móvil.

—¿El móvil?

—¿O es que tienes algo que ocultar?

Tito acató sus órdenes a regañadientes.

—Espérame aquí. No tardaré en volver.

Acto seguido, abandonó la habitación y, al cerrarse tras de sí, la puerta emitió un soniquete que no recordaba haber escuchado antes. Procuró no rayarse, pero, con su tendencia a caer en *bujeros*, le costaba. Se irguió finalmente y se acercó a la puerta. Giró el manillar y empujó. Lo que se temía: infinidad de tiempo para autoflagelarse.

Encarni había recibido un mensaje de voz de Tito en el DIC. Lo sabía porque lo había jaqueado para hacerse con los metadatos de sus notificaciones. El contenido continuaba, con todo, permaneciéndole vedado. Seguramente, quisiera quedar para avisarla del conocimiento del que disponía López sobre sus operaciones clandestinas, que iban a acabar con ambas en el talego en el mejor de los casos. No podía permitir que corrieran semejante suerte. Lamentaba haber postergado la conversación que tenía pendiente mantener con su mujer, pero de aquella no pasaba.

Había hecho un *tikka masala* con ingredientes de calidad suprema que había encargado exprofeso a un hindú de gama alta, y había decorado el comedor con hologramas de mandalas y tigres de bengala a tutiplén. Sólo faltaba que se asomara por la puerta.

Bajó al despacho para ponerse a trabajar, pero tenía el corazón desbocado y no conseguía concentrarse. La cajita de la esquina de su escritorio lo llamaba, con cántico de sirena. Se quedó un instante contemplándola embobado. Poseía el magnetismo de lo prohibido. Finalmente, rodó con su silla, la única compañera que le seguía siendo fiel, hasta alcanzarla. La abrió. Dentro yacía el porro con el que Tito había insistido en agasajarlo para que se relajara, *sic*, ¡con un par! Había pensado en ofrecerle a Encarni, pero, bien mirado, no creía que fuera a apreciar el gesto, y habría tenido que referirle su encuentro con el malandrín, lo cual los habría llevado a pasar media velada con su nombre en la boca, hasta que se hiciera bola.

En mascando la tragedia, cogió el porro para examinarlo de cerca. Encarni llevaba últimamente un horario impredecible. Podía ser que regresara en cuarto de hora o para acostarse. *Carpe diem*, *yolo*, *teteo*, o como quiera que se dijera en argot juvenil. Salió a la terraza con un mechero y se lo encendió. Pegó una tímida bocanada y enseguida prorrumpió en un ataque de tos. Él había sido siempre de respetar las normas, desde niño, no de tósigos como aquel, que, en dos caladas, además, ya le estaba regando e iluminando la sandía u hortaliza afin, si bien no estrictamente con la manguera apetecida, ¿o era el foco?, pues encerraba todo lo que agoraba hecatombe. Denunciarlas o callar, que equivalía a volverse cómplice, y eso no se tardaría en saber. Ya no podía seguir jugando a medias tintas: era una de dos. ¿Cómo era posible que se hallara ante tesitura tal? Que le asparan si no era como para estrangularlas a ambas. Porque les tenía afecto.

Su instinto natural lo impelía a ponerse a dibujar gráficas, pero, en aquella ocasión, dudaba que su recurso de por defecto lo fuera a acercar a vislumbrar la decisión a tomar. Además, con lo que le había costado encender el canuto, no lo iba a dejar ahora a mitad.

Tito le había escrito antes de subirse al *yuber* para ir a visitar a su vigésimo quinto y último congresista, creía que del total, a no ser que a Ana no le hubiera dado tiempo a finiquitar su tanda. Le enorgullecía haber podido conquistarla como para que le permitiera hacerlo por su cuenta. Sentía que cada día lucía menos como la zorra que contemplaba antaño. El caso, Tito, algo de quedar, que tenía noticias. Breve, no lo que hubiera descrito como en su línea. Intentó localizarlo durante el transcurso del viaje, en vano.

Al llegar a la dirección, se bajó y cruzó la acera. Frente a ella, se alzaba un adosado bastante anodino. Llamó al timbre y esperó. De repente, se le iluminó la mano. Era una llamada de Arturo. Colgó. No era el momento para reyertas conyugales. Pero Arturo porfiaba, no queriendo darse por aludido.

El telefonillo carraspeó antes de ceder paso a una voz masculina.

—¿Diga?

—Buenas tardes, me llamo Encarni, y he venido porque tengo información que le interesa.

—¿Encarni, ha dicho?

—Sí.

—Bajo a abrirle.

Entretanto, Arturo le había enviado un mensaje. Lo desplegó.

“Sal de ahí ahora mismo. Valverde es un alfil, un congresista comodín”.

En ese instante, se abrió la puerta de entrada a la vivienda. Un señor fornido y trajeado salió a su encuentro. Encarni hizo de tripas corazón y sonrió, levantó el dedo para indicar que necesitaba un segundo, se volvió y susurró, como si no estuviera hablando consigo misma, lo cual hacía ya varias generaciones que no era particularmente arduo de aparentar:

—¿Valdequé? ¿Rama? ¡No me digas! ¡Cuánto lo siento! Vale, vale, sí, y lo siento, de veras. ¡Qué cagada! Sí, perdón. Luego hablamos. Adiós.

Se volteó hacia él, él le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Disculpe, parece que al final se debe todo a un malentendido, una torpe metedura de pata por mi parte.

—¿Y eso?

—No, es que soy nueva, y me había enviado mi jefe a informar a un congresista acerca de una petición que había hecho, pero no era usted, lo siento.

—¿Qué petición?

—Es confidencial, lo siento. Y en bastante lío me he metido ya llamando a la puerta que no era. —Y, antes de que tuviera ocasión de responder, añadió—: Bueno, disculpe las molestias, yo ya me iba.

—Me suena tu cara —trató él de retenerla, pero ella ya se había vuelto.

Había demasiado en juego como para que compensara quedarse a entretener sus conjeturas por cortesía.

—Lo dudo, ¡hasta luego! —alejándose a zancadas.

Mejor prevenir que curar. Tenía que hablar con Arturo. ¿Podía acaso albergar esperanza de haber logrado arrastrarlo al lado oscuro?

Cuando Encarni le contó lo sucedido, que Arturo se había pisado de sus quehaceres y había resuelto, no obstante, acudir en su auxilio, no podía dar crédito. Aquello hacía que lo que desde el principio no había podido aspirar a redundar en nada más que una misión suicida, de pronto, prometiera. ¿El qué? *Ca c'est l'kit de la cuestión* que le urgía desempaquetar.

Para empezar, tendría que engañar por omisión a los congresistas convocados ¡en una semana ya! al debate que había montado para que entre todos dirimieran si merecía la pena pactar una estrategia conjunta a la luz de los hechos. A efectos de convencerlos de que eran tales, les había dado acceso a los *dashboards* que había montado en Entablas, para que, probando con distintas combinaciones de filtros y parámetros, pudieran ver cómo afectaba al *output* cada variable del modelo que había entrenado para discernir entre discurso de persona y de IA; además de tiempo, que le debía a Encarni, sin cuya colaboración no habría logrado juntar. Por omisión porque ya nadie preguntaba si se le iba a grabar, pues, sin la estampita del Estado, todo lo que se sacaba se entendía que mostraba a cualquiera con una presencia virtual, véase, el noventa y mucho por ciento de la población mundial.

Claro que, con Arturo de su lado, ¿quién sabía? No quería venderse el cuento de la lechera, pero si, por lo que fuera, pudiera ayudarlas a hacerse con un *enefeté*, IA Corporations, y el Partido, por encomendarse a ellos, se verían expuestos, aunque fuera, porque quedarían patentes las carencias de la tecnología de certificación de lo real que proclamaban infalible.

No quería ocultarles que deseaba grabarlos, lo cual, encima, se iba a acabar sabiendo, enfureciendo e induciendo a más de un congresista a mentir y negar ser el que aparecía representado, pero tampoco podía arriesgarse a que alguno la delatara y, consiguientemente, todas las miradas se volvieran hacia Arturo.

Su objetivo había pegado tantos bandazos últimamente que le costaba fijarse uno con el que comprometerse en firme. Al inicio, sólo había querido cerciorarse del firme sobre el que pisaba y ahora estaba, ¿qué?, ¿calentando motores para una revolución, como sugirió Arturo en su día? Porque ¿qué conclusión quería que pudiera extraer la plebe de su *opus magna*? ¿Que estaba siendo privada, no ya de libertad de elección, sino de la capacidad de diferenciar entre realidad y ficción que necesariamente la antecede? ¿Qué proporción podría seguir soñando con el futuro después de aquello?

El portátil pegó un pitido que la emplazó nuevamente en el presente. Se trataba de un correo con una notificación del PAL. La abrió. Habían adelantado la fecha de la Ceremonia de Lectura a en dos días. ¡*Jorror!* Tenía que escribir a los congresistas y citarlos para el día siguiente, que acababa de convertirse en el último que tenían para reunirse.

«Castro, querido. Mira, te escribo este *emilio* porque, aunque sé que nosotros no conservamos el trato al cabo de que me topara con que no eras el detective imparcial que presumías ser, te conozco lo suficiente como para poder confiar en que te apiadarás de mí si te suplico que me reveles el paradero de Tito, que está *disparió*».

—Para empezar, lo de “suplicar” me parece pasarse tres pueblos, y “querido” sólo tienes uno, y soy yo.

De normal, lo de que le anduviera enmendando la plana no le resultaba singularmente atractivo, pero, por primera vez, lo hacía tras haber demostrado estar dispuesto a pringarse por apostar por ella. Encarni sonrió, le plantó un beso en los morros que él recibió con ganas, modificó el párrafo, y continuó escribiendo.

«Sé que fue a veros a la sede, porque he rastreado su DIC hasta ahí, que es dónde se pierde la señal. Y de eso hace ya casi una semana».

—¿Y no me señala que hayas conseguido jaquearle el chisme?

—Yo sé de alguien que lo hace en la *Dark Web*.

—Ah, bueno, en ese caso...

No se trataba de ajarle la vanidad.

—Pero poder contar en casa con ¡qué ya un experto!, ¡un artista!, eso no tiene precio.

Se le quedó una sonrisa bobalicona. En cuanto se percató, no obstante, la arengó:

—Anda, sigue.

«Sé también que últimamente no estabais en los mejores términos y que quizá la comunicación entre las partes no ha sido siempre la más fluida, lo cual propondré cambiar en cuanto te sienta de mi lado, pero, aun así, estoy segura de que os unía mucho más de lo que os separaba. Espero que tú también lo veas igual».

—No lo quieres sentir de tu lado.

—Retórica, ¡céntrate en lo importante!

—¿El qué? ¿Que sabías que Tito y él se llevaban últimamente a matar? ¿Que tendrás que inventarte algo que poder venderle como cierto que le vaya a interesar si canta, en caso de que no responda poniéndolo él directamente como condición? ¿O el sentimentalismo del final?

—Ale, pues escríbelo tú, si se te va a dar mucho mejor.

—Perdona, dale, que lo estás haciendo estupendamente —rectificó él, antes de que a ella le diera tiempo a sulfurarse.

Sí que se le notaba cambiado.

—¿Me despido?

—Yo diría que sí, cuánto menos larguemos, mejor.

—Te quiero, ¿sabes? —le salió profesar de golpe.

—Y yo a ti —le correspondió él, arrancándole una sonrisa.

«Arturo, ahora que ya hemos adquirido la familiaridad para llamarnos por nuestros nombres de pila, te escribo para pedirte un favor enorme, desaforado, incluso. Necesito que me ayudes a conseguir un *enefeté* de AC.

Te explico: Han adelantado la fecha de la Ceremonia de Lectura a este viernes, como imagino estarás al corriente, y Encarni y yo vamos a celebrar mañana un acto al que han prometido acudir dos tercios de la mitad de los congresistas del PAL, los que tenemos fichados como humanos y a los que hemos visitado para impartir nuestra perspectiva de lo que provee el PAL, que entiendo difiere de la tuya.

Por eso y porque Encarni me ha confiado (lo sé, no lo pagues con ella, que su culpa radica en haber caído en mis redes) que todo esto no te pilla por sorpresa y no sería este el primer cable que nos echas, me gustaría extenderte una invitación oficial para asistir al acto y participar, de forma que puedas tú también condicionar el debate con lo que sea que estimes oportuno aportar libremente, teniendo en cuenta que lo que sea que se decida publicar se hará en su estado prístino, ni editado ni reformateado en modo alguno. Entendería, por ende, que no pudieras aceptarla.

Quisiera puntualizar que se trata en cualquier caso de una invitación irrevocable: seguiría encantada de tenerte aunque no pudieras o quisieras concederme el favor que te pido. Abusivo, me reitero, soy consciente, pero es que es la clave para deslegitimar al Partido. Y, porque sé que pudiera parecerle que no es la meta por la que te ves rompiendo lanzas, déjame intentar convencerte de lo contrario. Deduzco por las conversaciones que mantuve con él, que Tito fue a negociar con Gloria su readmisión en el FLP justo antes de desaparecer del mapa, y me temo pudo llegar a comentarle que se había enterado de que iban a adelantar la Ceremonia de Lectura, una ocurrencia que compartió conmigo en su momento y que yo procuré disuadirlo de que considerara. Que se haya volatilizado me dice que Gloria no es trigo limpio, porque, o bien conocía la decisión del Partido o les alentó a tomarla, y no sé cómo de propagado estará el virus.

En suma, no me extrañaría que el Partido recelara de ti, que eres el vínculo más directo entre Tito y ellos. Y, pese a haber alucinado con la obra maestra que son las entrañas de la pitón que es Casandra, que, en un mundo con Dios, debería hacer que te valoraran como imprescindible, dispensar el beneficio de la duda no es lo que define su estilo. Y antes de que te cuelguen a ti el muerto...

Yo estaré en el café Verona de toda la vida en tres horas, a las 17:00. Por si te hace discutirlo con calma y un trozo de tarta».

Nueve horas se había tirado limpiando y aparejando el local que había alquilado para el acto, pero había valido la pena. Les había quedado un espacio acogedor, a la medida del hombre, y los canapés que había hecho tenían una pinta exquisita, a la par que saludable.

Las prisas del final, el ajetreo de la recepción de los congresistas a medida que iban apareciendo y el anuncio que acababa de realizar de que se iba a dar comienzo al acto la habían dejado con el pulso en la sien. Llevaban diez minutos de retraso, por lo que debían resignarse con la cuota que tenían, que tampoco era horrenda: dieciocho de los veintidós que habían confirmado su asistencia, de los sesenta que se suponía inscritos al PAL, sin discriminar por composición anatómico-biónica.

La mayoría de los congresistas se habían arreglado para la ocasión, no sabía si con las galas que pensaban llevar al día siguiente para la Ceremonia de Lectura, pero, por lo pronto, como para no dar la nota por desastrados y dejarlas en mal lugar. Le confería oficialidad al acto, lo cual resultaba especialmente conveniente desde que habían decidido grabarlo.

Una vez hubo tomado asiento todo el mundo, Ana, a su lado, alzó la voz:

—Buenas tardes a todos y muchas gracias por venir. Sé que han asumido un riesgo significativo aceptando nuestra convocatoria y quiero poder expresarles que lo aprecio de todo corazón. A continuación, me gustaría presentar el programa de hoy. El debate se estructurará en tres partes, que esperamos no duren más de cuarenta y cinco minutos cada una. Al término de las dos primeras, haremos una pausa de diez minutos, para usar los servicios, rellenarse la copa o probar los lujuriosos canapés que firma Encarni, a quien ya conocen —dijo, tocándole el brazo, antes de proseguir—: Se prevé que entre todos podamos llegar a un acuerdo en cada una de las secciones sobre la forma óptima de proceder ante las disyuntivas o cuestiones que paso a exponer en el orden estipulado para ser exploradas: La primera: ¿Queremos que el debate se haga público con certificación AC? La segunda: ¿Qué es lo que entendemos nos ha traído hasta aquí? Y la tercera: ¿Qué es lo que podemos y queremos hacer nosotros por dar respuesta a lo que nos ha traído hasta aquí? En caso de que la respuesta de la mayoría a la primera parte sea afirmativa, las dos posteriores se grabarán.

Se levantó un murmullo de voces exaltadas que derivó en una pregunta un tanto impertinente:

—¿Cómo es que tienen acceso a un AC? ¿Es esto acaso una operación encubierta del Partido?

Los nervios le jugaron una mala pasada y soltó una carcajada, que temía más de uno pudiera haber interpretado como de Cruella de Vil. De repente, sonó el timbre. Algún rezagado. Se giró para atender la llamada, dejando a Ana a cargo de apaciguarlos y explicarles el sistema que había elegido seguir para garantizar que se guardara el turno de palabra. Era el momento idóneo para ausentarse. Se acercó a la puerta.

—¿Diga?

Del otro lado, el bombazo:

—¿Encarni?, soy Arturo.

No había salido mal del todo, discurrió mientras se duchaba para asistir todo lo limpio que tenía pensado ponerse para la Ceremonia de Lectura. Los vapores de sauna turca la transportaban a donde se permitía extraviarse en elucubraciones salvajes. Pese a lo turbulento que había sido el preámbulo y la conmoción que había causado el arribo de Arturo, habían logrado llegar a conclusiones, en su opinión, bastante sensatas. Acudirían, pero para alegar que no podían suscribir la traducción a jerigonza *guarrindongui* de sus postulados, que sentían pervertía su intención comunicativa. De ese modo, ganarían algo de tiempo para decidir cómo armar la presentación que diera a conocer la arteria del Partido.

El limpio no era una lengua que nadie hubiera mamado y el mimo que recibía era exclusivamente el del acero del corpus institucional, lo cual ofrecía sus ventajas en cuanto al número de adeptos con los que contaba a pie de calle. Además, como se daba una correlación perfecta entre la morfosintaxis de los vocablos y su semántica, no había cómo domar la bestia, injertándole las morcillas que llevan a expandir un guion. Era una lengua fósil, ideal para dictar sentencias, pero para poca broma. ¿Podía ser, como sostenía el Gobierno, que sus detractores, ella entre ellos, le hubieran cogido tierra por lo inferiores a las máquinas que les hacía sentir a quienes optaban por embarcarse en su aprendizaje? Tal vez, pero su soltura en el manejo del limpio había quedado probada al haber pasado el proceso de selección a congresista. A fin de cuentas, eran los requeridos a avalar el mensaje que se debía poder transmitir al pueblo. Y así, el lenguaje, ese protagonista que permanece tenaz en la sombra, había vuelto a dejar de manifiesto su utilidad.

Se peinó y secó el pelo, se encremó y desodorizó, y eligió un vestido de lechuguina para ir acorde, pero no se iba a maquillar, aunque diera el cante con su cutis castigado por el acné y los años que no se corrigen a jeringazos, porque, si algo le habían aportado las sucesivas pandemias que les había tocado vivir y con las que se les había impuesto toda suerte de bozales, había sido comprender que debía poder renunciar a seguir adhiriéndose a todas las normas sociales que se le insinuaba debía contemplar, sobre todo, si encima le hacían parecer más paradójicamente transparente.

Se perfumó, y cuando estaba ya lista y dispuesta para acometer el exterior, su portátil, alertándola de que le había llegado un correo. Era de Castro. “Que lo disfrutes”, ponía en el asunto. Sólo contenía un enlace. Lo pinchó y este la condujo al montículo de escombros en que quedaba hecho añicos su plan: una publicación en las redes en la que se

mostraba un compendio de retazos sueltos, poco menos que un *frankenstein*, del debate que habían mantenido entre congresistas del PAL el día anterior. La habían traicionado.

—La peña es que es subnorma¡aaah! ¡Sus muertos!

—¿Qué?, ¿otra descarga? Si es que no sé por qué no te desactivas el sistema de reeducación lingüística.

—Ya lo sabes, en mi puesto se espera que hable con la más absoluta corrección. Prefiero fustigarme fuera de horario de oficina que ser sepultado por una coz que se me pudiera escapar sobre el estrado. Además, me obliga a auscultar mis pautas reflexivas, porque es innegable que lo que acabo de escupir es, sin ir más lejos, amén de una grosería, una barrabasada. La gente es, por definición, normal. Lo que pasa es que, en ocasiones, puede parecernos de parvo coeficiente porque la Historia había sido relatada, hasta la fecha, por quienes nuestra lengua materna nos impelía a reconocer con más dominio de la herramienta, y el contraste choca. Si bien es verdad que, en una sociedad de consumo y bienestar, los *tolis* sobreviven con mayor facilidad y, consecuentemente, en mayor cantidad, y que las máquinas entronizan el pensamiento de la mayoría y se ventilan a los *outliers*.

—¿Calambrazo?, ¿no?, ¿nada?, ¿ni cosquillas?

—Ja, ja, muy graciosa.

De pronto, Ana irrumpe en escena. Es ella y un forúnculo sin facciones. En vez, exhibe un esfínter barbudo que excreta papagayos que cacarean incesantemente:

—Año malo, año malo.

El esperpento muestra de golpe que lleva una pistola, que se pone a cargar lentamente. Las huestes aviares que capitanea se arremolinan a sus espaldas con las cuencas vacías que tienen por luceros clavadas en ella, a la espera de recibir instrucciones.

—Sin ánimo de ofender, se os ve ligeramente distorsionados —les indica Encarni.

—Eso es tu astigmatismo —refunfuña uno de ellos.

Al acabar, apunta con el arma *sevilleti* a Arturo, acciona la corredera y traga saliva. Como si su esófago estuviera conectado a un altavoz titánico pero invisible que amplifica las guturales, lo que hasta hace un momento era la cocina de su casa, que se ha trocado en un majestuoso salón de baile infesto de arañas de cristal, retumba. El vidrio se resquebraja y torna color carmín.

—¡Encarni! —aúlla él—, ¡no dejes que me coma!

Se vuelve hacia Ana, que se halla mordisqueando el currusco en que se ha transformado el mango.

—¿Encarni?

Alguien se había sentado a su lado y la estaba sacudiendo.

—Encarni, ¿estás bien?

Volvió a su ser fulminantemente, como alcanzada por un rayo tropical. Pablo, el jefe de Arturo, porque era Pablo, ¿verdad?, le susurró en tono lastimero:

—No sabes cuánto lo siento.

Mientras esperaban a que llegara el presentador, estaban todos a intercambiar el otear el infinito con escanearse las caras. Ella, por lo pronto, no quería perderse detalle que la pudiera encaminar a dar con quien le había hincado la puñalada traperera. Pero, a aquellas alturas, la cara de póker la tenía todo cristo muy trabajada. ¿Sería la mosquita muerta de poco objetar la que había grabado el encuentro a hurtadillas a petición de Castro y sus secuaces, la que se hacía la obtusa o el que se regodeaba en el retintín de su voz? Con todo, en última instancia, sólo se podía culpar a sí misma por no haber sabido calibrar el riesgo que suponía que aquello acabara acaeciendo, ya que, igual que la habían contactado a ella, lo esperable era que le hubieran extendido la patita también a otros de sus compis. Lo que no le cuadraba era que el FLP hubiera divulgado, junto al ensamblaje aviado a partir del debate, el post incendiario aquel que acusaba al Partido de haberse inventado congresistas, nada que se pudiera tachar de infundado, y que incluía, anexo, el código de Casandra, con la firma de su artífice, lo cual lo ponía en una situación un tanto precaria. Lo probable era que Castro hubiera descubierto que el FLP estaba hecho de una pasta distinta a la anticipada y hubiera resuelto seguir por libre, asegurándose en el proceso de joder bien sin mirar a quién.

Como temía no fuera a disponer de otra ocasión, antes de salir de casa para acudir a la ceremonia había publicado ella, a su vez, su página web, que incluía su correspondencia con Eleanor por el PAL y el vídeo del debate, de veracidad algorítmicamente certificada, gracias a Arturo, que se había saltado protocolos a cascoporro para colarlo por el sistema. Tenía que volver a intentar hablar con él en cuanto regresara al hotel, si es que se lo permitían.

Finalmente, cuando ya empezaba a sospechar que, contra todo pronóstico, se habían olvidado de ellos, apareció una señorita y les anunció:

—Disculpad el retraso. He venido a informaros de que, lamentablemente, se ha decidido suspender la Ceremonia de Lectura a causa de fuerza mayor. Se os enviará un correo oficial elucidando los motivos en detenimiento y limpie.

Habían visto lo que se hallaba circulando y les había entrado canguelo, en sucinto.

—¿Y no nos puedes dar una avanzadilla? —César, uno de los congresistas con más salero.

Tras un atisbo de duda, la mensajera contestó:

—Ha fallecido una eminencia del Partido, eso es cuanto me hallo autorizada a...

No se pudo contener:

—¿Quién?

—Lo sabrán en cuanto lean el correo, que debe llegarles...

—Nos hacen venir hoy de gratis, después de haber estado mareándonos con la fecha, y no pueden contestar una pregunta que, de todas formas... —se envalentonó Tiago, antes de que Consuelo lo interrumpiera.

—¡Me acaba de llegar!

—¿Qué dice?

Consuelo se puso a leer a media voz mientras el resto, expectante, guardaba silencio. De repente, se detuvo y levantó la vista.

—Pone que le han disparado en la puerta de su casa, cuando salía a sacar la basura. Un zumbado encapuchado que tenía la poli ya enfilado.

—Pero ¿a quién?

Consuelo afianzó la mirada en ella, cogió aire y pronunció:

—A Arturo López.

—Anda, siéntate aquí —Lucía le señaló una de las sillas más altas, las designadas para los internos—, que los niños están al caer.

No había mentido. Una cohorte de angelotes entró tímidamente y en fila india por la puerta. A veces, la docilidad de las criaturas de primaria le hacía preguntarse si los sedaban a ellos también. Aunque, a decir verdad, con la bomba ultracomprimida que tenía insertada en el muslo, que encajaba pepinazos mudos a placer, tampoco sabía con qué frecuencia ni dosis la medicaban a ella, lo que la llevaba a poder fiarse de sus sentidos siempre igual de poco.

Lucía esperó a que se hubieran acomodado en sus sillas de plexiglás para, con un chasquido de dedos, indicar a los cámaras que diera comienzo la función.

—¡Buenos días, niños!, bueno, y adultos, claro, porque no nos podemos olvidar de nuestros adultos, ¿verdad que no? —Sin apartar la mirada de los peques—. Y los adultos de nuestro episodio de hoy son...

El juego de adivinanzas había logrado captivar a la totalidad de su audiencia.

—¡Los de los jueves! —exclamó un chavalín, seguro de haber atinado, pero sin permitir que la ilusión socavara su solemnidad. No debía frisar ni en las ocho primaveras.

—Sí, ¿que son...? —Hizo una pausa, en balde—. Los SOS —articulando en exceso, antes de despejarles finalmente la incógnita—, los a riesgo de quitarse la vida, ¿no?

—¡Ah, sí! Los que se cortan las venas y sale mucha sangre —con algo más de entusiasmo que el valiente previo, la empollona de la clase.

—Sí, justo, y hay muchas formas de...

—¡Ahorcarse!

—Tirarse una *emetreinta*.

—Sí, pero eso no es lo importante. Lo importante es...

—*Sucidarse* —espetó una niña.

No pudo reprimir una risita ahogada. Lucía se volvió hacia ella para reprobarla con la mirada. Al verlo, un listillo creyó entender que ganaría puntos corrigiendo a su compañera.

—No, tonta, se dice “ensuciarse”.

—¡Orden en la sala!, que parece esto...

Lucía titubeó, lo cual le dio pie a Aquiles para completar su oración.

—Una guardería.

Lucía esbozó una sonrisa incómoda y se volvió hacia el renacuajo que había saltado el último.

—Para empezar, no se dicen palabras feas. Tenemos una lengua muy rica en sinónimos y, si no encontramos uno que nos guste, recurrimos al limpie, ¿vale? A lo que iba, lo importante es que quieren curarse. Por eso están aquí, porque su DIC, la cosita que llevamos todos en la mano y que nos protege de los malos para que podamos vivir muchos muchos años y ser felices, les ha dicho que tienen que pasar aquí una temporadita, como cuando Mamá nos dice que hay que usar el cepillo de dientes, sólo que, para los adultos *eseose*, en vez de ser los piños, son las ideas las que necesitan un buen enjuague, lo que se conoce como “ideaciones suicidas”.

Los niños enmudecieron.

—¿Queréis hacerles unas preguntas? A ver, ¿quién quiere empezar con una fácil? Como, por ejemplo, tú —señalando a una niña en un peto morado—, pregúntale a Encarni, que es la señora que está aquí a mi derecha, que cómo se encuentra.

La niña bajó la cabeza y guardó silencio.

—Venga, anda, no tengas miedo.

Cansado de esperar a que se resolviera el lance, otro crío intervino, preguntándole en vez:

—¿Por qué estás aquí?

Lucía se le adelantó.

—Eso ya lo hemos contestado, pero, si quieres, lo repito...

De golpe, se abrió la puerta. Era una de las enfermeras.

—Disculpa la interrupción —a Lucía—, pero es que ha venido alguien a ver a Encarni y parece que se trata de un asunto que la requiere con urgencia.

¿Quién podía ser? ¿Julia? Daba igual, lo que fuera por escapar de aquel infierno.

Oyó cómo alguien manipulaba la cerradura. Se quedó pálida. Las fieras la habían descubierto. Se acurrucó en una esquina, cerró los ojos y trató de concentrarse para *astrogar* una galaxia inexpugnable a la que poder teletransportarse. No le dio tiempo. La puerta se abrió y un velociraptor invadió su refugio. Había llegado su fin. El monstruo se abalanzó sobre ella.

—¡Ana! ¡Eureka! ¡Te encontré!

Su voz le sonaba. Debía haberla comprado en el mercado negro para ofuscarla.

—Ana, soy yo, Tito.

Con el relato, no obstante, le habían tangado, porque Tito estaba muerto. La deslumbró encendiendo una linterna para echar un vistazo en derredor. Le recorrió un escalofrío, pese a saber que no tenía de qué preocuparse. Jamás resolvería la encriptación que había usado para el mapa del tesoro con el que había tizado las paredes de su santuario. Aunque la sometiera al último grito en métodos de tortura, la solución se la llevaría a la tumba.

—Tengo que sacarte de aquí como sea.

Fue a asirla del brazo, pero ella alcanzó a zafarse. Él optó entonces por sentarse a su lado. Quiso alejarse de él, pero los músculos del *sema* no la obedecieron. De súbito, se había transmutado en un anquilosaurio. Para transmitirle confianza, presumió, un truco que con ella no iba a surtir el efecto deseado.

—Lo siento —susurró, con lágrimas de cocodrilo en los ojos—. Sé que diez años es mucho tiempo. Sobre todo, para aguantar en un sitio como este.

Se giró hacia ella y la examinó.

—Lo que te han hecho es inhumano. Aquí encerrada, en solitario, todo este tiempo, normal que...

Su alocución se vio anegada por una actuación estelar de dolor amargo. Se enjugó las secreciones faciales con el dorso de uno de sus miembros y prosiguió, empeinado en venderle su película.

—Pero ya está, Ana. ¡Lo hemos logrado! Tenías razón. ¡Toda la del ser! Se trataba de ofrecerle a la población una alternativa sostenible. Montamos un mercado de trueque, repartimos curro, facultamos al pueblo para contribuir y sentirse realizado, y, en unos años, dejaron de entender el limpie. Y cómo no podían meternos a todos presos por no acatar lo

que nos negábamos a comprender, la policía y el ejército acabaron poniéndose de nuestro lado. Y Encarni está conmigo. Me refiero, la rescaté del manicomio en el que la arrojaron, cinco años estuvo, tras hacerse público el asesinato de Arturo. Me ha estado ayudando a dar contigo.

—Si crees que vas a conseguir ganarte mi simpatía mentando mi *necrónimo*, andas muy desencaminado.

Se arrepintió de haber roto su voto de silencio en el acto. Las palabras le salían rana y le raspaban la garganta.

—Ana, ¿de verdad no me reconoces? Por favor te lo pido, haz un esfuerzo.

El embrujo en que había impregnado su imprecación se cebó en su estado de indefensión. Tantos milenios sin respirar aire fresco habían acabado mermando sus fuerzas. Sí, parecía Tito. Pero aún no pensaba darse por vencida.

—No me llamo Ana. —El anquilosaurio puso cara de tarsero malayo, por lo que estimó oportuna una aclaración—. Soy una mujer trans y mi nombre es Eleanor López.

—¿Eleanor? —con aquellos ojos miel que lucía Tito en otra dimensión temporal y hacían tan difícil resistirse a sus encantos.

—Sí —implacable.

El personificador del que fuera su camarada apartó la jeta, para que no viera su expresión, triunfal, asumió. Seguidamente, se volvió nuevamente a ella, le cogió la mano y, con los caramelos del rostro vidriosos e inyectados en sangre, le preguntó:

—¿Te puedo llamar Ele?

No sabía cómo osaba, pero estaba cansada, tan cansada... Y su voz le aletargaba al *yinn* que le comía la oreja. Casi sin querer, se oyó de pronto proferir, en tono suplicante:

—¿Me llevas a casa?